

CRÓNICAS DEL MILENIO

José Luis Díaz-Granados

71



Pablo de la Torriente
Editorial

© 2004 José Luis Díaz-Granados
© 2004 Pablo de la Torriente, Editorial
Unión de Periodistas de Cuba
Calle 11 no. 160 e/ K y L, Vedado, La Habana
Edición: Miriam Pérez
Diseño: Tony Gómez
Corrección: Miriam Pérez
Diagramación: Miriam Pérez

AMANECER EN LA HABANA

En mi ya remota adolescencia, a finales de los años 50, leí una deliciosa novela de Hemingway titulada *Tener y no tener*, cuyo ambiente habanero hace que el lector se sumerja de tal forma en el universo maravilloso de esta ciudad feliz, que se llega a sentir hasta su temperatura estival y el frescor húmedo de su esplendoroso océano.

Recuerdo que comenzaba más o menos así: «¿Quiere usted saber cómo es un amanecer en La Habana?», y pasaba enseguida a elaborar la transposición de la realidad más asombrosa y fiel de la bella ciudad.

Con la obsesión de saber en verdad cómo era, o mejor, cómo es, un amanecer en La Habana, dejé pasar largos días con sus noches hasta que en algún momento de mi vida, al regreso de un viaje por la Unión Soviética, me encontré con que al despertar dentro de un enorme avión Tupolev que me traía de Moscú y de Shannon, tenía frente a mis ojos un espléndido sol matinal, tranquilo y bermejo, como el descrito por Hemingway en su mencionada novela.

Regresé feliz a mi patria, pero aún no había llegado el tiempo de los jubilosos amaneceres en La Habana.

Poco tiempo después estuve en Cuba, pero mis madrugadas y amaneceres me cobijaron entre exuberantes palmares en Caimito, en el Campamento Internacional Julio Antonio Mella.

Pero un día, en mi tercer viaje a la isla, entre amigos colombianos y cubanos, disfrutando de unos sorbos de ron añejo, frente al Malecón, heme aquí que de súbito, en el horizonte marino comenzó a emerger un globo anaranjado y febril que parecía copiar la ficción.

Era como si el espíritu de Ernest Hemingway estuviera recreando la realidad y reinventando su novela, dándole pinceladas al más hermoso amanecer de La Habana en los años 30.

No solamente recordé la novela del connotado novelista y premio Nobel, sino que me invadió una inmensa emo-

ción, al tiempo que de mis labios salieron las líneas de una canción del Inquieto Anacobero, que a principios de 1959 llegó a Colombia, y que decían: «*Ha llegado un nuevo año/ con un precioso amanecer./ Levántate, pueblo cubano...*» y lanzaba un vibrante ¡Viva Fidel Castro!, que nos envolvía y conmocionaba. Desde entonces, queridos amigos, ver amanecer en La Habana se ha convertido para mí en el más sagrado ritual con que inicio los trabajos y los días.

LA HABANA CULTA

Una de las cosas gratas de vivir en La Habana es el ambiente de cultura permanente que se respira en todo su acontecer cotidiano. Las puertas de los cines y de las salas de teatro están atestadas de gente expectante que desea devorar nuevas dimensiones de la ficción.

La pasada Feria Internacional del Libro se vio anegada de millares de personas, en su mayoría niños, que felices portaban libros de diversa índole y de los diferentes géneros literarios. Las galerías profundizan la realidad con los trazos y los colores, con las formas y las figuras que los pintores y escultores extraen de su conciencia profunda. Ni hablar de las salas de concierto y de las pistas de baile, tanto populares como de danza clásica, en los cuatro puntos cardinales de la bella Habana. Allí están los capitalinos disfrutando del goce espiritual del arte, del deleite estético que sólo puede producir la belleza en cualquiera de sus manifestaciones humanas.

Con frecuencia me detengo en las librerías habaneras y siempre me encuentro con sorpresas bibliográficas que en más de una ocasión me han deparado la mayor alegría o la mayor frustración. Esto último, si no tengo para adquirir el libro... pues horas después, o al día siguiente, otro bibliófi-

lo ya lo ha comprado. Me pasó con una *Antología* (así, con *j*) de Juan Ramón Jiménez, aquel varón obsesionado por la pureza verbal, que solía ir periódicamente a sanatorios y a clínicas psiquiátricas postrado por tremendas depresiones y neurosis a causa de su excesivo perfeccionismo. Aquella vez, por lo menos pude ojear (con *h* y sin *h*) algunas páginas del libro y encontré un brevísimo poema, casi un *jai-ku*, que evidentemente era una autocritica a su severa manía de corregir, buscando exactitud. El poema decía: «*No la toques ya más/ que así es la rosa!...*» Por cierto, que fueron muchas las calles de La Habana Vieja y del Vedado, sobre todo en 19 y E, que el célebre autor de *Platero y yo* recorrió en compañía de su bella e inolvidable compañera: Zenobia Camprubí, la más genial traductora de Rabindranath Tagore.

Pues esa magia artística que cobija las casas y framboyanes de La Habana se transparenta en el lenguaje coloquial de sus habitantes. Todos aman la poesía, las cosas perdurables, el asombro ante una metáfora, el desgarramiento interior del ciervo herido de que hablara Martí, el gran poeta del modernismo literario, entre otros múltiples atributos... Por eso, y desde luego, por muchas cosas más, es que me siento bien, realizado y jubiloso, al estar viviendo en La Habana...

NICOLÁS GUILLÉN EN COLOMBIA

Hace pocos días compré en una librería de Centro Habana, *Páginas vueltas*, el libro de memorias del poeta cubano Nicolás Guillén, en el que relata con lujo de detalles su visita a Suramérica a mediados de la década de los años 40. Allí destaca de manera singular la travesía realizada por Colombia, mi patria, que coincidió con las elecciones de mayo de 1946.

El Poeta Nacional de Cuba relata allí su enorme tristeza cuando supo de la victoria del candidato conservador Ospina Pérez, motivada por la división liberal entre los candidatos Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. No solamente lo deprimió el ascenso de la derecha en Colombia, sino que por primera vez sufría los rigores de una ciudad andina, y que, para colmos, acababa de salir de las solemnidades de la Semana Santa. Entonces, con sobre todo, el poeta se transformaba en «un plantígrado solemne y voluminoso, tal vez un oso pardo». Sin embargo, a los pocos días viajó a Cartagena y allí, entre «negros, mulatos, hembras rítmicas y carnales, hablar rápido y estentóreo», se sintió feliz.

Conoció al maravilloso Tuerto López, el celebrado autor del soneto a los zapatos viejos, al poeta Jorge Artel (quien falleció en 1994, siendo presidente de la Casa Colombo-Cubana en Barranquilla) y a una serie de personajes típicos de la Ciudad Heroica.

Luego viajó a Barranquilla y llevó a cabo la legendaria travesía por el río Magdalena –inspirador de un canto muy conocido–, que lo llevó hasta Barrancabermeja, la capital de los trabajadores de Colombia, donde «cientos de obreros compran cada sábado largas y dolorosas enfermedades con los ahorros de la semana» y de «donde brota incansablemente el aceite petrolero para llegar al buque-tanque extranjero...».

En ese puerto colombiano, escenario de centenares de luchas obreras contra el monopolio extranjero, el dirigente comunista Gilberto Vieira le obsequió a Guillén un ejemplar del libro *Cantos populares de mi tierra*, del poeta momposino y aguerrido activista radical Candelario Obeso, obra que dejaría en el corazón del cubano una profunda conmoción estética.

También reveló Guillén en su crónica colombiana que bebió abundante ron Viejo de Caldas, en medio de «chorizos medio crudos, huevos cocidos y patacones», mientras ensayaba con sus compañeros de viaje a memorizar la letra de una canción muy famosa entonces: *La gota fría*.

Guillén regresó a Bogotá, siguió a Cali y prosiguió gira por Suramérica hasta llegar a Chile, donde fue huésped de Pablo Neruda durante algunos meses. También estuvo en Argentina, Uruguay y Brasil.

En 1985 volvió a estar en Colombia. En esta ocasión, la altura de Bogotá le impidió llegar hasta la capital, por lo que recibió en Medellín una importante condecoración del Instituto Caro y Cuervo. Allí fue muy emocionante el reencuentro con su viejo amigo y camarada Luis Vidales, quien acababa de obtener el premio Lenin de la Paz, el cual se había otorgado a Guillén muchos años atrás.

LA HABANA EN CUERPO Y ALMA

Una de las cosas que más me exalta, emociona y conmueve de esta bella Habana es el detallado historial que guarda en cada piedra, en cada losa, en cada calle, en cada esquina, en cada edificación: ese detalle histórico que indica que allí, en ese sitio preciso, se llevó a cabo un acontecimiento que fue clave, que agregó un granito de arena o que fue definitivo en la consolidación de la epopeya revolucionaria.

Las palabras, que todo lo perpetúan, señalan allí en la placa o junto al busto o alegoría, que hubo un instante en el río interminable de la existencia, en que pareció detenerse el tiempo porque un hombre o varios o muchos, arriesgaron su luz entre dos misterios, para que Cuba fuera mejor, más grande, más justa y más digna, como en efecto lo es desde el 1ro de enero de 1959.

No existe hecho, por pequeño que sea (o que parezca) que en su contribución al engrandecimiento y soberanía de la patria cubana, no se registre de una u otra manera a todo lo largo y ancho de la isla. Pero me llama la atención, aquí en La Habana, admirar una habitación, una sala o un

apuesto, convertidos en pequeños altares de la patria –como denominamos en Colombia a los sitios sagrados de la lucha bolivariana– para eterna reverencia y gratitud por parte de las presentes y futuras generaciones.

Por eso el extranjero que visita esta isla maravillosa se asombra grandemente cuando comprueba la unidad monolítica de los cubanos. Todos unidos en una misma identidad cultural, política y ética y movidos por un mismo e inamovible ideal: la defensa de sus logros, de su soberanía, de su revolución, de su patria socialista.

Martí, Maceo, Máximo Gómez, Céspedes, Mella, Camilo, Abel, Haydée, Celia, el Che y tantos centenares de hombres y mujeres heroicos y tantos seres que no solamente lucharon por la libertad e independencia de Cuba sino que prolongaron la epopeya en la hermosa y extraordinaria solidaridad internacionalista, se hacen acreedores de la admiración y el respeto perpetuos. A mí me conmueve ver nombres desconocidos, y por lo tanto, suelo preguntar por sus hazañas, en las escuelas, hospitales, instituciones, en los CDR, en las granjas e institutos culturales, deportivos y científicos.

Puedo pasar largas horas recorriendo La Habana en busca de sorprendentes recordatorios de nombres que por su voluntad de lucha o por su aporte al engrandecimiento de la patria en cualquiera de los terrenos de la actividad humana, son dignos de la eterna gratitud de los hombres.

La Habana, que indiscutiblemente es una de las ciudades más bellas del orbe, acrecienta así no sólo su hermosura sino su magnificencia. Guardando cada pedacito de historia, la ciudad está mostrando la verdadera sustancia de su alma.

LOS ELEGIDOS EN LOS AÑOS CERO

Es muy raro que yo deje de ver o de escuchar con atención alguna mesa redonda informativa o instructiva, que

la televisión cubana transmite diariamente al igual que Radio Habana Cuba, junto con otros medios informativos. Siempre me sumerjo en sus diferentes temáticas con concentrada atención y sacando siempre positivas y constructivas conclusiones. En días pasados, observando toda la parafernalia del circo electoral norteamericano que dio como resultado el triunfo espúreo del señor George W. Bush como nuevo inquilino de la Casa Blanca, recordé el artículo algo tenebroso por su contenido, pero no por ello certero, publicado hace unos 30 o 35 años por los autores franceses Pawels y Bergiere en su famoso libro *El retorno de los brujos*.

Allí aparece una lista de gobernantes de Estados Unidos de Norteamérica que tuvieron la mala suerte de salir electos en años terminados en cero (0), o sea que, teniendo en cuenta que la elección presidencial se lleva a cabo cada cuatrenio, entonces de 20 en 20, se escoge allí un mandatario en año terminado en el extraño número.

Comencemos por la primera víctima de este vaticinio, que bien podemos libremente interpretar como superchería o simple casualidad: el presidente William Harrison, elegido en 1840. Pocas semanas después murió de modo repentino, dejando a su sucesor, John Taylor, numerosos problemas domésticos.

Veinte años después, en 1860, es electo Abraham Lincoln, el emancipador, el hombre que abolió la esclavitud en su país. Pues un sudista exaltado y fanático lo asesinó en 1865, cinco días después de la victoria de los norteos y al poco tiempo de ser reelegido.

Veinte años más tarde, otro presidente norteamericano muere en ejercicio del poder. Se trata de James Garfield, líder republicano de Ohio. Electo en 1880, al poco tiempo de su posesión pereció asesinado por un demandante cuya instancia no fue atendida.

Veinte años después, y hace exactamente 100 años, en 1900, es elegido presidente de la Unión Norteamericana el señor William McKinley, también de Ohio. ¡Qué casualidad!, y también muere asesinado a los pocos me-

ses de ser reelecto para el tragicómico cargo, a manos de un anarquista de origen polaco.

En 1920 asciende al primer cargo de la Unión otro republicano de Ohio. Pero, ¡qué casualidad!, el señor Warren Gamaliel Harding, sucesor de Wilson en el poder imperial. Extrañas fiebres lo llevaron a la tumba en 1923 sin que hasta ahora nadie haya podido esclarecer el luctuoso acontecimiento.

En 1940 es reelegido el demócrata Franklin Delano Roosevelt, quien muere repentinamente pocos días antes de la derrota del fascismo en Europa, y en pleno ejercicio del poder.

En 1960, el presidente de Estados Unidos es el aristócrata de Massachusets, John Fitzgerald Kennedy. Todavía nos acordamos de aquel 22 de noviembre de 1963, cuando luego de recibir un balazo en la cabeza, murió en brazos de su esposa, Jacqueline, en Dallas, Texas.

En 1980 todos los supersticiosos del mundo temieron que el vaticinio continuara: pocas semanas después de haber tomado posesión de la presidencia, el ex actor de Hollywood y rabioso macartista, Ronald Reagan, era herido a balas en una céntrica avenida de Washington.

Y ahora, en el 2000, acaba de imponerse por fraude el belicoso George W. Bush como cuadragésimo tercer presidente de la potencia imperial. A lo mejor se salva de los oráculos que acabaron con la felicidad de sus antecesores, porque en realidad no fue electo sino impuesto.

Eso sólo lo sabremos en el curso de los próximos años. Pero, ¡qué casualidad!, hablando de este fraude y de las casualidades anteriormente anotadas, encontramos en las enciclopedias que enseguida de las palabras Estados Unidos vienen las palabras Estafa y Estafar. Por Dios, ¡qué casualidad!

ALEJANDRO GÓMEZ ROA, JUGLAR DE LA REVOLUCIÓN

En estos días nos visitó en La Habana, como iniciación de un periplo por toda la isla, el legendario compositor, poeta y revolucionario colombiano Alejandro Gómez Roa, quien a comienzos de la década de los años 60, conmovió al pueblo cubano con su famosa canción *¡Cuba sí, yankis no!*

Alejandro, bogotano raizal, nacido hace 66 años en el tradicional barrio Ricaurte de la capital colombiana, participó desde muy joven en las jornadas estudiantiles que se realizaron en contra de la dictadura militar de Rojas Pinilla, a raíz del asesinato del joven estudiante de medicina Uriel Gutiérrez Restrepo el 8 de junio de 1954. Para entonces, Alejandro creó el Himno de la Unión de Estudiantes Colombianos.

Durante la primera semana de enero de 1959, al triunfo de la Revolución Cubana, Alejandro Gómez intentó viajar a la isla desde Barranquilla, de manera emotiva, con los bonos que vendía en Bogotá a favor del Movimiento 26 de Julio, pero ni tenía pasaporte, ni visa, ni carné de periodista, ni dinero, ni nada que pudiera garantizarle una inicial estadía en la patria de Martí.

En julio del año 60, viaja por fin a La Habana como miembro de la delegación colombiana al I Congreso de Juventudes Latinoamericanas. Casualmente, en estos días, un conductor de taxi me contó que había sido testigo presencial de cómo el joven colombiano había bajado del avión entonando las estrofas de su famosa canción *Cuba sí, yankis no: «Venimos a defender/ la Revolución Cubana,/ porque es hermana gemela/ de la lucha colombiana... Cuba sí, Cuba sí,/ Cuba sí, yankis no...»*.

Un conjunto cubano, en el aeropuerto «José Martí» acompañó las coplas musicales de Alejandro Gómez, canción que se siguió entonando durante la caravana que

condujo a la delegación hasta el hotel Habana Libre. Durante la clausura del evento en el estadio El Cerro, posteriormente Latinoamericano, el joven cantautor interpretó su célebre melodía momentos antes de que el comandante en jefe Fidel Castro interviniera en el cierre del acto.

Con el Comandante departió inolvidables momentos, que están registrados en las fotografías que ahora ilustran una camiseta muy hermosa, en la que se muestra el animado diálogo entre Fidel y Alejandro, el cual fue reproducido hace pocas semanas en *Juventud Rebelde*.

En aquellos días del año 60, el juglar colombiano estuvo muchas veces al lado de Fidel, así como también de Raúl, el Che, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Almeida, Faure Chomón, Antonio Núñez Jiménez y otros destacados dirigentes de la Revolución.

Un año más tarde, ante la noticia de la invasión a Playa Girón, participó en una gigantesca manifestación que destruyó la totalidad de los cristales del Centro Colombo-Americano y la embajada norteamericana en Bogotá. Este cronista recuerda la furia colectiva de millares de manifestantes que protestaban ante la representación imperial por la agresión al pueblo cubano. La policía comenzó a disparar contra estudiantes y participantes en la concentración y Alejandro Gómez cayó herido de un balazo en la espalda que le dejó varias semanas incapacitado.

En adelante vendría en diversas ocasiones a Cuba, así como también participaría en acciones de la lucha popular colombiana durante las décadas de los años 70, 80 y 90. Asistió a varios festivales mundiales de la juventud y los estudiantes y viajó, en eventos de solidaridad, por 40 países de los cinco continentes.

Además del célebre *Cuba sí, yankis no*, también compuso *Resiste, Chile, resiste; Víctor Jara, el trovador; Palestina gloriosa; Al pueblo de Farabundo; Nicaragua vencerá y A la solitaria estrella*, entre otras.

En 1986 fue miembro fundador de la Casa Colombiana de Solidaridad con los Pueblos, junto con Luis Vidales,

poeta nacional, y otros destacados dirigentes de la política y la cultura colombiana. Fue presidente de la Casa de Amistad Colombo-Cubana y en la actualidad preside la Sociedad de los Poetas Vivos León de Greiff. En 1999, los diferentes grupos de solidaridad con Cuba, en Bogotá, le confirieron el título de Gran Compañero en acto popular de amplia representación.

En el momento de escribir esta crónica, Alejandro se encuentra recorriendo puntos históricos de la isla de Cuba, con el objetivo de realizar una película sobre su vida, titulada *Cuba siempre*, dirigida por Romano Splinter. En ella, su vida y su obra totalizan la metáfora de una epopeya por la causa más justa y noble: la de la justicia social para la humanidad entera.

COLOMBIANOS CON ANTONIO MACEO

En estos días me ha llegado de Colombia un ameno libro titulado *De clérigos y generales*, crónicas de la guerra de los Mil Días, escrito por Álvaro Ponce Muriel, un destacado jurista e historiador colombiano, nacido en el departamento de Nariño, al extremo sur del país, en el límite con el Ecuador.

Seguramente algunos se preguntarán por qué he escogido como tema un libro colombiano y que además trata de una de las guerras intestinas que desde hace casi dos siglos azotan a mi maltrecha patria. Pues bien, el caso es que Ponce Muriel, luego de pacientes investigaciones ha enfrentado a dos personajes de la vida nacional, discutidos y controvertidos, como son el general Avelino Rosas y el religioso fray Ezequiel Moreno Díaz, este último, un misionero español que alentó desde la diócesis de Pasto a los ejércitos conservadores para que extermi-

naran «liberales, radicales, masones, socialistas y comunistas» y así glorificar a Dios Todopoderoso, según era el lema del extraño intérprete de la doctrina de Cristo. Este fenómeno de la naturaleza que acaba de ser elevado a los altares, no es, desde luego, el propósito de la crónica, la razón es, por fortuna, algo más hermoso, más valeroso, más heroico.

Se trata del general Avelino Rosas. Y no tanto por su participación activa en las guerras partidistas de la Colombia del siglo XIX, sino por su extraordinaria contribución a la independencia de Cuba, a tal punto que fue ascendido al cargo de general de división por el general en jefe del Ejército Libertador, don Máximo Gómez, el 8 de enero de 1897.

Frente a mis ojos tengo un retrato donde el general Avelino Rosas posa con un grupo de combatientes mambises durante la guerra de independencia en 1896, y otro con su efigie, obsequio de la fábrica de cigarrillos La Legitimidad. Este hombre había nacido en una pequeña aldea del Cauca llamada Dolores hacia 1855. Pasó su infancia entre menesteres rurales, que alternaba con sueños de gloria, con fantasías que le despertaban las historias de acontecimientos de lejanos países, de revoluciones, de personajes extraordinarios y de apasionantes descubrimientos e inventos, episodios que escuchaba de boca de los viajeros y repetidas muchas veces por sus padres.

Éra una época tipificada por las guerras y las luchas populares entre artesanos liberales, letrados masones, obreros y campesinos y conservadores fanáticos, terratenientes codiciosos aupados por las jerarquías católicas que administraban el mensaje cristiano según sus conveniencias e intereses políticos y financieros. Esto era común en las naciones suramericanas desde las primeras décadas del siglo XIX hasta bien entrado el XX.

Después de enrolarse en las filas liberales y de participar en numerosas contiendas, muy pronto demostró grandes capacidades militares en las filas radicales. Tras fracasar en sus intentos de golpe a los gobiernos conser-

vadores de Rafael Núñez, decidió salir a Venezuela y de allí pasó a Curazao, donde continuó buscando formas y estrategias para proseguir la lucha inconclusa por el bienestar de los menesterosos de su patria. El 13 de febrero de 1895 intenta tomar los cuarteles de Bogotá, pero es cruentamente reprimido por el general Rafael Reyes. Es entonces, en octubre de dicho año, cuando recibe una honrosa carta del mayor general Antonio Maceo, *El Titán de Bronce*, en la cual le expresa, entre otras ideas:

«El año venidero el mundo civilizado saludará a la República de Cuba, dueña de sus destinos, pacífica y feliz. El señor Gustavo Ortega me ha informado que usted y algunos colombianos desean venir a Cuba a ayudarnos con su contingente personal. Bienvenidos sean todos los patriotas valerosos y dignos...».

Sin pensarlo dos veces, el general Rosas partió para Nueva York en cuanto pudo. Allí se puso en contacto con expedicionarios, enterados que los norteamericanos no apoyaban a Maceo, pero que, nunca sospecharon que esta expedición se dirigía a Cuba y no a Colombia. Así, el 25 de marzo de 1896, el grupo de Avelino Rosas y otros voluntarios latinoamericanos y patriotas cubanos, desembarcaron en Manatí, en la provincia de Oriente.

Cuenta el historiador Ponce Muriel, que «luego, poniendo en práctica tácticas de la lucha guerrillera, alcanzó un brillante desempeño como Jefe de la Brigada de Infantería, tanto en la campaña de Camagüey como durante su marcha por las provincias de Las Villas y Matanzas».

Llegó a desenvolverse con tal intrepidez en las acciones contra las tropas españolas que sus compañeros de campaña lo llamaron *El León del Cauca*. Por eso, dice finalmente, no fue gratuito que el 8 de enero de 1897, don Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador de Cuba, en reconocimiento a sus méritos y a su gran capacidad militar, lo ascendiera a general de división y lo nombrara jefe de la división de Matanzas.

Poco después en 1901, ya de nuevo en Colombia, el «caballero andante de la libertad» moría en combate en la

batalla de Calibío a los 45 años, y su cadáver era expuesto a las burlas de sus adversarios, y profanado de manera cruel. No obstante, hoy lo estamos recordando con amor y gratitud, en Cuba y en Colombia.

LA UNIVERSIDAD DE LOS POBRES DE LA TIERRA

En el país de los niños felices y de la dignidad absoluta, Radio Habana Cuba está celebrando sus primeros 40 años de existencia fecunda, valerosa y ejemplar. Recuerdo en mi adolescencia la devoción con que estudiantes y jóvenes activistas colombianos escuchábamos las primeras transmisiones de Radio Habana como un rayo solar que penetraba en las conciencias para estimular nuestros sueños y esperanzas.

Son muchos los nombres que se grabaron para siempre en la memoria de nuestro fervor revolucionario. No cito ninguno por temor a caer en la omisión. Pero recuerdo también la mística patriótica con que se anunciaba a todos los pueblos del mundo que sobre la naciente Revolución cubana se cernían amenazas y peligros, a pesar de la humillante derrota que las águilas imperiales acababan de sufrir a manos del valeroso pueblo de Martí.

En esos años nacientes de la Revolución, de Radio Habana Cuba y de nuestras vidas, sintonizar en cada punto de Suramérica la emisora de nuestros ideales, significaba hacer contacto con la nueva alegría del continente. Era nuestro faro, nuestra luz maestra, nuestra cátedra suprema. Las voces de la Revolución, especialmente la del comandante en jefe Fidel Castro, las proclamas, las noticias que en nuestras naciones silenciaban, las informaciones culturales, los primeros logros deportivos y científicos, la música de los novísimos Silvio, Pablo y de otros jóve-

nes creadores, eran nuestros habituales despertares y nuestras esperanzadoras madrugadas.

Y a lo largo de estas cuatro décadas, Radio Habana Cuba ha venido incrementando, yo diría más bien quintuplicando a cada instante, su inconmensurable número de oyentes en el mundo. No hay un lugar en Australia, en África, en el Extremo Oriente, en el mundo árabe, en la ancha estepa rusa, en Europa continental e insular, en las Américas y en el Caribe entero, donde no se escuchen las ondas milagrosas y certeras de Radio Habana Cuba, la primera universidad de los pobres de la Tierra que ha existido en el mundo.

Si examinamos con detalle cada uno de sus espacios, de sus programas, de sus directrices, encontramos la perenne aproximación a la perfección, porque Radio Habana Cuba se destaca ante todo por su excelente tecnología, su riquísimo archivo de voces y de documentos históricos, su manejo de la programación, el profesionalismo de su personal, el sentido patriótico y humanista que les anima y la veracidad de sus informaciones, donde no hay lugar a la tergiversación o a la doble moral, tan común en los medios de comunicación de las llamadas «democracias occidentales».

Los colombianos particularmente, que hemos acompañado de cerca y de lejos a Radio Habana Cuba durante estas cuatro fructíferas décadas de recorrido, sólo nos resta desearles a todos los que integran su maravilloso colectivo: ¡Buen viento y buena mar! y recordar aquellos versos de Pablo Neruda cuando la revolución de Octubre celebró sus 40 años: *«La Revolución tiene 40 años/ tiene la edad de una joven madura./ tiene la edad de las madres hermosas...»*. ¡Felicidades!

CUARENTA AÑOS DE RADIO HABANA CUBA

Para mí, como colombiano, como poeta, como presidente de la Casa Colombiana de Solidaridad con los Pueblos y

como defensor de la Revolución cubana, resulta particularmente honroso el estar en la isla de la Libertad celebrando tantas gloriosas efemérides que se cumplen en este año 2001, especialmente la fundación de Radio Habana Cuba, por el propio comandante en jefe Fidel Castro, cuando sobre las cenizas del imperialismo en Girón proclamó ante el mundo que el pueblo victorioso de Cuba ya contaba con una transmisora de radio.

Este punto de encuentro entre Cuba y los pueblos oprimidos del planeta, que es Radio Habana Cuba, ha sido el gran baluarte de la batalla de ideas librada desde el comienzo mismo de la Revolución, que comunica a millones de personas de los cinco continentes el pensamiento de Simón Bolívar y de nuestros padres libertadores; el pensamiento del *Apóstol de Nuestra América*, José Martí; el pensamiento del *General de Hombres Libres*, Augusto César Sandino; el pensamiento del *Guerrillero Heroico*, Ernesto Che Guevara y el pensamiento de nuestro invencible comandante en jefe Fidel Castro Ruz. Todo ello, ha sido la gran escuela de los pobres de la Tierra junto con la palabra maravillosa y orientadora de Alejo Carpentier, de Nicolás Guillén, de Roque Dalton, de Pablo Neruda, de Julio Cortázar, de Dora Alonso, de Alfonso Reyes, de Roberto Fernández Retamar, entre otros grandes escritores y pensadores de nuestro tiempo.

Quienes trabajamos con la palabra, sabemos perfectamente cuán limitado es su signo para expresar cabalmente nuestros más arteriales sentimientos. Pero a pesar de eso, les decimos una y mil veces la palabra *gracias* a los heroicos compañeros que, herederos del pensamiento de Martí, asaltaron el Cuartel Moncada, llegaron a Cuba en el yate Granma, lucharon con heroísmo descomunal en la Sierra Maestra, derrotaron la cruenta tiranía de Batista, lograron la victoria del 1ro de Enero de 1959, humillaron al imperialismo y a todos sus mercenarios en Girón, consolidaron la más grande, hermosa y justa revolución que ojos humanos hayan contemplado, y que entre otros mil y un logros extraordinarios, fundaron

Radio Habana Cuba hace 40 años, la voz dulce y dura de Cuba, la Revolución y el socialismo.

EVOCACIÓN DE CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

Fue mi padre quien por primera vez me habló de este cubano admirable.

Manuel José Díaz-Granados, abogado y economista nacido en 1912, era un catedrático de la Universidad Libre de Colombia, de formación marxista y un auténtico visionario del destino político de Nuestra América.

Quizás existía algún símil o paralelismo en los orígenes académicos de estos dos hombres. La realidad es que mi padre me habló de Carlos Rafael Rodríguez con una devoción y un respeto que sembraron en mí la curiosidad intelectual por el personaje, quien en efecto, además de haber recibido el grado de doctor en Derecho Civil, Ciencias Sociales, Políticas, Económicas y Derecho Público, era un precoz intelectual que antes de haber cumplido veinticinco años ya había dirigido revistas de marcada orientación ideológica como *Segur*, fundada por él en Cienfuegos; *Mediodía*, cuyos trabajos sobre el parlamento le merecieron el premio Nacional de Periodismo en 1937 y la serie Cuadernos de Historia Habanera, entre otros logros culturales, amén de Editorial Páginas, que estableció con dos ilustres intelectuales marxistas: Juan Marinello y Ángel Augier.

Poco después, yo mismo admiraría su figura carismática en las fotos de *Bohemia* y en los noticieros cinematográficos. Hay una imagen persistente en la memoria, no sólo mía, sino en la de todos los revolucionarios y es aquella en que Carlos Rafael está riendo de buena gana escu-

chando algún gracejo del comandante Ernesto Che Guevara.

La figura de Carlos Rafael Rodríguez crecía en mí día a día, en la seguridad de que su experiencia, sabiduría e intuición estaban en primera línea del proceso revolucionario cubano.

El dirigente comunista colombiano Gilberto Vieira fue un gran amigo del revolucionario cubano. En una entrevista que le hice con destino a sus memorias, aún inéditas, Vieira se refería a Carlos Rafael con mucho afecto. «Tuvimos muchas entrevistas clandestinas en los años 50», decía. Y recordaba una efectuada a principios de 1958, realizada en Bogotá, donde el cubano le explicó al colombiano la adhesión e incorporación del Partido Socialista Popular a la lucha revolucionaria que lideraba el comandante Fidel Castro al frente del Movimiento 26 de Julio, desde la Sierra Maestra.

Posteriormente, se encontraron decenas de veces en eventos del movimiento comunista en diversas geografías del mundo.

En diciembre de 1997, en mi calidad de presidente de la Casa Colombiana de Solidaridad con los Pueblos, tuve el honor de invitar a Bogotá a Camilo Guevara March, uno de los hijos del Che, quien en compañía de Ana María Pellón, entonces directora de *Tricontinental*, clausuró una jornada organizada con motivo de los treinta años de la caída en combate del Guerrillero Heroico.

Estando en esas, tuve noticia del fallecimiento del compañero Carlos Rafael Rodríguez y entonces mi discurso de clausura del evento lo dediqué íntegramente a la memoria del dirigente revolucionario cienfueguero.

Recuerdo que terminé su semblanza con un soneto que escribí minutos antes y que dice así:

*¡Qué gran cubano, Carlos Rafael!
Su vida fue una lúcida epopeya
bajo el sol de Martí, Camilo y Mella,
el Che Guevara y nuestro gran Fidel.
Despreció la ficción del oropel.
Amó a su patria, a su bandera bella*

*con el rubí y la solitaria estrella
y amó la prosa, el verso y su laurel.
Hombre de acción, heroico y arrojado,
y en su ternura, corazón blindado,
era como un Bolívar sin corcel.
Su pluma de impecable voz y estilo
manaba letras que escribía con filo.
¡Qué gran cubano, Carlos Rafael!*

PASEO POR LA LITERATURA CUBANA

Desde mucho tiempo atrás he sentido admiración, o mejor, devoción por la literatura cubana. Quizás la cercanía caribeña, el común parentesco hispano, afroamericano, nativo, sumado esto a la altísima calidad de sus cultores, ha hecho a través de los años un hábito feliz hacia las letras de esta isla infinita en cada uno de sus géneros creadores.

La figura cimera del *Maestro*, José Martí, es, por supuesto, la mayor de mis devociones. No sólo hacia el insigne patriota y profeta de la Revolución cubana, hacia el fecundo periodista y pensador político, sino hacia el colosal poeta, padre del modernismo junto con Rubén Darío y José Asunción Silva, van esas inocultables preferencias. Martí es poema encarnado, asombro permanente, revelación perpetua.

Circundan la aureola magistral, los bellísimos y delicados versos de Julián del Casal, las décimas históricas de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, el periodismo exacto y completo de Manuel del Socorro Rodríguez, el ensayo sabio e indagador del padre Félix Varela, el vaticinio didáctico de José Antonio Saco, la recreación de la vida en prosa combativa de Luis Felipe Rodríguez, la pupila insomne de recia y matemática perfección de Rubén Martínez Villena, el fulgor y la exaltación proletaria de Regino Pedroso y la claridad precisa y preciosa de Manuel Navarro Luna, tan justamente valorado por Joaquín G. Santana.

Cubanos universales de la literatura son: Alejo Carpentier, el delicado y elegante prosista de *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*; Nicolás Guillén, el poeta nacional, quien deslumbró a los lectores de las Américas con su poesía de gran soltura imaginativa desde *Motivos de son* y *Sóngoro cosongo*, pasando por *El son entero* y *La paloma de vuelo popular*, hasta *Tengo* y *El diario que a diario...* Emilio Ballagas con su gemido desesperanzado y místico; Dulce María Loynaz, orfebre de las más finas soledades sonoras; Félix Pita Rodríguez, paradigma del poeta militante; Onelio Jorge Cardoso, cuentista explorador del alma del hombre contemporáneo; José Lezama Lima, sembrador de rosas subterráneas y fosforescentes.

El ensayo tiene poderosos cultivadores en José Antonio Portuondo, Raúl Roa, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez –amén, ¡por supuesto!, de Piñeyro, Varona, Sanguily y el Apóstol–.

Y para cerrar este brevísimo paseo por la literatura de Cuba, debo expresar mi permanente satisfacción por tener al alcance de mis ojos y de mi mente *Tierra inerte* de la gran Dora Alonso, la incansable exploración de Samuel Feijóo, los poemas viajeros y de ecos ecuménicos de Pablo Armando Fernández, las riquísimas creaciones de Eliseo Diego, Cintio Vitier, Fina García-Marruz, Jaime Sarusky, Luis Suardíaz, Abel Prieto, César López y esa inmensa figura de las letras de Nuestra América, poeta mayor de insospechados hallazgos, ensayista cuyas indagaciones y respuestas lo hermanan con Alfonso Reyes y Baldomero Sanín Cano, y profundo pensador, conciencia de nuestro tiempo, que responde al nombre de Roberto Fernández Retamar.

FLOR DE FLORES DE CUBA

Cristóbal Colón al llegar a la isla de Cuba consignó en su diario su particular deslumbramiento por la exuberante

vegetación que se descubría ante sus ojos alucinados. Algo similar debió sentir Hernán Cortés al trasponer las sombras de la noche cordillerana y encontrarse ante una colosal urbe iluminada de faroles y luceros llamada Tenochtitlán.

Pero debo confesar que mi deslumbramiento resultó ser más luminoso y de modo superlativo al llegar a la Cuba del año 2000. No solamente redescubrí los valores humanos y físicos de esta potencia moral nacida de la Revolución, sino que me asombré de unas flores no conocidas antes sobre la faz de la Tierra.

Y no era propiamente la palma real, el árbol nacional, ni la belleza reconocida de sus framboyanes, buganvillas y carolinas. No soy un experto en botánica, pero me fue fácil reconocer la bien surtida variedad de pinos de la isla. Pero no se trataba de eso. Sobra decir que la belleza casi irreal de sus almendros golpea mi corazón. Ni qué decir de sus palmeras, de sus álamos, artemisas, cactus, oréganos, vicarias y yerbabuenas.

Queridos amigos: la flor de flores única y fresca que asombró mi sensibilidad y mis afectos ha sido la de los niños de Cuba. De uno a otro confín, desde Maisí en Oriente, hasta La Fe, La Bajada o María la Gorda en Occidente, pasando por sus bellas e históricas ciudades, el jardín jubiloso y permanente de sus pioneros es la más preciada cosecha de sonrisas y de talentos prodigiosos.

El asombro no sólo mío sino ya universal, al admirar a estos niños con sus trajes rojo-vino-tinto, sus camisas blancas y sus pañoletas azules y rojas, caminando por calles y carreteras, saliendo y entrando a las escuelas, en guaguas, camiones y bicicletas, con sus padres y abuelos, es un presente delirante y pleno de emociones.

Esa flor de flores que asegura la eternidad de la Revolución cubana es una fortaleza de pétalos de acero que vibra en defensa de la soberanía de la patria. ¿Quién no se ha conmovido escuchando a la niña de tercer grado expresando de manera espontánea su conocimiento cabal de la problemática actual del mundo? ¿O con su fe en el futuro de

la humanidad al niño de apenas seis, siete u ocho años que nos da certeras lecciones de historia de la isla? Niños hermosos y valientes con sus mejillas bermejas o con sus pecas rubias, sus ojos castaños o verdes, su rostro negro, mulato, trigueño, o su mirada china, vocalizando con exactitud las palabras con las cuales señala los flagrantes pecados del imperialismo y las certeras victorias del pueblo revolucionario unido ante sus logros y sus convicciones.

Flor de pioneros, esta es la riqueza mayor de la Revolución victoriosa en el nuevo milenio. Sus voces, sus actitudes, sus ideales, son el orgullo no sólo de Cuba sino del género humano, son la esperanza de todos los desposeídos y oprimidos de la tierra, el soplo de sol feliz que estimula las fuerzas de quienes luchan por sus derechos en el Tercer Mundo.

Ante todos los niños de Cuba, este cronista colombiano se inclina con respeto y con amor, porque en ellos está vivo y encarnado el pensamiento puro de Martí, de Maceo, del Che y de Fidel.

EL HERMOSO VERANO

Es verdad que el verano termina por vencernos, o por sacarnos de las casas o por obligarnos a buscar abanicos y ventiladores de urgencia o por beber grandes cantidades de agua gélida ante sus calurosas arremetidas que hacen arder hasta los huesos.

Pero también tiene su encanto. En La Habana, cuando caminamos por Paseo o por G, la Avenida de los Presidentes, o cuando con alguna premura debemos llegar a tiempo al trabajo y casi trotamos por 23, por 17 o por Línea, el aliento hirviente del sol nos inunda de toda su materia tórrida. Pero de pronto, grandes árboles que se

mecen al compás de un reloj invisible, nos dan el cobijo de su sombra fresca. Y como nunca experimentamos el frescor temporal de sus verdes alas.

Si tenemos tiempo, en alguna esquina venturosa nos aguarda un delicioso helado de fresa o de chocolate. No digamos que en Coppelia, pero sí por Calzada o por Zapata, calles amplias, llenas de edificaciones de peculiares diseños arquitectónicos. Cuando buscamos un objeto o herramienta para el uso doméstico y nos toca merodear por los laberintos de la Calzada de 10 de Octubre o por Monte, Palatino o la calle Zanja, allí nos tendremos que detener en algún instante para beber un batido de mamey o de frutabomba y dejar que su picor helado golpee la garganta y siga su caudaloso y refrescante camino hacia el pecho y el estómago. O por allá en Güines o en el vibrante comercio de Galiano o en la avenida Infanta, cuando la sed nos tortura como señal inequívoca de un verano que aún no termina, pediremos un jugo natural de naranja o de mango, con todos sus sabores antillanos y sus azúcares profundos y sus piedras de hielo intemporales.

Es el hermoso verano, el bendecido verano, el tumultuoso verano que nos hace llegar con los niños a los parques y a las piscinas, cuando no a las playas de Santa María Loma, Santa María del Mar o Bocaciega.

Algún amigo en Lawton nos brinda el pocillo de café y icocha paradójica!, de inmediato nos quita la sed. Si hay un «chavito» por ahí, pediremos una Tropicola o un Cachito de limón en las tiendas de 23 y 12 o una malta en Obispo. De todas maneras, en todas las rutas de La Habana –calzadas, avenidas, esquinas, plazas, agromercados o paradas– habrá cerca un lugar donde el agua mineral o natural dará alivio a la seca garganta, habrá un carrito de madera donde se expende el refresco gaseado o el refresco de piña para que el habanero o el veraneante puedan hacer un alto en el camino y luego proseguir su destino cotidiano.

Hago míos los bellos versos del poeta cubano Ángel Augier, quien ha cumplido recientemente sus primeros noventa años:

*«Bajo un cielo alto y puro los árboles
entrelazaban sus ramas como con más amor
y sentíase el cálido aliento del aire
cargado de perfumes y de músicas...
La luz del día plena estallaba en los rostros...
La tarde, en el regreso, fue inundada de rosas...».*

OJOS HABANEROS

Caminar por las calles de La Habana es redescubrir el asombro de la belleza de los rostros femeninos, toparse con la perpetua sorpresa de un ritmo encarnado, hallarse frente a frente con unos ojos de hechizo insospechado, que algunas veces cruzan con indiferencia, otras con desdén, otras con inusitado júbilo.

Hace varios meses, yendo por el Malecón cerca de Prado, me topé con una muchacha que se desplazaba veloz por aquellas vías estivales, enseñando furia en su preciosa mirada. Ahí mismo, le escribí un *jai-kai*, minúsculo verso de tradición japonesa, que decía:

*Tus ojos
son dos uvas
con enojos...*

Pero luego, al detenerme en la esquina, frente al morro le aumenté otros versos:

*Del carbón de tus ojos salen
para dar luz a la luz.
Por eso que es que toda tú
rutilas como un diamante...*

Pero entusiasmado con aquella mirada de asombro, furiosa y fugaz como una eternidad de sombras, expresé:

*Dos uvas color café
tienes bajo tus dos cejas.
Por eso es que tú te quejas
de que te quieran beber...*

La mujer, en su angustioso desplazamiento, me había deparado la chispa airada de un minúsculo instante, por lo cual recordé inevitablemente el famoso madrigal de Cetina y comencé a repetir:

*Ojos claros, serenos,
¡ay tormentos rabiosos!,
ya que así me miráis
miradme al menos...*

Bella habanera de ojos enojados.

Ya instalado en la mesa de trabajo, compuse estos versos:

*No aspiro a nada en la vida
como no sea una mirada
que venga a mí en forma alada
y de tus ojos surgida.
Una mirada perdida,
de tus ojos escapada,
es todo. No pido nada,
no pido nada a la vida,
excepto la dulce herida
que me causa tu mirada.*

¿Satisfecho el caminante? Bueno. He vuelto a caminar por esos lados, pero nunca volví a ver aquellos ojos de asombro y de tormento.

Entonces para mi consolación hice una variación de los versos anteriores y me resigné a seguir viendo de manera permanente los ojos, que por fortuna, en el poema jamás morirán. Y escribí:

*A nada aspiro en la vida
como no sea una mirada*

*de tus ojos escapada
y para mí dirigida.
Ella daría a mi transida
estancia, luz delicada.
Es todo, no pido nada,
sólo que a mi alma vencida
acuda presta la herida
de esa dulce llamarada...*

¡Pensar que esos ojos tan hermosos miran cotidianamente La Habana! ¡Con razón es tan bella esta noble ciudad! Dulcemente recreada no sólo por esa mirada, sino por la de todas las habaneras y la de todas las mujeres de Cuba, tan nobles, tan dulces, tan heroicas.

CUBA ES LA SONRISA DE AMÉRICA

Palabras para agradecer la imposición de la Medalla de la Amistad del Consejo de Estado, de manos de Sergio Corrieri, presidente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), el 9 de agosto de 2001.

Agradezco desde lo más profundo de mi corazón la Medalla de la Amistad que le otorga Cuba a Colombia, reafirmando así todos los valores de la amistad y la solidaridad entre los dos pueblos hermanos.

Al contrario de lo que ocurre en muchas naciones, especialmente en las suramericanas, donde las medallas y las condecoraciones se han convertido en intercambio de complacencias frívolas, en Cuba representan el sincero y entrañable reconocimiento a los méritos de un pueblo hermano, a una trayectoria revolucionaria o a una parábola vital. Por eso me emociona y me enorgullece esta

medalla, pero además, porque expresa el afecto y la esperanza que Cuba siente por Colombia, por Latinoamérica y por los pueblos del Tercer Mundo.

Nuestra lucha y nuestra adhesión incondicional a la Revolución cubana, nació antes del 1ro de Enero de 1959, se afianzó en abril de 1961, creció de manera inconmensurable durante estas cuatro décadas de brutal bloqueo por parte del imperialismo y se consolidó de modo definitivo en los años del Período Especial. Pero debemos recordar con emoción, admiración y respeto que al mismo tiempo todos esos años fueron los de la solidaridad internacional de Cuba con los pueblos de Asia, África y América Latina en la lucha por su emancipación y liberación de las cadenas del colonialismo, del sionismo y del apartheid.

Quiero manifestar a quienes han tenido la alegría, el coraje y el privilegio de desafiar los poderes adversos y altaneros de sus países de origen para trabajar en el movimiento de solidaridad con Cuba, que no desmayen un solo segundo en esa noble, difícil y gratísima labor, que al retornar a sus casas quintupliquen las actividades, bifurquen los caminos en la consecución de adherentes, fortalezcan su incansable tarea, y que siempre sean conscientes de que gracias a la unidad, resistencia y absoluta convicción en la victoria definitiva, en la gran batalla de ideas que los cubanos llevan a cabo contra sus enemigos, los pueblos de la tierra constituiremos muy pronto, más temprano que tarde, la más grande, poderosa e indestructible superpotencia moral, capaz de derrotar con nuestra lucha indeclinable y permanente a la tragicómica y ridícula camarilla que desde el norte pretende gobernar y oprimir a los pueblos del mundo.

Cuba, no lo olvidemos, es la luz que genera esa portentosa unidad mundial de los oprimidos, es la dignidad de los trabajadores de los cinco continentes, es la voz más alta de los pueblos del Tercer Mundo, es la sonrisa y la esperanza de América. La sabiduría de los cubanos, la visión de sus dirigentes y sus pioneros, dignos herede-

ros de Martí, del Che y de nuestro invencible comandante en jefe Fidel Castro, multiplica la victoria de Girón todos los días, a cada instante, con cada afirmación de la voluntad de engrandecer la Revolución, pero también, con cada acto de solidaridad en cualquier punto de la geografía terrestre,

Y como lo expresara quien les habla, en un poema escrito hace ya varios años:

*A Cuba jamás la vencerán.
Fidel es el creador de esta alborada.
A tu revolución defenderemos,
te lo juramos camarada!*

¿CINISMO O SIN ISTMO?

La política del garrote esgrimida por el gobierno de Estados Unidos, a lo largo y ancho del planeta en los últimos doce años, es la misma que ha llevado a cabo –claro, con una supertecnología más sofisticada ahora– desde fines del siglo XIX, sin un ápice de disimulo, sin reformar los métodos de horror, sin aperturas ni reestructuraciones, ni transiciones, como ellos atrevidamente les piden a los gobiernos que no son de sus simpatías ni de su agrado.

Cuando en noviembre de 1903, Teodoro Roosevelt resolvió apoderarse, mediante la violencia y la rapiña, del territorio de Panamá, entonces Departamento de Colombia, se refirió en términos soeces a los precarios ejércitos y a las armas con que se defendía la soberanía nacional.

«Díganles a esas raposas de Bogotá que les damos cuarenta y ocho horas para que se retiren del istmo o les hundimos esas cáscaras!», exclamaba, refiriéndose despectivamente a las naves de la armada colombiana. El siniestro personaje se aprovechaba de la trágica circunstancia

de encontrarse Colombia casi en ruinas luego de haber puesto fin a la sangrienta contienda civil, conocida como la Guerra de los Mil Días. De manera, que sólo se declaró satisfecho cuando los marines entraron en el territorio panameño con la complicidad de colombianos apátridas y entonces declaró jactanciosamente: «*I took Panama!*» («Yo me tomé a Panamá!»).

Tres años después del delictuoso suceso, uno de los más siniestros de la historia americana, al infame policía se le otorgó el premio Nobel de la Paz. Setenta años más tarde, recibió la misma distinción el secretario de Estado de Nixon, Henry Kissinger, luego de haber ordenado la escalada bélica en Vietnam, Camboya, Laos, con millones de muertos y el cruento golpe de estado de Pinochet en Chile.

En diciembre de 1903, con las heridas aún abiertas por la toma de Panamá, el poeta colombiano Diego Uribe –famoso por sus libros de finos versos *Cocuyos* y *Margarita*, entre otros–, escribió una décima a la que tituló acertadamente «Sin istmo», y que dice así:

*Roosevelt, el sin par cinismo
que encarna tu confesión
de haber usurpado el istmo
aumentó el lodo en ti mismo
y manchó tu pabellón.
Ese que vergüenza os da,
aunque tu dominio ensancha,
para tu pueblo será
no el Canal de Panamá
sino el canal de «la mancha»...*

EL CARTERO DE NERUDA

Hemos visto en el teatro Hubert de Blanck, la puesta en escena de la obra *El cartero de Neruda*, bajo la acertada

dirección de Orietta Medina, quien además de actriz y directora de teatro es una devota admiradora de la trayectoria poética del chileno universal.

El cartero de Neruda está basada en la novela *Ardiente paciencia* del escritor chileno Antonio Skármeta, actual embajador de su país en Alemania, obra que a su vez inspiró el film italiano que le dio fama universal por el genial protagonismo de Phillipe Noiret y de Massimo Troisi, además de la música de Luis Bacalov.

La versión cubana está admirablemente realizada con la actuación de René de la Cruz hijo, en el difícil papel del poeta chileno y Ariel Díaz como el joven cartero, y trata de la vida del Neruda otoñal de los años 60, cuando en la cumbre de su gloria recibe kilos de correspondencia, por lo cual un cartero dedica la totalidad de su trabajo y de sus horas a ir y venir cotidianamente a la casa costera de Isla Negra, en el litoral pacífico de Chile.

El joven cartero, sencillo e ignorante, se obsesiona con su famoso destinatario, con quien poco a poco va entablando una simpática amistad. Enamorado de Beatriz, la camarera de la hostería vecina, el joven Mario se ve en la necesidad de expresarle su pasión en forma poética, para lo cual no ahorra el asedio indagante al famoso poeta, ni el copiarle descaradamente los versos de sus libros. Se establece entre los dos una relación de afecto y complicidad nada común hasta el punto de convertir la amistad en identidad política y curiosidad poética.

Al final, lo cómico se vuelve trágico ante el salvaje aplastamiento del gobierno de la Unidad Popular y el asesinato del presidente Salvador Allende. Allí, al recrear el amanecer sucio del 11 de septiembre de 1973, la obra se convierte en una verdadera metáfora de la crueldad.

Orietta Medina combina de manera magistral la reinención de la realidad con la alegoría de la poesía y la política, y lo político con la cruel realidad de la Latinoamérica de los últimos tiempos.

Despliegue de belleza, riqueza de vestuario, exuberancia verbal y musical, poesía permanente, humor a torren-

tes y dolor incandescente, son los elementos que engrandecen esta obra en cada afortunada puesta en escena.

UNA PROFECÍA DE MI PADRE

Hoy mis oyentes me sabrán disculpar la alusión personal, pero no puedo evitarla y sobre todo tratándose de mi adhesión particular a la Revolución cubana desde los comienzos mismos de la vida.

Enero de 1959. Mis doce años y medio se ven sorprendidos por el advenimiento victorioso de los revolucionarios de la Sierra Maestra, comandados por Fidel Castro.

En Colombia acostumbrábamos a celebrar con mucha euforia la caída de los dictadores militares, ya que como en el juego de dominó, habían comenzado a desmoronarse uno a otro desde mediados de la década de los años 50.

Primero, Somoza, padre; luego Perón en Argentina, casi enseguida Manuel Apolinario Odría en Perú, Rojas Pinilla en Colombia, Pérez Jiménez en Venezuela y ahora Batista en Cuba. El júbilo era total. Pero también distinto.

En Suramérica se habían establecido democracias amañadas, pero las oligarquías habían quedado intactas. En Cuba sería distinto, pero pocos lo entendían en aquellas latitudes.

Manuel José, mi padre, era un jurista muy prestigioso en mi país. Durante muchos años fue catedrático de Derecho, Economía Política y Hacienda Pública en las más importantes universidades de Bogotá. Liberal de izquierda, había bebido en el marxismo las fuentes racionales de la historia, el socialismo científico y el materialismo dialéctico. Él había

comprendido cabalmente el cambio experimentado en Cuba en 1959 y se había tomado el placentero trabajo de explicárselo a su pequeño hijo.

Desde entonces, y debo dejarlo consignado en esta crónica, fue un seguidor constante del proceso revolucionario cubano, un animador y un admirador ferviente de sus dirigentes históricos, a la cabeza de los cuales se hallaba y se halla el Comandante en Jefe Fidel Castro.

Pero fue en abril de 1961, con ocasión de los sucesos de Playa Girón, cuando capté la seguridad de esa convicción a través de una carta que me dirigió a Bogotá y que afortunadamente conservo. Dicha carta está escrita de su puño y letra desde Santa Marta, nuestra ciudad natal, donde se encontraba mi padre por esos días. En uno de sus apartes, escribe textualmente:

«Estoy muy feliz con el aplastamiento de la invasión cubano-yanki. El pueblo cubano se impuso y el mundo socialista ha correspondido con energía al ataque pirata de los invasores. Creo que Fidel Castro quedará más consolidado y el pueblo democrático de Cuba será su mejor seguridad y garantía de estabilidad».

La carta está fechada el 21 de abril de 1961.

Desde entonces, sus palabras acerca del proceso cubano sonaban como oráculos de optimismo y sabiduría, a pesar de la lluvia de amenazas que se cernían contra la isla desde la potencia del norte.

Pocos meses antes de morir mi padre en enero de 1966, en medio de una inevitable discusión entre amigos, acerca del futuro de Colombia y de América, en vísperas de unas elecciones presidenciales en mi país, mi padre expresó, luego de guardar largo silencio:

«Pasarán muchos años y lo único que quedará de todo esto será Fidel Castro y la Revolución cubana. Lo demás será sólo humo y bullicio. Y, sobre todo, pura paja».

Mi padre sentía una admiración sobrecogedora hacia la personalidad del comandante Fidel. Parecía haber intuido certeramente lo que emanaba de aquella corporeidad singular. Es decir, lo que ya se puede analizar después de

tantos años para comprobar la sabiduría, la genialidad política, la maestría en materia histórica, económica, militar e internacional de Fidel, mi padre lo afirmaba con pasmosa clarividencia en aquellos años iniciales de la Revolución.

Por eso hoy, tres o cuatro décadas después de esos acontecimientos familiares, bien puedo repetir mis versos de entonces, en memoria de mi padre y en homenaje al grande hombre que él me enseñó a amar y a admirar:

*Fidel: tú encarnas todo lo que queremos.
Tú lideras todo lo que soñamos.
Tú conduces todo lo que luchamos.
Por tu boca hablan nuestros anhelos...*

LA REINA DE LAS COSAS

Debía buscar un aparatico llamado encendedor para colocarlo en la luminaria de la cocina: una bombilla circular como las aureolas de los santos. Fui a la avenida de Infanta y en tres establecimientos la respuesta fue la misma: «Eso lo consigues en Reina». Días más tarde me encargaron unos álbumes para guardar fotografías domésticas y al indagar sobre su existencia, una vecina me dijo: «En Reina consigues de esos que tú quieres». Esa misma semana se aproximaba el cumpleaños de mi hija y busqué en varios lugares los números de icopor correspondientes a su edad para colocarlos encima del cake. La señora que vende pizzas en Paseo y 3ra me expresó: «Con seguridad en Reina consigues esos números».

Me dirigí hacia allá. En realidad, ya lo había hecho muchas veces. Y siempre, confieso, me había seducido la viandanza por esos contornos.

Salí temprano, dispuesto a efectuar un gran maratón de caminante. Subí por la Avenida de los Presidentes, G,

y llegué extenuado a la Avenida Salvador Allende, al Centro Comercial Carlos III. Hice una escala en una oferta para tomar batido de frutabomba y me dirigí a la calle Padre Varela o Belascoaín.

Entonces me sumergí, ahora sí, despacioso y observador, por la famosa Avenida Simón Bolívar, más conocida por todos como Reina, una arteria colindante con Belascoaín y el Centro Comercial Isla de Cuba, frente al Parque de la Fraternidad, en La Habana Vieja.

Pero, en realidad ¿cuál es el encanto particular que tiene esa calle angosta, encharcada, vetusta y populosa llamada Reina? La sorpresa permanente. Lo recursivo de su comunicación. Por allí podemos llegar a Monte, a la calzada de Zanja, al Barrio Chino, a Dragones... pero... no vamos a salirnos de los límites de Reina, de la calle Reina, el motivo central de esta crónica.

En esa vía, se encuentran apeñuscados y por lo tanto, más interesantes por la fosforescencia de lo sorprendente, los motivos diversos de nuestras necesidades o apetencias: jugos naturales en jarra de cerveza, librerías, revistas antiquísimas, objetos para fiestas infantiles, yerberías, ropa reciclada, elementos de ferretería y electrónicos, adornos varios, cachivaches, enseres, productos de cuero, cuadernos, libretas, zapatos, sandalias, bombillos, etcétera.

En un solo establecimiento de dos pisos puede estar resumida la felicidad: allí venden botones, agujas, hilos, cinturones, cremalleras, medias, ceniceros, adornos de porcelana, espejuelos, tuercas, tornillos, tijeras, lazos para el cabello, cortauñas, jugos de guayaba y de naranja, pan con tortilla, croquetas, frituras, cangrejos, empanadas de guayaba, pulóveres, juguetes, cremas para las manos, collares, vasos de cristal, pocillos para el café...

Allí encontré libros de medicina de principios del siglo xx, manuales de aprendizaje de inglés de los años 40, novelas policíacas, tomos de poesía bucólica, atlas de Cuba de los años 30, novelas de Cortázar, Carpentier y García Márquez, libros de marxismo y el famoso *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie.

En resumen, satisfecho y victorioso, luego de una agotadora y deliciosa búsqueda de varias horas, regresé a mi casa con el encendedor de la bombilla, el número 10 para el cake de mi hija, el álbum de fotografías y un montón de cositas que sin estar en los planes se nos fueron encimando por obra y gracia de una caminata por la Avenida Simón Bolívar, bueno... por la calle Reina, la reina de todas las cosas que necesitamos...

LA MUJER EN LA REVOLUCIÓN

A lo largo de la historia universal hemos visto cómo la intervención de la mujer ha sido decisiva para el éxito de cualquier operación trascendental. Los nombres de aquellas que, sobreponiéndose a cualquier obstáculo o prejuicio, han logrado desafiar hasta la naturaleza misma en la búsqueda iluminada de la realización de un noble ideal, están consignados en letras de oro en las páginas de la historia. Pero también a diario comprobamos que son millares las que anónimamente ejercen el magisterio del valor, del sacrificio y del heroísmo en aras de pequeños grandes ideales cotidianos, que unas veces pasan inadvertidos y otras, incluso, se sepultan en el olvido.

Sin embargo, callada y abnegadamente, la mujer cumple su destino de motor del género humano y como tal lucha y vela por su supervivencia y por un mejor vivir.

En nuestra América abundan los ejemplos de esto a que me he venido refiriendo: a los nombres de Antonia Santos, Manuela Beltrán, Policarpa Salavarrieta y Mariana Grajales, se suman los de aquellas mujeres maravillosas y paradigmáticas en todo sentido que fueron el soporte y el nervio de la Revolución cubana y cuyas realizaciones son recordadas a diario por un pueblo agradecido.

De ahí que cuando por iniciativa del comandante Fidel se fundó la Federación de Mujeres Cubanas hace cuarenta y un años, sabiamente conducida desde entonces por la legendaria dirigente revolucionaria Vilma Espín, la mujer de esta isla sintió por primera vez que habitaba un espacio propio para cristalizar sus sueños y sus aspiraciones, los cuales ya nunca se verían arrebatados por ninguna ley injusta ni por ningún necio y caprichoso machismo.

En la Federación de Mujeres Cubanas, auténtico faro que irradia su luz de amor al mundo, se honra a diario a cada una de las criaturas femeninas junto a la memoria de las heroínas de la independencia y de la lucha revolucionaria de Cuba y de todas las causas justas de la humanidad.

En su honor, este poeta les dice:

*Tantas heroicas mujeres
en esta Cuba preciosa!
Cada una es una rosa,
y todas son bellos seres,
rodeadas de mil quererres,
ejemplos de amor y fe
como Celia y como Haydée
Vilma Espín y Melba Hernández,
que del Caribe a los Andes
señalan la luz del Che...*

*Las mujeres por millares
en Cuba, representadas,
en FMC asociadas
son la flor de sus hogares,
faro de todos los mares.
Siempre las respetaremos,
con ellas todos gritemos:
¡Viva la Federación!
¡Viva la Revolución!
¡Patria o muerte: venceremos!*

LA REVOLUCIÓN DEFENDIDA

El pueblo cubano, unido y regocijado, celebra el 41 aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, los CDR, con actos que exteriorizan los sentimientos comunes de solidaridad y entusiasmo.

Todo ello coincide con una serie de sucesos felices, no exentos de pequeños sacrificios y de sobrehumanos esfuerzos por engrandecer los propósitos inmediatos de esta celebración.

Cumpliendo los parámetros emulativos esenciales determinados por la dirección nacional de los CDR, estos atraviesan los calurosos meses de agosto y septiembre trabajando sin descanso hasta el fin del año calendario, recibiendo donaciones voluntarias de sangre, recogiendo materia prima, despidiendo en cada cuadra centenares de jóvenes que parten para el Servicio Militar Activo, realizando actos culturales y artísticos y llevando a cabo actividades en la construcción y en las labores agrícolas.

Todo ello coincidió con la reanudación de las labores estudiantiles el pasado 3 de septiembre, en las cuales miles de pioneros de toda la isla iniciaron el curso correspondiente al año escolar 2001-2002.

Entonces es cuando se desemboca en el regocijo final del 28 de Septiembre, que desde la noche anterior se espera con expectativa, para reunir en cada barrio las anécdotas, las pequeñas historias, los juegos, los bailes y los cantos, las panetelas, los coditos, las frituras, los traguitos de ron y los sorbos de cerveza, para luego saborear los interminables pocillos de caldosa en los portales de las viviendas de los jubilosos cederistas.

Emocionado ante estos festejos, fruto de los más heroicos y valerosos acontecimientos de la Revolución, este cronista compuso el siguiente soneto:

*Cuatro décadas cumplen en labor exitosa
de la Revolución, los Comités de Defensa;*

*la historia nos describe su actividad inmensa,
la tradición nos habla de su tarea gloriosa.*

*Persona por persona, en función minuciosa,
familia por familia, en sucesión extensa;
barrio por barrio, unidos, con devoción intensa
protegen a la isla de la amenaza odiosa.*

*CDRs valientes, formados por cubanos
que con Fidel al frente se volvieron hermanos
y son los camaradas de esta heroica nación.*

*Por defender a Cuba, unido como un hombre,
este portento único sólo responde a un nombre:
¡Comités de Defensa de la Revolución!*

UNA ESTRELLA PARA CADA NIÑO

Hoy más que nunca tenemos que cerrar filas en torno a la defensa de la Revolución cubana.

La cavernaria declaración del nuevo emperador dividiendo el planeta entre buenos y malos, no puede ser motivo sólo de risas, porque suponemos que alrededor de su diabólica actitud pretende enmascararse el bien, dejando para los miles de millones de pobres del Tercer Mundo el estigma irrefutable del mal.

Pero esas palabras del Nerón neoliberal encierran ante todo una amenaza. Y no olvidemos que entre los seres y lugares más satanizados por la república macartista está Cuba, nuestra heroica y gloriosa Cuba, como la más apetecida «Caperucita» del lobizón imperial.

Nosotros, los que defendemos a Cuba, no somos otra cosa que sencillos seres humanos.

Somos criaturas que amamos y respetamos a nuestros semejantes.

Queremos que, como dice Fidel, el hombre sea por fin hermano del hombre.

Aspiramos a que en el mundo el sol salga para todos, que desaparezcan para siempre el despojo, el egoísmo y la codicia, que de las nebulosas geografías florezcan las alboradas más diáfanas, que la palabra humanidad pueda resumir toda la felicidad posible, que podamos regalarle una estrella a cada niño, que esta descalza y larga noche de los pobres de la Tierra navegue siempre hacia el hechizo de la luz.

Ojalá algún día vivamos en un mundo donde cerremos el libro de cada tarde con finales felices, donde se multipliquen las cartas y los besos de amor, las manos entrelazadas y las bodas jubilosas, donde toda sed encuentre el agua y donde se abran dichosos los ojos de los ciegos.

Porque nosotros, los que defendemos con todas nuestras fuerzas mentales, intelectuales y físicas y aún con nuestras propias vidas esta hermosa y valerosa Revolución cubana, nos duelen los seis mil muertos en la catástrofe del pasado 11 de septiembre en Estados Unidos de Norteamérica, pero también nos duelen los 35 615 niños muertos de hambre ese mismo día en los países pobres del planeta, según lo informó la FAO, sin que para ellos hayan salido noticias de primer plano en ningún medio de comunicación de la llamada «civilización occidental y cristiana».

Conscientes como somos de que Cuba es el faro que irradia la luz de la dignidad, de la razón y de liberación de los pueblos oprimidos, debemos quintuplicar nuestra solidaridad con ella en todos los órdenes y en todos los frentes, en cada una de las actividades particulares, en nuestro barrio, en nuestras ciudades, en nuestras provincias y a todo lo largo y ancho de nuestra Colombia herida.

En todos los países de la Tierra, en los cinco continentes y en los propios Estados Unidos, la solidaridad con esta gran Revolución y con nuestro invencible

comandante en jefe Fidel Castro, crecen minuto a minuto. Y en esa noble tarea histórica los colombianos no nos vamos a quedar atrás, porque también tenemos dignidad y tenemos grandeza.

MONÓLOGO DEL CAMINANTE

En el horizonte de mis ojos, al mediodía, está La Habana plena, dorada, feliz. A lo lejos diviso el hotel Habana Libre. Entre nosotros, –ojos y edificio– median infinidad de tejados, azoteas, minaretes, palmeras, ventanas, árboles, gentes, cosas, cosas, cosas, centenares de calles como escaleras invisibles, perdidas, plácidas, colosales, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, como metido dentro de un laberinto de arenas y vegetaciones, como sumergido por entre un montón de aromas y miradas o de universos cortados por vivencias, habitantes, labores, cotidianidades, sabores, afectos, olores, dolores, alegrías, problemas dulcemente plasmados en el ir y venir de tanta vida bella o rutinaria. Entretanto, enciendo al azar una emisora y escucho un fragmento del ballet *Romeo y Julieta*, con el cual la radio cubana conmemora un aniversario del nacimiento del compositor soviético Sergei Prokofiev.

Salgo a la calle y todo está lleno de vida, todo vibra de verdes vientos, el sol acalora la espalda, quema narices y mejillas; hay gentes, jugos, libros, automóviles raudos, gentes que van y vienen; en La Rampa el cielo azul, los edificios, las oficinas, los cines, el Coppelia, el Yara, los helados, las piernas de canela, los muslos rosados, los ojos de esmeralda, las manos de peluche, la exuberancia de sus álamos, pinares, palmas, carolinas, cañasantas, maracujeyes, las empanadas de guayaba, los cangrejitos de queso, los batidos. Y otra vez el cielo,

único. Ya Hemingway lo había dicho. Y Cernuda, Luis Cernuda, el excelso poeta español de la brillante Generación del 27. Cernuda vivió en Cuba aproximadamente un año, desterrado por los que le gritaron a Unamuno: ¡Muera la inteligencia!

Vivió el autor de *La realidad y el deseo* en una casa de paredes rosadas en la esquina de 23 y O, en el Vedado. Allí hay una placa que dice textualmente: «La Habana es su cielo y éste no parece parte del cielo común a toda la tierra sino proyección del alma de la ciudad». ¡Qué frase tan sabia y tan exacta! Pero sobre todo tan hermosa! En la casa marcada con el número 160 el poeta sevillano habitó e inmortalizó el cielo habanero con su palabra reveladora.

Prosigo mi viandanza y entonces no sé si estoy viviendo o si estoy soñando, porque hay múltiples caminos blancos que conducen hasta más allá de los puntos cardinales, hay laberintos furtivos bajo el peso de los frondosos árboles. Hay bancas de piedra donde parejas de ancianos se sientan a recibir el sol picante del verano habanero. Y hay árboles, hay palmeras, álamos, almendros, framboyanes y pequeñas plantaciones de hierbabuena, artemisas, cactus, oréganos, vicarias y buganvillas. Y también hay luces de diversos colores, en forma de ojos, que encandilan durante breves instantes el punto más sensible de nuestros corazones. Esos ojos tan bellos, esos rostros irrepetibles, esos cuerpos esbeltos, esas formas renovadas de la danza que nos recrean con su andar las muchachas de La Habana, son la única emoción viviente que logra paralizar, por lo menos por un instante, la marcha inagotable de este humilde caminante.

LA AMARGA LECCIÓN DE LAS CRUZADAS

Entre los siglos XI y XIII se llevaron a cabo unas muy famosas expediciones occidentales y cristianas que sus

todopoderosos propulsores denominaron Las Cruzadas y cuyo fin aparente era el de recuperar la Tierra Santa en poder de los musulmanes. En realidad, lo que quería la nobleza feudal de Europa era expandir su poderío, controlar el inconmensurable comercio con el Asia y el dominio por parte del Papado católico a las monarquías ortodoxas griegas y turcas.

Lo que hay que recordar, para que las generaciones presentes y futuras lo tengan muy en cuenta, es que las famosas Cruzadas se perdieron. Sus arrogantes ordenadores fracasaron estruendosamente y al final «los infieles» –como llamaban los papas a los musulmanes–, se tomaron Constantinopla, capital del imperio bizantino, en 1453, poniendo fin a un largo milenio de feudalismo y oscurantismo conocido también como la Edad Media.

Durante Las Cruzadas, los reveses del imperio dominante fueron inmensos, irreparables, pero también crueles y ridículos. En la segunda, todo terminó en derrota causada por la división existente entre los cruzados franceses. En la tercera, se perdió la Jerusalén conquistada. La cuarta se caracterizó por el descarado saqueo a Constantinopla.

En las siguientes utilizaron niños a quienes vendieron como esclavos en el norte de África. En la séptima le propinaron a Luis Nono de Francia una derrota militar tan grande que terminó prisionero en Egipto con todo su ejército. Enfurecido, al recobrar su libertad, el monarca emprendió la octava cruzada contra Túnez, con tan mala suerte que la peste acabó no sólo con su majestad, sino con sus millares de soldados.

Más tarde, en 1291, con la caída de san Juan de Acre, los debilitados herederos de las cruzadas imperiales, evacuaron sus últimas posesiones en Tiro, Sidón y Beirut, y posteriormente fracasaron todos los planes de revivir las frustradas epopeyas porque ya existía una profunda crisis económica y social que predecía la caída del sistema feudalista en Europa occidental.

Quien no conoce la historia está condenado a repetirla, dice la sabia sentencia. Y con absoluta seguridad, los

nuevos y opulentos «cruzados de la verdad y el bien», iguales o peores de fanáticos que sus imprecisos enemigos, no conocen la historia de sus antecesores. Recordemos simplemente que todos ellos fueron jefes de imperios omnipotentes –estaban varios Luises de Francia, el emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, el famoso Federico II Barbarroja, Ricardo Corazón de León, entre otros–; todos inventaron y encontraron enemigos en aquellos que no creían en su tergiversado cristianismo; recordemos que todas fueron guerras largas, larguísimas, como las que promete el nuevo emperador mundial, y finalmente, que luego de tanta inútil y sanguinaria extravagancia, Dios no solamente no se puso nunca de parte de sus cruzados, sino que permitió que estos se dividieran, que sus imperios se destruyeran y que cayeran en la más humillante derrota que se recuerde en aquellos tiempos remotos.

Pero sólo así, irónicamente, la civilización occidental y cristiana, se condenó a sí misma y la historia abrió las puertas de la Edad Moderna, la precursora de las grandes transformaciones sociales, económicas y políticas, y por supuesto, de la anhelada primavera de los pueblos.

LECTURA DE LA EDAD DE ORO

Desde la primera hasta la última página, la colección de revistas de *La Edad de Oro*, textos en prosa y verso debidos a la mente prodigiosa de José Martí, constituye un brevario de sabiduría, de belleza y de amor a la humanidad.

Recorrer sus territorios literarios es reencontrarse con la propia infancia, cuando afanosos y ávidos de conocimientos nos sumergíamos en libros, revistas y enciclopedias de la biblioteca del colegio, deteniéndonos en fotos

y viñetas con el fin de regocijarnos en nuestros propios sueños y en el esplendor de la cultura universal.

Martí tenía predilección por los niños, porque entendía que eran, son y serán siempre los más sabios y hermosos habitantes de la Tierra. A ellos, pues, les dedica cada ejemplar de *La Edad de Oro*:

«Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros del mañana, y con las madres del mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres», dice en el primer número y se lanza a una extensa travesía de sueños y de héroes, reales y ficticios.

Por allí desfilan los padres libertadores –Bolívar, San Martín, Hidalgo–; los poetas –Homero, el de *La Ilíada*, Shakespeare, el de *Romeo y Julieta*, Víctor Hugo, el de *El Jorobado de Notre Dame*–; los juegos infantiles, la historia del hombre contada por las diversas casas del mundo y de la historia –la de los germanos, los galos, los quéchuas, los aztecas, los asirios, los egipcios, los hebreos, los persas, los japoneses–; las ruinas de los indios americanos como llamas permanentes de amor vigilante; los deleites estéticos de la música, la pintura y la poesía; los pabellones y las maravillas de los cinco continentes en la Exposición de París; una semblanza del Padre de las Casas, defensor de los indios; un agradable recorrido por la tierra de los anamitas (hoy más conocidos como los habitantes de Vietnam y Laos) y por las diversas máquinas inventadas por el hombre. Todo ello compartido con los más bellos cuentos de reyes y princesas, fábulas y poemas dedicados a esos pequeños emperadores que habitan el alba de oro de la vida.

¡Ah Martí! ¡Qué ser tan incomparable! ¡Qué pensador sin par! ¡Qué profeta tan certero del devenir de Nuestra América!

Leyendo y releiendo *La Edad de Oro* sentimos que la poesía siempre nos ofrece horizontes amables que alternan dulcemente con nuestros sueños más recónditos y

con nuestros ideales más luminosos, y que gracias a seres excepcionales como José Martí, fructifican como energías fosforescentes en nuestro trabajo cotidiano y por ende en el porvenir inmediato de toda la colectividad humana.

EL BARRIO CHINO DE LA HABANA

Sin duda alguna, el Barrio Chino de La Habana es uno de los mayores sitios de atracción tanto para los capitalinos y los cubanos en general, como para los visitantes extranjeros.

Por unos minutos o unas horas, el ambiente oriental se impregna en nuestros corazones y basta con traspasar el arco triunfal que nos espera altivo y silencioso a un costado del parque de La Fraternidad, en La Habana Vieja, para que penetremos a una dimensión de milenios legendarios.

No voy, desde luego, a enumerar los comercios y establecimientos de comida y bebidas, todos con nombres chinos, que existen en ese islote urbano arriba de la calzada de Zanja, pero sí voy a invitarlos a dar un breve paseo por ese laberinto multicolor de objetos, alimentos y costumbres.

Por diversas calles, desde la vieja locería La Vajilla en Galiano o Avenida Italia, asoman avisos con los signos, símbolos y caracteres chinos que indican que por allí se venden materiales ornamentales, muy propios del país asiático.

De ahí en adelante, abundan los globos, los biombos, los farolitos que invitan a pasar a los almacenes, donde atienden hombres y mujeres ataviados con túnicas de Nanning o trajes propios de los antiguos mandarines de Shangai.

Allí vemos innumerables porcelanas, con cuadrigas de caballos, dragones, tigres, bailarinas, budas, campesinos pobres y ricos, pececillos, ceniceros, pebeteros, doncellas

y emperadores de rostro adusto o sonriente. También encontraremos allí pomadas para la artritis, el reumatismo, los dolores musculares y las neuralgias en general; remedios de diversa índole y bebidas aromáticas o estimulantes para fumar un cigarro o un tabaco feliz. Y ni hablar de las telas: camisas, blusas, faldas, pantalones, gorras, carteras, bolsos, medias, calzado, y en fin, todo aquello que nos es necesario para salir a caminar por las calles y las arterias capitalinas.

Los restaurantes están integrados en un hermoso conjunto de pequeñas edificaciones de estilo chino, con sus techos y sus adornos típicos. En ellos, con pocos pesos en moneda nacional, podemos saborear los más exquisitos platos de la culinaria de Pekín, Cantón, Shangai o Xian, para comer con tenedor o con los tradicionales palitos: entremeses de empanadas de maní y coco, sopa de mariposas, rollitos de primavera, arroz frito al que se le puede condimentar con los diversos picantes orientales o con la famosa salsa agridulce o salsa de soya, todo ello con rollitos de pollo, chuleta de cerdo, *chop suey* de pescado o *chao mein* de hígado, carne de lechón y mariscos.

Nunca he preguntado si de sobremesa podemos beber una copa del incendiario aguardiente «Mao-dei», pero de todos modos, un buen refresco basta para poner fin a tan delicioso banquete.

De allí se vuelve a recorrer el conjunto de almacenes y restaurantes, como bajativo, y aprovechamos para admirar la inmensa variedad de pájaros que se exhiben en un sardinel y que en verdad recrea nuestra vista: pájaros azules, blancos, rojos, grises, con elegantes penachos y plumaje rítmico como el de los quetzales, y hay cabrillas, diamantes de cola alargada, cacatillos, copetones.

En fin, es como si hubiéramos ido a China y regresado en un abrir y cerrar de ojos.

ELOGIO DEL LIBRO

Por doquiera que caminamos por La Habana nos hallaremos siempre frente a un maravilloso paisaje de libros. Entre los árboles, sobre paredes antiguas, dentro de estantes y bibliotecas, bajo cristales, en los sardineles, por los parques y desde luego, en las espléndidas librerías capitalinas, los libros nos sorprenden y nos estimulan de manera permanente en nuestras caminatas y en nuestros descansos.

Ello me ha obligado a pensar que quizás ese objeto sencillo y hermoso es uno de los inventos más útiles efectuados por el hombre para su propio deleite y para su ascenso hacia la sabiduría. Pues todo libro es un viaje a lo desconocido. Es una maravillosa aventura.

Es la puerta hacia un mundo que nos irá descubriendo a través del camino de la palabra escrita. Sea excelente en su léxico o interesante en su temática, de regular calidad o rematadamente malo, el libro deja en el lector alguna enseñanza, alguna inquietud. Es la huella digital indeleble que queda marcada en la mente de quien en él se adentra, como si se hubiese marcado en un espejo empañado, decía Jaroslav Seifert.

El libro desde sus remotos orígenes –manuscrito, papiro, pergamino, papel chino–, ha sido el compañero de viaje del hombre a través de los tiempos y de los territorios. Tres siglos antes de Cristo, en el Egipto de los faraones, los escribas realizaban su trabajo con un tratamiento especial aplicado a las hojas de una planta que los griegos llamaban papiro. Los chinos lo hicieron sobre tablas de madera y los mesopotamios escribieron sus textos sobre planos de barro cocido. En Italia se utilizó el papel pérgamo y en la primera centuria de nuestra era, los chinos obtuvieron el genial invento del papel. En la agonía del medioevo se imprimieron libros con sistemas móviles metálicos y con planchas de madera tallada y precisamente se considera en el final de la Edad Media –junto

con la toma de Constantinopla por los turcos, la exposición del libre examen de Lutero y la llegada de Colón al Nuevo Mundo—, la invención por parte de Johann Gutenberg, de la imprenta, revolucionó el planeta con el novedoso sistema de producción de libros.

Se ha dicho ya innumerables veces que el libro es el mejor y el más fiel de los amigos. Faulkner solía decir que los libros, como los amigos, deben ser pocos, pero buenos. El libro nos enseña a vivir, nos obliga a reflexionar, nos pone a meditar sobre nuestras propias obsesiones. *Don Quijote de la Mancha* nos hace reír en la adolescencia, nos arrincona en la esquina del mejor pensamiento en la madurez y nos hace llorar en la vejez. Nada ni nadie, ni los imperios que imponen la piromanía sobre las bibliotecas, ni las tiranías de los sofisticados sistemas de comunicación ultramodernos, podrán acabar con la serena democracia del libro.

Es lo que más se aproxima a la perfección. Se puede releer, saborear, se puede cerrar para más tarde volverlo a abrir. Se puede acariciar o subrayar, manosear y besar y algunas veces arrojarlo con ira al piso, pero jamás se podrá destruir, borrar ni ignorar, porque sólo por el signo de la palabra escrita somos testigos de nosotros mismos y gracias a ello nos sentimos orgullosos de pertenecer al género humano.

GABRIELA MISTRAL Y CUBA

En el corazón y en las ideas de la poetisa chilena Gabriela Mistral, José Martí ocupó un lugar preferencial. Siempre se refirió al Apóstol como a «una criatura a quien le debo mucho».

A él dedicó un bellissimo artículo en el cual expresó que era un símbolo de la lucha por la democracia y la inde-

pendencia real, no sólo política, de Hispanoamérica. Por ello, el gran poeta y ensayista cubano Cintio Vitier calificó a Gabriela como escritora dueña de «un tono de americanidad insondable». Y Eliseo Diego, ese otro gran poeta de Cuba, le dio el apelativo de «nuestra madre Gabriela».

Y en verdad, la poetisa tomó del pensamiento martiano lo esencial de su ideario, pues desde muy joven se identificó con el Apóstol, al igual que con Bolívar, en la necesidad de llevar a cabo una integración total de Nuestra América.

Al respecto escribió:

«Nosotros debemos unificar nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se transmute en conciencia nacional y de un deporte del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad, y además, con belleza...».

Y agrega:

«Nos trabaja una ambición oscura y confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuya utopía queremos volver realidad de cantos cuadrados». Y seguidamente pedía que Bolívar dejara de ser nombre de aniversario; por eso hablaba de «Nuestro Bolívar», de «Nuestro Martí», de «Nuestro Sandino».

En los años 40 y 50 visitó Cuba Gabriela Mistral. En la isla de Martí siempre se sintió a gusto esta mujer de hondas raíces andinas. Aquí trabó amistad con la poetisa Dulce María Loynaz. Amistad controvertida, yo diría más bien temperamental. Eran dos caracteres. Sin embargo, Gabriela dijo dos opiniones consagratorias sobre la insigne cubana:

«Para mí, declaro, leer *Jardín* ha sido el mejor repaso de idioma español que he hecho en mucho tiempo».

Y más adelante:

«Los *Poemas sin nombre* son puras condensaciones de poesía, el puro hueso del asunto. Poesía interior, rara en las mujeres».

Gabriela Mistral disfrutó en Cuba y especialmente en La Habana de la hospitalidad de sus amigos y admiradores. Se solazó de la belleza de su mar y de la pureza de su cielo. Ya Cernuda había declarado: «El cielo de La Habana no es el cielo común de todos los humanos sino proyección del alma de la ciudad». Alternó con las más altas figuras de la intelectualidad habanera y leyó sus poemas en el Ateneo de La Habana. Y desde luego, se inclinó reverente ante la estatua de Martí en el Parque Central, al tiempo que reiteraba su convicción martiana de procurar la felicidad colectiva a través de las cosas sencillas, de las sonrisas de los niños, entre los ríos del alma de los pobres de la tierra.

TRAVESÍA POR EL GOCE ESTÉTICO

La Habana es una ciudad con ángel. Su belleza, su magia, su cultura, sus tradiciones, hacen de esta legendaria urbe uno de los territorios indispensables para el sueño y para todo proyecto estético.

Inmediatamente después del triunfo de la Revolución en 1959, La Habana se convirtió en una de las mecas cardinales de la cultura universal. Todo escritor, poeta, artista, músico, investigador de la historia o de las ciencias, se siente en la obligación espiritual de pasar por La Habana como alguna vez lo sintió por París, Venecia, Barcelona, Londres, Praga o Leningrado.

No voy a enumerar la cantidad hechizada de sus acontecimientos culturales, pero sí quiero señalar que por ello no me extraña el que tengamos ante nuestros ojos un museo como el de Bellas Artes, inaugurado hace pocos meses por el comandante en jefe Fidel Castro, que nada

tiene que envidiarle a los más importantes museos de Europa, como el Ermitage, el Louvre, el del Prado o el de Rijkmuseum de Amsterdam.

La imponente construcción, cuyo diseño se debió al arquitecto español Manuel del Busto en el antiguo Centro Asturiano, entre el Parque Central y las calles Obispo y Obrapía, es ya una invitación al deleite interior. Dentro de ella, admiramos verdaderas joyas de la pintura de la América estadounidense de los siglos XVIII y XIX y del arte latinoamericano, lleno de rostros de una hermosura medida como corresponde al arte de los pintores limeños y quiteños del esplendor religioso de la época colonial. Más adelante, en las plantas tercera y cuarta, hallamos la fiesta multicolor del arte español, asiático, francés y de la antigüedad, y en la quinta, disfrutamos del asombro de los creadores italianos, británicos, alemanes, holandeses y flamencos.

Debe uno detenerse siquiera un largo instante ante cada pintura, dibujo, escultura, piedra o grabado, alabar la eternidad pura de esas expresiones intemporales de los retratos republicanos de Roma, ante los vasos griegos, las estatuas funerarias egipcias y la verbalidad plástica de los fenicios y los etruscos. Al igual, sentir inesperados goces estéticos ante un cuadro de Brueghel, o de Zurbarán, de Canaletto o de Sorolla o ante la genial experimentación de los vanguardistas del siglo XX.

Es una gratísima correría por los diversos grados de la belleza a través de los trazos y los cromos, la visita al Museo Nacional de Bellas Artes en su colección universal.

Estoy seguro de que si uno se detuviera un minuto ante cada obra durante una jornada normal, necesitaría varios años para admirar la totalidad del museo. Por eso recomiendo a los visitantes repetir con alguna periodicidad esta bella y deliciosa travesía por la más hermosa huella digital del hombre de todos los tiempos.

LA FORTALEZA DEL LIBRO

Con mucho acierto, el comandante en jefe Fidel Castro denominó el histórico sitio donde se desarrolló la XI Feria Internacional del Libro, como la Fortaleza del Libro. Porque en verdad ningún espectáculo de la inteligencia nos ha podido asombrar e impactar más que ver a los centenares de miles de personas, especialmente niños y jóvenes, que desfilaron durante jornadas enteras adquiriendo la cultura universal condensada en grandes, medianos o pequeños tomos.

Confieso que conozco ferias internacionales del libro de otras latitudes, pero en ninguna he visto tal afluencia de niños, con tal avidez de lectura, que salían de allí con las manos colmadas de libros, de paquetes, de jabas repletas, donde se juntaban en tierno calor los cuadernos con breves obras de Martí, Rubén Darío o César Vallejo y gruesos volúmenes de los clásicos universales de todos los tiempos.

Varias veces hube de ir a la feria para poder detallar, por lo menos a vuelo de pájaro, el contenido general de aquel maravilloso banco de libros. Las editoriales cubanas han dado ejemplo al mundo con esta nueva proeza de llenar nuestros ojos y nuestras mentes con tantos millares de títulos que nos sabrán llenar de deleite íntimo.

Y como si fuera poco, el evento fue dedicado nada menos que a Francia, la moderna cuna de la cultura en todos los ámbitos. Me di cuenta que no fueron pocos los niños que quedaron impactados con el afiche de ese gran escritor y hombre ejemplar que fue Víctor Hugo. Su genio narrativo, su estro poético, su honestidad política y su valerosa pluma en favor de los oprimidos, le creó un halo de grandeza y de admiración a todo lo largo de su tiempo y del siglo xx. Ya vemos que el siglo xxi lo recibe con trompetas de júbilo, no sólo en la alborada del milenio sino en la alborada de la vida de la nueva generación cubana. En tres gruesos volúmenes vimos editada su

excelente novela *Los miserables*. También estaban allí su narración para niños *El noventa y tres* y, bueno, su mundialmente famosa obra *Nuestra señora de París*, más conocida para las generaciones de retoños como *El jorobado*, con su Esmeralda, sus gárgolas y sus fervientes amigos y fantasmas de la Ciudad Luz.

Mesas redondas, certámenes, entregas de premios, lanzamientos de libros, coloquios, entrevistas con escritores cubanos y de otras partes del planeta, especialmente de Francia, afluencia de cubanos y latinoamericanos de todas las razas, sexos y creencias, allí los vimos, ojeando libros, folletos y revistas, felices de estar sumergidos entre tanta belleza intemporal, entre tanta palabra, entre tanto pensamiento impreso.

Esa fue la hermosa Feria Internacional de La Habana, en su edición No. 11, preludio de la convicción de Fidel que ya se ha convertido en certeza de todos: en diez años, Cuba será el pueblo más culto de la Tierra.

UN PASEO POR NEPTUNO (I)

Frente al parque Central, exactamente en el hotel Golden Tulip, en la esquina de Prado, comienzan a circular máquinas y vehículos que recorren la calle Neptuno y hasta altas horas de la noche son las naves salvadoras de los músicos y de quienes trabajan en La Habana Vieja.

De día, yo, transeúnte anónimo, veo la esquina de Consulado, donde un restaurante y un mercado se llaman Fornos y un almacén de ofertas La Equidad, para comenzar mi recorrido por Neptuno, arteria llena de emociones y sorpresas.

Al terminar Consulado, una placa dice, sencillamente, Juan Clemente Zenea, para recordar al poeta, periodista

y patriota cubano. A lado y lado hay una Cadeca (Casa de Cambio de Moneda) y una tintorería. Pasamos a Industria, donde sobresale un nombre histórico para la radio de Nuestra América: RCA Víctor. Parece que estuviéramos viendo el perro blanco junto a la vitrola. También está por ahí La Ideal. Todavía se conserva el letrero en rojo relieve que dice: «Joyas, préstamos». A lo largo de la calle hay ventas de helados bajo balcones con rejas y astas para las banderas.

En la cafetería La Metropolitana, en Amistad, expenden buen ron en vasos elaborados con botellas partidas y muy bien pulidas. Se revelan fotos y al frente está la tradicional camisería La Gran Vía, cerca de Capricho y La Elegante, tiendas muy bien surtidas, por cierto que eran las preferidas de María Félix en los años 40.

En Águila vemos la tienda Roseland, tan hermosa, que sólo la emula como espejo viviente el parque para niños, con columpios y otros juegos infantiles que se encuentra frente al citado comercio.

En el estanquillo adquirimos los diarios *Granma* y *Juventud Rebelde*, de tipografías roja y azul, como la bandera cubana.

Las vitrinas de Florida exhiben ropas tropicales, lo mismo que en Sublime. De pronto, y –cerrado durante la mañana–, descubrimos un establecimiento con un nombre como para evocar a Gardel y a Magaldi: Amigos del Tango de Edmundo Dauber.

Unos pasos más y llegamos a una de las principales arterias de la capital de Cuba, Galiano, –inmortalizada en la película *Memorias del subdesarrollo*, con las huellas del arte prodigioso de Tomás Gutiérrez Alea, Sergio Corrieri y Daisy Granados–, precisamente cuando tenemos ante nuestros ojos un imponente edificio de más de diez plantas, color marfil o azul muy blanquecino, el cual señala hacia la avenida un nombre inolvidable y legendario: el cine América, donde aún resuenan los ecos de las voces más bellas del continente.

Allí, en la cafetería al aire libre, situada en los bajos del inmueble, hacemos un alto para tomar café, admirar a lo lejos el azul profundo del mar y preparar el ánimo para reanudar más adelante la travesía por la bella y populosa calle Neptuno.

UN PASEO POR NEPTUNO (II)

Avanzo desde Galiano, también conocida como Avenida de Italia, exactamente en la esquina de La Época y me confundo entre el ir y venir de las gentes que caminan por la calle Neptuno, un mediodía soleado de 2002, año capicúa, o sea que comienza donde termina, dos cero, cero dos.

Veo pequeños comercios, joyerías y almacenes donde se apiñan casetes de música, tuercas y tornillos, zapatos, aretes y espejuelos. Al avanzar se observan casas de callado esplendor, puertas angostas que muestran hileras de peldaños blancos, que conducen por vías íntimas a las alegrías domésticas.

En la calle estacionan automóviles de diversas marcas y a lado y lado se ven casas y pequeños edificios de dos y tres plantas, con rejas metálicas teñidas con el óxido del mar, cuyo oleaje se escucha a tan sólo cien metros.

Seguimos por la calle Neptuno, entre hombres afanados y mujeres esplendorosas, entre vendedores de maní garapiñado y contenedores de basura, entre ex combatientes que dialogan con voz fuerte y amplia sonrisa y pioneros que cruzan la calle en pequeños grupos, mostrando al mundo una hermosa floración de júbilo.

Hacia San Nicolás y Manrique, unas tiendas que los cubanos llaman *shoppings*, tienen un nombre bastante opuesto a su función cotidiana: La Filosofía. Seguramente todo, aun las compras y las ventas, nos llevan a la más profunda meditación.

Más adelante, en Manrique, se puede hacer un alto en el camino, si se requiere, desde luego, para entrar en los amplios baños públicos donde después de visitarlos sentimos que la vida renace plétórica y llena de energía interior.

Seguimos y una calle nos traslada a épocas pasadas: Campanario: allí contemplamos palacetes y sobre todo un edificio de cuidada arquitectura: el Hordomini. Enfrente, en una edificación llamada La Fontana vemos diversidad de balcones con jardines colgantes, mientras se escucha a todo volumen música rock, salsa y ritmos latinos, lo cual se entrelaza con el rugido de los carros, de las máquinas y de los triciclos turísticos.

Pero bueno, la caminata impone cansancio, un poco de fatiga, y desde luego, de sed. Ya sabemos que Neptuno no solamente es el rey del mar, ni el octavo planeta del sistema solar... es también un maravilloso río de asfalto por donde el transeúnte puede encontrar a cada paso sorpresas, agonías y dulces sensaciones de calor humano...

UN PASEO POR NEPTUNO (III)

Ni Neptuno comienza en Galiano ni termina en Campanario. Sólo que desde sus orígenes en el Paseo del Prado se apiñan los comercios y las pequeñas ventas, lo cual nos quita un poco de visibilidad al paisaje arquitectónico.

Después de llegar a Campanario sí admiramos la bella hilera de balcones blancos y muchas flores, todo ello hacia Perseverancia y Lealtad, bellos nombres, acrisoladas virtudes...

Por ahí están la óptica El Prisma con todo el universo de los ojos humanos, en 503, seguido de escuelas de belleza, alquiler de ciclos, casas de babalaos, pizzerías de paso, librerías viejas y puestos para escanciar el gas de los

encendedores. Todo ello va fluyendo desde Lealtad hasta Lucena, pasando por Escobar, Gervasio y la gran arteria de Padre Varela, más conocida como Belascoaín.

En una esquina observamos un edificio de tres plantas, verde y blanco, con escudo de armas en blanco envejecido, con ventanas ahumadas y puerta de madera antigua.

Vemos casas donde el esplendor del Caribe sobrevive a los estragos del tiempo, puertas de corte arábigo, alargadas y enrejadas, ventanas con marcos de piedra, entre Marqués González y Oquendo, pasando por un caminito interesante llamado O. Giquel. Por allí está la casa donde murió, en 1914, Salvador Cisneros Betancourt, camagüeyano, adalid de la libertad de Cuba.

Vemos también, en el 913, un edificio con ventanas muy angostas, de persianas de madera, mientras en el sardinel, pioneros y pioneras alegres y bulliciosos beben refrescos y comen frituras, cangrejitos de queso y chiviricos, en la esquina de Aramburu.

Los taxis y las máquinas avanzan o se detienen, según los requerimientos de los transeúntes que indistintamente preguntan: ¿A Playa? ¿Línea? ¿La Ceguera? ¿Marianao? y en Hospital observamos una casa de dos plantas con adornos que semejan las colmenas de las abejas...

En una casa antigua, con polvo de tiempo, me sonrío una mulata buenamoza con dientes dorados. Miro el número 1013 y al mismo tiempo el 255a, entre Espada y San Francisco.

También, un portal donde preside una leve escultura, parodia de un portón grecorromano con un nombre esculpido en piedra: Biblioteca Municipal de Pioneros Paquito González Cueto.

Nos detenemos para tomar un refresco de coco, helado, exquisito, y es entonces cuando desembocamos en la iglesia del Carmen, en la Calzada de Infanta, y felices y exhaustos, vemos aparecer junto a las primeras estrellas de la tarde, el diamante remoto del planeta Neptuno...

UN SALVADOREÑO SOLIDARIO

Recientemente nos visitó un amigo incomparable: José Alfredo Pineda Dubón, salvadoreño, nacido en el Departamento de Santa Ana, en 1938. Su grata presencia en la isla nos llenó de alegría por su calidad humana, su solidaridad, su valerosa trayectoria vital.

Pineda vivió muy joven –y muy de cerca– los dramáticos acontecimientos que culminaron con el derrocamiento del gobierno progresista de Jacobo Arbenz en Guatemala, fruto de la intervención cruenta ordenada por el gobierno norteamericano.

Era aún adolescente cuando ya seguía de cerca, a través de las ondas radiales, el proceso de lucha de liberación de Cuba hasta la caída de la tiranía batistiana el 1ro de Enero de 1959. En adelante, Pineda Dubón se convertiría en un oyente asiduo de las ondas experimentales cubanas, que un 1ro de mayo de 1961, luego de la victoria de Playa Girón, se transformarían en la ya legendaria Radio Habana Cuba, donde el salvadoreño tiene tantos caros y sinceros amigos.

El precoz educador que era entonces José Alfredo, había iniciado la batalla junto a centenares de compañeros y contemporáneos por las reivindicaciones sociales de su país y sus ojos estaban, desde luego, fijados con júbilo, solidaridad y optimismo en la naciente Revolución Cubana.

Muy pronto, Pineda Dubón cumplió su sueño de visitar la isla de Martí. Acababan los cubanos de aplastar a los agresores en Girón y el salvadoreño vivió la emoción de esa victoria, visitando el teatro mismo de los acontecimientos. Pero fue cerca de allí, en las bocas de la Laguna del Tesoro, exactamente en el rancho Taíno de Guamá, cuando sorpresivamente tuvo un emotivo encuentro con el comandante en jefe Fidel Castro. En medio de milicianos, trabajadores, campesinos y compañeros latinoamericanos, conversó con el jefe de la Revolución sobre diversos temas de interés

común. Compartieron café y dialogaron animadamente hasta la salida del sol.

Con Fidel se encontraría en otras ocasiones, más adelante, el compañero Pineda. Siempre que recuerda estos encuentros se emociona y deja entrever su orgullo y alegría de patriota americano. Ama a Cuba, a su Revolución, a su pueblo, a sus heroicos dirigentes y los defiende desde su gabinete de trabajo donde quiera que esté laborando en algún lugar del territorio bolivariano y martiano.

Pineda Dubón encarna al hombre de Nuestra América, que nació, creció y se formó intelectualmente con las luces que iluminan el portal de la nueva humanidad.

Radicado en Costa Rica con su bella familia, cuando llega a La Habana lo recibimos con los brazos abiertos, no sólo sus amigos de Radio Habana Cuba, sino los que hemos recorrido ríos, montañas y mares para también rendir tributo permanente a la verdad y a la dignidad de nuestros pueblos.

ESPLENDOR Y TRAGEDIA EN *CECILIA VALDÉS*

Hemos vuelto a concentrar nuestro fervor en la obra inmortal de Cirilo Villaverde: *Cecilia Valdés*, esta vez en la versión lírica de Gonzalo Roig.

Estrenada en representación mundial en el teatro Martí de La Habana el 26 de marzo de 1932, hace setenta años, la obra superó las expectativas al enorme reto que el maestro Roig se había impuesto a sí mismo.

La comedia lírica del destacado autor de *Quiéreme mucho* es de un contenido artístico múltiple, donde el espectador contempla arrobado la riqueza multicolor de la coreografía, ambientación, vestuario y escogencia de los intérpretes. Allí

admiramos en medio de la tragicomedia de la mulata que se enamora del aristócrata blanco, sin saber que son hermanos, toda la diversidad musical de Cuba en géneros como el bolero, el danzón, la romanza, la contradanza y el bembé, entre otros ritmos clásicos de la isla.

El director de la puesta en escena del evento conmemorativo, Juan R. Amán, explica su preocupación porque se interactúen los componentes de la comedia y la lírica, «que la expresión de lo musical esté presente en lo dramático y que en este, esté lo musical».

El asombro llega al máximo con el maravilloso protagonismo de Milagros de los Ángeles (Cecilia Valdés), Manuel Riopedre (Leonardo Gamboa), Legipsy Álvarez (Isabel Ilincheta), Elier Muñoz (Pimienta) y Martha Gutiérrez (Dolores Santa Cruz), amén del fabuloso elenco de magníficos actores y actrices, quienes dan la caracterización exacta de la clásica novela del genial Cirilo Villaverde, situada en San Cristóbal de La Habana, en la tercera década del siglo XIX.

A todo ello hay que sumar la indiscutible calidad de la orquesta, bajo la dirección del maestro Giovanni Duarte, la dirección de escena a cargo de Humberto Lara y la dirección coral de Catalina Ayón. Y de la obra total dirigida por el reconocido maestro Adolfo Casas.

Cecilia Valdés o La loma del ángel: magnífica síntesis de las pasiones humanas, del amor y el odio, los celos, el humor, la picardía, la tragedia, el romanticismo y el costumbrismo.

Al aplaudir hasta el agotamiento la puesta en escena de esa inmortal obra cubana, el orgullo preside nuestros corazones una vez más de estar en La Habana, metrópoli artística de tres siglos, donde la belleza y el buen gusto tienen un sitio muy grande en la geografía cultural del mundo.

TEÓFILO EL GRANDE

En 1972, este cronista celebró alborozado junto a la mayoría de los colombianos, especialmente los caribeños,

la obtención de nuestro primer título mundial de boxeo: se trataba de un jovencito descarnado y silencioso, natural de San Basilio de Palenque, y que en pocos segundos había pulverizado a su rival en Panamá: se llamaba (y se llama) Antonio Cervantes, más conocido como Kid Pambelé, campeón mundial de la categoría peso mosca.

A la euforia nacional se sumó la victoria espléndida de un cubano en los Juegos Olímpicos de Munich, cuando volvió pedazos al favorito de los comentaristas europeos y norteamericanos, Duane Bobbick y se consagró mundialmente como un grande entre los grandes. Su nombre: Teófilo Stevenson.

Este coloso que acaba de celebrar sus cincuenta años de vida, entró al boxeo por la puerta de oro de los elegidos y siendo muy joven ya estaba considerado como el más grande boxeador amateur de todos los tiempos. No hay que olvidar que el mítico Mohamed Alí, cuando se llamaba Casius Clay, también fue boxeador aficionado, y fue superado por el cubano maravilloso.

Durante sus veinte años de carrera estelar, Stevenson fue tricampeón olímpico y mundial: primero en Munich '72, luego en Montreal '76 y más tarde en Moscú '80.

Además en su fulgurante carrera, Stevenson arrojó a la lona a varios campeones norteamericanos, entre ellos a Craig Payne y a Tyrrell Biggs, Marvin Stinson, Willie Clark y Jimmy Clarck, entre otros. No hay que olvidar, claro, que durante las eliminatorias para la Copa Mundo en Texas, una troika arbitral cegada por la pasión política le arrancó cruelmente el título legítimo al cubano.

Sin embargo, luego del espectacular triunfo en Munich sobre Duane Bobbick, los mercaderes del boxeo le ofrecieron un millón de dólares si se quedaba con ellos, lo cual motivó en Teófilo Stevenson una severa expresión de desprecio.

Este cubano extraordinario, figura cimera del boxeo al lado de Joe Louis, Rocky Marciano y Mohamed Alí, hubiera podido vencer a este último en 1978, año en que el mundo expectante aguardaba la más grande pelea del siglo,

si no hubiera sido porque los manejadores de Alí malograron el *match*, por temor a arriesgar mito y dinero ante la potencia inatajable del campeón cubano.

Grande entre los grandes, único e irrepetible, Teófilo Stevenson, en la plenitud de sus primeros cincuenta años, agrega una deslumbrante estrella al firmamento de verdaderos gigantes del pensamiento y de la acción que desde el 1ro de Enero de 1959 la nueva, para su orgullo, Cuba viene dando a la humanidad.

«LA ESCUELA DE GABO»

En San Antonio de los Baños el sol mañanero viste todas sus galas sobre una sabana exuberante y tranquila. Allí, la Escuela Internacional de Cine y Televisión, cuyo nombre atrae a jóvenes de los cinco continentes, especialmente del Tercer Mundo, está asentada y sostenida por la alegría y los sueños, pero también por el trabajo incesante y la disciplina creadora de profesores y alumnos.

A la entrada, cuatro cineastas perpetuados por la piedra esculpida, reciben a los visitantes. Son ellos: Tomás Gutiérrez Alea, *Titón*, Fernando Birri, Gabriel García Márquez y Julio García Espinosa, estudiantes en los años 50 –y cada uno por su lado– en el Centro Sperimentale de Cine de Roma y constructores del proyecto.

La Escuela Internacional de Cine y Televisión nació como el más importante y ambicioso proyecto académico de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, la cual fue inaugurada en 1985 por el Comité de Cineastas de América Latina y cuyo presidente ha sido desde entonces, el genial novelista colombiano y Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez.

Un año después, la Escuela brotó, impulsada por el cineasta cubano García Espinosa, con el apoyo entusias-

ta del comandante en jefe Fidel Castro. Está situada en un delicioso sitio campestre, donde se encuentran ubicadas las instalaciones, las viviendas para los alumnos y los docentes y las actividades recreativas.

La Escuela de Tres Mundos o «La Escuela de Gabo», como también se conoce, ha contado desde el primer momento con un cuerpo de directivos y profesores de enorme prestigio y experiencia, todo ello dirigido a la formación y capacitación técnico-artística de profesionales del cine, la televisión, el video, procedentes en su inmensa mayoría de América Latina, el Caribe, África y Asia.

La Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños es la única escuela del mundo que ha sido distinguida por el Festival de Cannes, con su preciado Premio Rossellini, obtenido en 1993. Ha graduado cerca de un millar de estudiantes y han participado de sus cursos más de tres mil talleristas provenientes de 40 países.

Hombres de la talla del poeta venezolano Edmundo Aray y el cineasta y realizador colombiano Leopoldo Pinzón, se hallan en la actualidad al frente de la legendaria Escuela. Y desde 1986 la han dirigido Fernando Birri, célebre cineasta y escritor argentino, el brasilero Orlando Senna, el colombiano Lisandro Duque Naranjo y el hispanoargentino Alberto García Ferrer.

En los últimos meses, no sólo las estatuas de los fundadores nos dan la bienvenida al centro docente: Francis Ford Coppola, también empedrado, nos recibe en actitud de cocinar una abundante pasta, que no es otra cosa que una cantidad interminable de cintas cinematográficas.

La Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños es otra estrella cubana en el firmamento de sus mil victorias en la vigorosa batalla de ideas que desde 1959 viene alcanzando la Revolución en su ascenso inatajable por los senderos de la historia humana.

LA DIVINA ALICIA ALONSO

El arte magistral de Alicia Alonso se volvió a vestir de gala con el estreno mundial de *Un viaje a la luna*, en la Sala «García Lorca» del Gran Teatro de La Habana.

Volvimos a deslumbrarnos con su asombrosa capacidad creadora, su maravilloso duende, su intuición extraterrenal.

Ante un teatro completamente lleno por un público expectante y permanentemente sorprendido por la gracia irracional de la «poesía en movimiento», admiramos obras como *Paquita*, con coreografía de Petipa y música de Ludwig Minkus, la suite *Generis*, con coreografía de Alberto Méndez y música de George Frideric Haendel y Francisco José Haydn y *El corsario*, con coreografía de Alicia Alonso, sobre la original de Marius Petipa y música de Riccardo Drigo, todo ello con un majestuoso vestuario de Salvador Fernández.

Conmovedor al máximo resultó el inmortal dúo de amor del ballet *Espartaco* de Aram Jachaturian con coreografía de Azari Plisetski. Ya no recuerdo cuántas veces en mi vida he visto, sentido, soñado y recreado esta joya del ballet del siglo xx, donde Frigia se despide de su amado Espartaco, el legendario líder de la primera gran sublevación de los esclavos en la Roma antigua, quien debe proseguir su lucha.

En Colombia repetí cuantas veces se hizo necesario, la asistencia a la representación del bellissimo dúo, con parejas del Bolshoi; lo mismo en la Unión Soviética, en el mismo teatro Bolshoi de Moscú, o con artistas del ballet Kírov de Leningrado. O en videos de películas, interpretado por Galina Ulanova o Maia Plisetkaia, todos a cual más notables, y con el singular poder de deleitar el espíritu de los seres sensibles.

Pero el que admiramos en días pasados, interpretado por Alihaydée Carreño y Octavio Martín, iguala o supera a

los anteriores. Nos logran transmitir ese atribulado tumulto de emociones entrecruzadas del amor arrollador, de la inmediata nostalgia que se desprende de la inevitable despedida, de la entrega a la noble causa y de la seguridad del heroísmo. Todo ello, recreado en cada una de las tonalidades del genial compositor armenio Aram Jachaturiam.

Y como si fuera poca la emoción, nos brinda luego Alicia Alonso la comedia-ballet *Un viaje a la luna*, con libreto de José Ramón Neyra sobre *Il mondo della luna* de Carlo Goldoni, sobre un tema muy en boga a finales del siglo XIX, con la novela homónima de Julio Verne y la película de George Méliés. Y qué gran transposición poética se logra de la broma hecha a un alucinado que bajo los efectos del alcohol está convencido que está en la luna. Una extraordinaria pieza de ballet es esta, con champán, paisajes lunares y polvos de estrellas ficticios para un festejo lúdico donde por instantes se vive el sueño, la pesadilla y el regreso a la realidad.

Con un sobresaliente elenco conformado, entre otros, por José Zamorano, Anette Delgado, Yolanda Correa, Romel Frómata, Miguel Ángel Blanco, Javier Torres, Anissa Curbelo y Bárbara García, el estreno mundial de *Un viaje a la luna* va más allá de las piedras de Selene, para coronar las más altas cumbres siderales del arte danzario por obra y gracia de la Prima Ballerina Assoluta Alicia Alonso, siempre genial, siempre maravillosa, absolutamente divina.

CENTENARIO DE DULCE MARÍA LOYNAZ

Este año de 2002 es rico en festejos y conmemoraciones literarias: centenarios de Nicolás Guillén, *el poeta nacional*,

de Rafael Alberti, andaluz universal, Langston Hugues, el maravilloso poeta civil de Norteamérica, amigo de los anteriores y de Dulce María Loynaz, la exquisita escritora cubana.

Nacida en diciembre de 1902, se dedicó a la poesía desde muy joven. Su padre, Enrique Loynaz del Castillo, general del Ejército Libertador, influyó notablemente en esta noble escogencia. Sus hermanos, Enrique, Carlos Manuel y Flor, también se destacaron en el cultivo de las letras.

En 1929, Dulce María realizó una gira por el Medio Oriente: Turquía, Siria, Libia, Palestina y Egipto, y a raíz de una visita realizada a Luxor, su asombro fue transformado en el bello poema «Carta de amor al rey Tutankamen». Posteriormente, en La Habana, conoce a Federico García Lorca y en 1938 publica su primer libro, titulado *Versos, 1920-1938*, seguido de un conmovedor texto lírico, *Canto a la mujer estéril*.

En 1942, el gran poeta Juan Ramón Jiménez publica una semblanza sobre Dulce María en la célebre revista *Sur* que dirige en Buenos Aires, Victoria Ocampo. Poco después, realiza un viaje a esta metrópoli, desde donde envía crónicas a Cuba, que se publican en el diario *El País*. En Montevideo conoce a Juana de Ibarbouru, *Juana de América*, quien elogia los poemas de la cubana y los lee en un programa radial.

En 1947 publica en Madrid su libro *Juegos de agua. Versos del agua y del amor*. En España ofrece varios recitales y recibe la Orden de Alfonso X el Sabio.

En 1951 publica su novela *Jardín*, una de las narraciones más valoradas de la isla, novela lírica que cincuenta años después de su primera edición sigue suscitando ensayos, elogios y traducciones.

En la década de los años 50 visita las Islas Canarias, publica *Poemas sin nombre* y recibe en su casa de el Vedado a Gabriela Mistral, con quien sostiene una cálida, pero al mismo tiempo controversial amistad.

En 1958 publica un delicioso libro de crónicas titulado *Un verano en Tenerife* y el extenso poema *Últimos días de una casa*.

Se dedica por completo a las labores de la Academia Cubana de la Lengua y en 1987 es candidatizada al premio Cervantes. En 1989 fue proclamada miembro emérito de la UNEAC y en 1992 le fue otorgado el premio Miguel de Cervantes, considerado el Nobel de la lengua española.

Dulce María Loynaz casi celebra viva su centenario. Tras una larga vida dedicada completamente a la literatura, coronó la inmortalidad con un libro cuyo título bien puede resumir lo que animó esa existencia maravillosa: *Fe de vida*, con cuya lectura conmemoraremos la perpetuidad de la poesía y de sus cultores.

LA DECADENCIA DEL IMPERIO

No hay nada novedoso en el discurso de Bush el pasado 20 de mayo. Sólo que una vez más, un presidente de Estados Unidos, perdió su cuarto de hora con la historia. El novelista mexicano Carlos Fuentes, durante una cena con el entonces presidente Bill Clinton en casa del escritor William Styron y en presencia del Premio Nobel colombiano Gabriel García Márquez, le dijo al mandatario de Norteamérica: «Presidente: pierda usted las elecciones, pero gane la historia», en clara alusión al cambio de relaciones con Cuba, al levantamiento del bloqueo y la derogación de las leyes genocidas con que en vano han pretendido derrocar la Revolución.

Clinton no escuchó la voz sapiente del autor de *La muerte de Artemio Cruz* y *La región más transparente*. Y a Bush no se le podía pedir más. Es lo que es, un subproducto de una clase politiquera enajenada, ciega, fanática, triunfalista, y desde luego, mediocre.

Un país, que antaño tuvo dirigentes de la talla de Franklin Delano Roosevelt, Henry Wallace, Adlai Stevenson, Hubert H. Humphrey o Jimmy Carter, le está demos-

trando a los 6 mil millones de habitantes que tiene la Tierra, que con Bush está en la penúltima fase de su decadencia en la repetición de la tragicomedia de la caída del imperio romano, incluyendo las orgías con Baco y Venus a bordo. Su clase gobernante, con el vergonzoso acto del 20 de mayo en la Casa Blanca, tocó fondo.

Toda esa prepotencia imperial ha llegado al colmo. Al endurecer el bloqueo, al pretender sitiar a todo un pueblo e irrespetar la soberanía de Cuba, por 30 monedas de oro espúreo, demuestra la más absoluta carencia de valores morales, de principios éticos, de postulados humanistas. Con el discurso del Bush, el gobierno de Estados Unidos se deshonró a sí mismo, estando como están, a las puertas de su propio suicidio político, social, moral y hasta sanitario.

La potencia prepotente demuestra con eso, tenerle miedo a la verdad y a la razón de los pueblos y colocó a sus dirigentes por debajo de la basura nazi-fascista. El propio pueblo de Estados Unidos ha de sentir en sus entrañas el más arterial repudio por esa muestra de cobardía imperial. Sobrada razón tenía el inmortal escritor norteamericano Henry Miller cuando dijo: «Si Hitler fue genocida, ¿qué somos nosotros?» o el gran actor Warren Beatty cuando afirmó que la derecha norteamericana es en definitiva la más estúpida del mundo.

Pero como bien dijera el Che: «Esta gran humanidad ha dicho basta. Y ha echado a andar». Y yo agrego modestamente: Ha echado a andar esta gran humanidad, incluidos más de 200 millones de norteamericanos que día a día se están quitando la venda oscurantista y engañosa de sus ojos.

MARTÍ PARA TODOS LOS TIEMPOS

En estos tiempos de turbulencias mundiales, en los que parece que el planeta estuviera patas arriba, como sugi-

riera Eduardo Galeano, es bueno volver al Maestro, al poeta, al pensador, al patriota: a José Martí, el inmortal. La virtud de hombres como él hace que de cualquiera de sus páginas surja el necesario manantial de sabiduría y esperanza que el ser humano busca en sus momentos de reflexión interior.

Y cuántos no hubiéramos querido escribir una estrofa tan sencilla y tan profunda como esta:

*Con los pobres de la Tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.*

O aquellos versos, cuando, solitario, el poeta expresa:

*Rápida, como un reflejo,
dos veces vi el alma, dos:
cuando murió el pobre viejo,
cuando ella me dijo adiós...*

O aquella otra que reza:

*Con la rodilla rendida
bese en mi nombre la mano
a la que alegra la vida
de un caballero cubano.*

O cuando, para nosotros, suramericanos y andinos, creemos ver a Bolívar resurrecto exclamar:

«Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando no zumbando, según la acaricia el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en filas, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes!».

O aquella iluminación fervorosa que alguna vez, en Tampa, le hizo decir al genial Maestro:

«Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la hierba

amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos generosos de los pinos nuevos. Eso somos nosotros: ¡pinos nuevos!

Y eso somos, en verdad, los latinoamericanos que proseguimos nuestra lucha en el siglo XXI por la liberación y soberanía de nuestros pueblos, donde no hayan más gigantes de las siete leguas, porque todos, los pobres y los indios y los negros y los blancos y los oprimidos, seremos gigantes de corazón, gigantes del pensamiento, gigantes de la grandeza, dignos herederos de Bolívar, de Martí y de Fidel.

«Nosotros, dijo el Apóstol, como el albañil, al quitarnos la ropa de trabajo, podremos decir: ¡Hemos construido!».

MARTÍ Y COLOMBIA

La sucinta cronología de José Martí nos señala que el día 21 de junio de 1894 el Apóstol desembarcó en Panamá, entonces territorio de Colombia, procedente de Puntarenas, Costa Rica. Allí permaneció sólo unas horas, pues el 22 partió muy temprano para Kingston, Jamaica, a donde llegó en la tarde. Dos días después, Martí se embarcó para Nueva York adonde llegó el 5 de julio.

Esta es, pues, la única constancia de que el Maestro nos honró a los colombianos con su presencia, así fuera fugaz, en nuestro país.

Martí escribió innumerables artículos sobre la Nueva Granada y lo que después se convirtió en Colombia. Curiosamente, nuestra patria tiene fama de ser un país de poetas y letrados. Casi todos sus presidentes han sido cultivadores de las letras, comenzando por el propio Libertador, que en sus cartas, proclamas y documentos demostró ser uno de los más consumados prosistas del

período romántico. Grandes escritores han sido el general Tomás Cipriano de Mosquera, Santiago Pérez, Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, para citar sólo unos pocos gobernantes colombianos aficionados a las bellas letras. De todo esto habló Martí en sus escritos.

Artículos suyos fechados en Nueva York entre abril de 1884 y agosto de 1892, se refieren a nuestro excelso poeta Rafael Pombo, el primer suramericano que escribió versos antiimperialistas, luego de haber vivido diecisiete años «en las entrañas del monstruo», al igual que el Maestro. También escribió sobre el té en Bogotá, acerca de las célebres tertulias literarias en la vieja Santafé; habló de la guerrilla literaria en Colombia, sobre antagonismos entre poetas y gramáticos; sobre la famosa *Historia de la literatura colombiana*, de don José María Vergara y Vergara, el descubridor del talento de un joven caucano desconocido: Jorge Isaacs, el autor de la inmortal novela *María*, que ha hecho llorar a varias generaciones de lectores; sobre la poesía de Arsenio Esguerra y sobre Santiago Pérez Triana, hijo del presidente radical.

También Martí escudriñó sobre la fauna y la flora de Colombia, cuando mi patria todavía se llamaba Nueva Granada; sobre los idiomas de los nativos, sobre el habla de los chibchas y sus semejanzas con el idioma japonés; sobre las leyendas y tradiciones indígenas y las crónicas de Indias escritas por los conquistadores españoles; sobre la orografía e hidrografía andina; sobre el cubano Manuel del Socorro Rodríguez, a quien consideramos el Padre del Periodismo en Colombia, dueño, al decir de Martí, de una de las más nutridas bibliotecas de Santafé de Bogotá; sobre los talentos precursores de nuestra independencia en 1810 (el sabio Caldas, Nariño, Camilo Torres, Acevedo y Gómez y Francisco Antonio Zea); sobre la pedagogía y la cultura conocida hasta entonces en la naciente Colombia. Algo realmente asombroso. ¿De dónde sacaba tiempo este hombre maravilloso, se pregunta uno hoy en día en este año del 2002, para pensar, leer, escribir, liderar un proyecto extraordinario, viajar, amar y

acariciar la gloria y la grandeza en tan sólo 42 años de existencia?

En el 150 aniversario de su nacimiento nos continúa asombrando, porque no cabe duda de que José Martí, el *Apóstol de Nuestra América*, es un ser extraordinario, genial, único e irrepetible.

ELEGÍA A MANUEL GONZÁLEZ BELLO

Debo confesar que tengo el alma atravesada por la espada del dolor, por la tristeza ante lo irreparable, por no haberme otorgado la vida la oportunidad de haber intimado y de haber disfrutado del insuperable privilegio que hubiera significado para mí la amistad y el intercambio de ideas con Manuel González Bello, ese ser entrañable, ese muchacho canoso, sonriente y bondadoso que dedicó las mejores energías de su existencia al más bello y noble de los oficios.

El periodismo cubano y latinoamericano se vio honrado durante tres décadas por la intuición, la sabiduría y la jubilosa solidaridad de este grande hombre, sencillo y generoso con quienes lo conocieron. González Bello dejó su huella indeleble de escritor público en periódicos de la Isla de la Juventud, en Radio Habana Cuba, Radio Rebelde, *Juventud Rebelde*, en la revista *Bohemia* y en el *El Economista*, entre otros medios de comunicación. Fue además, profesor, colaborador y orientador en los programas de formación y superación de colegas del periodismo.

Por todo ello, recibió el premio de Periodismo Juan Gualberto Gómez 2000, entre otras merecidas distinciones.

También, Manuel González Bello fue galardonado con un premio por su libro de testimonio: *Raúl Roa. El Canciller de la Dignidad*. Asimismo, escribió sobre el comandante Che Guevara y acerca de la trayectoria vital y

revolucionaria de Pablo de la Torriente Brau, así como también una hermosa y valerosa carta dirigida a todos los periodistas del planeta para conminarlos a exigir en una sola voz, la liberación de los cinco héroes cubanos injustamente encarcelados en prisiones de Estados Unidos.

Al morir, Manuel González Bello dejó inédita una novela y un reportaje sobre los niños que en distintos lugares de América Latina, deambulan abandonados por las calles.

Nacido hace cincuenta y tres años en Chambas, Ciego de Ávila, este formidable ejemplar humano, era a un mismo tiempo defensor acérrimo de la Revolución cubana y admirador de la música de los Beatles, orgulloso batallador por la liberación de los pueblos y estudioso de la obra de Julio Cortázar.

Jovial, amante de la pelota, de las cosas bellas de la vida, convencido de la victoria de la batalla de ideas que bajo la dirección del Comandante en Jefe se libra en esta isla, y defensor de las causas más justas, nobles y limpias de la humanidad, Manuel González Bello cumplió su ciclo vital con hidalguía y amor patrio.

Gracias Manolito, por habernos hecho partícipes de tu alegría, de tu amistad y de tu sabia y oportuna palabra.

FÚTBOL A TODA HORA

Realizando un esfuerzo descomunal, yo diría heroico, como todo lo que se propone y lleva a cabo la Revolución cubana, la totalidad de los habitantes de la isla estamos disfrutando de los diferentes partidos del actual campeonato mundial de fútbol, que se efectúa en Corea del Sur y en Japón. A las dos y media de la madrugada, a las cinco, a las ocho, antes del mediodía, a las horas más disímiles, estamos siguiendo segundo a segundo las emociones de cada juego, en vivo y en directo, como si estu-

viéramos allí mismo en cada uno de los estadios donde los oncenos del planeta se enfrentan por una nueva copa del mundo.

Este es realmente un privilegio dado a muy pocos en el planeta. Estamos, desde luego, plenos, dichosos, emocionados y agradecidos.

Particularmente, los sudamericanos somos por sangre y por tradición, hinchas furibundos del balompié, «el más universal de los deportes», como nos lo recuerdan día a día los magníficos comentaristas de la televisión cubana, Sergio Ortega y Reinier González, cuyos asombrosos conocimientos del fútbol complementan satisfactoriamente las emociones de los partidos. Para completar, contamos con los muy acertados comentarios y pronósticos del director técnico de la Selección Cuba, el peruano Miguel Company, de gratísima recordación por su intervención en inolvidables juegos por copas continentales y mundiales.

Todo esto nos lleva a evocar momentos estelares del fútbol profesional. Desde que en mi remotísima infancia, allá por 1949, cuando de la mano de Hernando Reyes, estrella del independiente Santafé, figuraba yo como mascota del glorioso equipo cardenal de la capital colombiana, el amor por el fútbol lo llevo como un estado del alma completamente tatuado en mi piel y en mi corazón. Debo recordar aquí, que Reyes vivió en la isla posteriormente y se destacó como combatiente en Playa Girón. El año pasado tuvimos el placer de saludarle y compartir con él gratos momentos cuando integró la delegación de nuestro país en la VIII Brigada Latinoamericana y Caribeña de Amistad y Solidaridad con Cuba.

Sigamos, pues, disfrutando de los placeres y reveses que proporciona esta verdadera alegoría de la vida que es el fútbol. Conozcamos nuevas figuras de los diversos países que integran los equipos, sigamos las triunfales o decadentes carreras de los ya veteranos y evoquemos las emociones de los pasados mundiales, con jugadores como el rey Pelé, Garrincha, Amarildo, Didí, Diego Armando Maradona, nuestro Pedernera y los inolvidables com-

patriotas Antonio Rada, Hernán Cuca Aceros, Marino Klinger y Marquitos Coll, quienes propinaron una paliza de cuatro goles en Chile nada menos que a «La Araña Negra», el portero soviético, considerado el mejor arquero de todos los tiempos, incluido el primer gol olímpico efectuado en una Copa Mundo, hecho por el colombiano Marcos Coll en aquella inolvidable faena.

Y nuevamente, gracias Cuba, por regalarnos esta alegría total de todas las horas.

LOS BARES DE LA HABANA

Así como me precio de ser un veterano conocedor de los bares tradicionales de Bogotá, donde la bohemia hizo su agosto durante la mayor parte del siglo xx, me declaro un completo novicio en estas lides en la Ciudad de La Habana.

Sin embargo, trato de asimilar en lo posible esa vida llena de leyendas y anécdotas que en una metrópoli cultural como La Habana tiene que ser necesariamente muy rica. No hay que olvidar que durante muchos años, en los cafés y bares de Hispanoamérica –más que en las universidades y centros académicos–, se formaron algunos de los más prestigiosos poetas, narradores, humanistas y hombres de estado del continente.

Lo primero que hice desde mis estancias anteriores en la capital cubana, fue mirar y admirar, a distancia, por falta de fondos, los bares que Ernest Hemingway inmortalizara para siempre en su leyenda viva: el Floridita con sus daiquirís y La Bodeguita del Medio –imiren que nombre tan sugestivo!– con sus mojitos.

Pero sólo hasta el año 2000, por obra y gracia de unos amigos que vinieron a La Habana en plan de turistas, logré probar las delicias gastronómicas de La Bodeguita,

admirar su ambiente lleno de historias y de arte, sus millares de autógrafos, fotos y recordatorios y sus fosforescentes mojitos, servidos con el Silver Dry del Havana Club y acompañados por tríos que rememoran de buena ley al del Miguel Matamoros y que cantan lo mejor del Benny Moré, Celina y Reutilio y Bola de Nieve, entre otros. Del Floridita sólo he disfrutado las mil y una leyendas que de él se cuentan en innumerables crónicas, relatos y artículos de prensa, y de su apaciguante aire acondicionado cuando de intruso he abierto su puerta para volverla a cerrar dos minutos más tarde.

¿Otros bares conocidos en instantes en que el sueño puede más que la realidad? El Gato Tuerto en O, frente al hotel Nacional, lleno de poesía y boleros; el bar El Emperador, bajo el colosal edificio Focsa; La Zaragozana, cerca del Floridita; La Roca, de ensoñadoras canciones, y de vez en cuando, el Centro Vasco, en 3ra y 4 en el Vedado, inmortalizado en alguna novela española contemporánea.

Lo demás, dejémosle a la amena memoria del maestro Enrique Núñez Rodríguez para que nos guíe por los bares de su recuerdo. Él nos habla de El 1830, en la desembocadura del río Almendares, de Puerto Sagua, de El Baturro y de El Bodegón de Teodoro, a la salida de la Universidad. Y en cada uno de ellos, se señala una picante anécdota, un recuerdo amable, un encuentro con el humor, un deslumbramiento poético o musical, o un descubrimiento terrenal de la belleza alada.

De todas maneras, yo sigo, en mis recorridos por La Habana reencontrando los templos de la tertulia y la bohemia, los santuarios del ron, del tabaco y de la rumba, con la esperanza de toparme algún día en El Patio con Alfredo Catanco y el celeberrimo Trío Tacuiba. Como cuando, sorpresivamente me hallé cara a cara una noche con Juan Larriñaga –sobreviviente del conjunto de Enrique Jorrín cuando el cha cha cha– y su maravillosa trompeta en La Casa del Té frente al hotel Ambos Mundos, de afectuosa reminiscencia hemingwayana.

¡Ah, La Habana! ¡Ciudad divina y humana! ¡Ciudad eterna!

NICOLÁS GUILLÉN, PERIODISTA (I)

En los variados actos y eventos que se celebran en Cuba durante el año 2002, en ocasión del primer centenario del nacimiento del Poeta Nacional Nicolás Guillén, se tocarán los diversos aspectos de la personalidad literaria del gran camagüeyano, especialmente en lo que se refiere a su poesía, tan rica en temáticas, en ritmos y en cadencias, virtudes que sólo son posibles en creadores de tan proteica inquietud mental.

Y en verdad, hemos visto que son muchas las voces autorizadas en la estilística, en la investigación y en la crítica literaria que se han dado a la tarea de exaltar los múltiples empaques de la poesía guilleniana. Sería, pues, ingenuo de mi parte, intentar en una crónica abarcar tan complejo sistema, por lo cual me limito a destacar un aspecto, quizás un poco desconocido de la trayectoria vital del maestro Guillén: el periodismo.

No recuerdo si fue André Gide o André Malraux, quien habló de la actividad periodística del escritor como una especie de «literatura alimenticia», es decir, como un oficio paralelo al de escribir –escritura también–, que servía como disciplina al autor, como calentamiento de la mano, como diría García Márquez, y que a la vez le daba el sustento para vivir su cotidianidad civil. El caso es que son muchos los poetas y narradores que se han dedicado con pasión absoluta a lo que Albert Camus denominaba «el más bello y noble de los oficios».

Guillén no era ajeno a ello. Ejerció durante casi toda su vida el periodismo, pero no como un cronista común y corriente, sino como una prolongación de su maravilloso estro poético. Si no me equivoco, a finales de la década de los años 40 colaboró en un periódico escribiendo una décima diaria a manera de columna, como también lo hizo Pablo Neruda durante su exilio entre 1949 y 1952,

publicando una oda semanal en *El Nacional* de Caracas, que dirigía Miguel Otero Silva.

En algunas de sus crónicas más sobresalientes, Guillén, en estilo ágil y ameno, que verdaderamente deleitaba a sus innumerables lectores, tocaba temas diversos, pero con preferencia eran literarios, como los de la poesía y la faz desconocida de Antonio Machado, y Balzac en La Habana, aunque también hablaba sobre hechos aparentemente intrascendentes como los perros de la ciudad e historias de la literatura, muchas de ellas reunidas en sus célebres «Ocios dominicales».

También, Guillén actualiza a sus lectores acerca de las heridas que mataron a Martí, en las que cada detalle revelador nos sumerge en profundo dolor y en inmenso respeto.

En otros artículos, Guillén se da el lujo de sintetizar en un par de páginas –y casi como una canción, como un juego de niños– las formas eternas de la poesía: de cómo se inventó la décima, de dónde viene el soneto, qué es lo que llaman en literatura el presente histórico, etcétera.

Y bueno, la crónica en verso, que jamás faltó en la pluma guilleniana:

*A Camagüey suelo ir
por revivir
mis claros días de infancia.
Aspiro allá en su fragancia
rosas que no volverán.
¡Oh nubes en la distancia
del porvenir,
que es ya morir,
mientras que naciendo están
los que mi sitio tendrán!*

(...)

*Bajo gran cielo sombrío de mi dolor,
sollozo por muertos que durmiendo están,
y en olas de olvido van...*

NICOLÁS GUILLÉN, PERIODISTA (II)

Guillén, periodista instruía, divertía, deleitaba. Cuando había que ser trascendental, lo era. Cuando había que ser lúdico, también. De pronto nos sorprende comentando los misterios del más allá, a propósito de una extraña y desconocida novela de Alejandro Dumas, padre, el famoso autor de *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*. Con fina ironía se sumerge en el tema capsular y extraterrestre del libro y anota: «No (se trata) del más allá que conciben los espiritistas, sino un más allá concreto, tangible, casi dan ganas de decir de inmediato, que se diferencia del otro en que del él se podrá regresar intacto, cosa que no ha ocurrido hasta ahora en el mundo de los espíritus».

En otro artículo se refiere a las enfermedades que sufrieron los más célebres personajes de la historia, y nos revela que al «Rey Sol», Luis XIV, le sangraban las viruelas, por falta de vacuna, y que sufría de terribles dolores de estómago, forúnculos, diarreas, flatulencias y lombrices, todo ello debido a que se comía en un día un faisán entero, un pedazo de cordero cocido con salsa de ajo, enormes trozos de jamón y muchos pasteles y caramelos.

Luego nos remite a los catarros crónicos de Oliverio Cromwell, el alcoholismo y los espasmos urémicos de Carlos II y las pesadillas estomacales de Napoleón Bonaparte.

También en el terreno histórico, Nicolás Guillén hace gala de la mejor erudición y la más rica prosa. A pedido de la revista *Les Temps Moderns* (*Los Tiempos Modernos*), fundada y dirigida por el famoso filósofo francés Jean-Paul Sartre, el poeta cubano escribió un artículo en enero de 1959, en el que realiza una verdadera proeza de condensación al analizar sabiamente los caminos que condujeron al triunfo de la Revolución comandada por

Fidel Castro, detallando una por una, las grandes fallas y las ascendentes heridas que se efectuaron desde la entronización de la seudorrepública el 20 de mayo de 1902.

Allí, Guillén abordó lo que vendría luego de la emancipación de los países americanos del yugo español en 1810 al expresar que nadie ya podrá impedir la liberación de estos pueblos de Bolívar, Martí, San Martín y O'Higgins.

«Nadie podrá impedirlo –escribe– y menos quienes son causa de ella, allá en el Norte donde toda miseria tiene asiento, donde ser pobre es una deshonra y ser rico una burla de la justicia y ser negro un crimen y los criminales que no son negros, azotan y linchan a los negros no más que porque lo son». Y agrega: «Los tiranos, los sátrapas, los dictadores no saben que a medida que dan vueltas al dogal, a medida que más aprietan, menos posibilidades tendrán de salvarse». Y como muestra de ello, cita los casos de Luis XVI, el zar Nicolás II y el siniestro Fulgencio Batista.

Pero cuando conoce a Salvador Allende, prefiere hacerle la crónica en verso y a manera de brindis en La Bodeguita del Medio le dice:

*Tú, que nunca desdeñas un mojito,
acepta el puro brindis que hoy te hacemos,
alta la copa y aún más el grito:
Salvador, patria o muerte, venceremos!*

Y en otra cuarteta memorable se anticipó por lo menos 30 años al pretensioso emperador del mundo del año 2002:

*Frente al fascismo que bate
otra vez sus negras alas,
tanques tenemos y balas,
si lo que quiere es combate.
El yanqui con torpe mano
estrangularnos pretende,
mas por lo visto no entiende
que Cuba es ya del cubano...*

CUBA, POTENCIA CULTURAL

Cuba es una mina de cultura, un rico yacimiento de ideas, la más grande cantera de conocimientos existente en el planeta y todo ello se encuentra en continuo movimiento progresivo a favor del ser humano, de la vida, del bien común, del porvenir de miles de millones de hombres y mujeres, niños y ancianos, a todo lo largo y ancho de un orbe donde impera el odio, la intolerancia, la ignorancia y la violencia.

Hace más de cuarenta años, la Revolución borró para siempre el analfabetismo en la nación cubana y al comenzar el nuevo siglo, Cuba se constituía en la mayor potencia cultural, ante la admiración del mundo entero.

Los avances en materia de educación y cultura son realmente asombrosos. La generación permanente de ideas y conocimientos, de estudios e investigaciones en todos los campos del saber, hacen de Cuba un lugar de obligada atención por quienes tienen ansia de sabiduría.

En menos de 24 horas, hace algunos días, ocurrieron dos acontecimientos que quiero resaltar: se graduaron los primeros 89 profesores generales integrales de secundaria básica, conocidos como «Los Valientes», junto con sus alumnos, los 120 pioneros de noveno grado de la escuela secundaria básica del campo Yuri Gagarin, del municipio habanero de Caimito, lo que constituyó un peldaño importante hacia metas colosales del conocimiento. Al respecto, el comandante Fidel Castro expresó:

«Ahora se están sentando los cimientos de una sociedad que será distinta, que le sacará un montón de pistas, desgraciadamente, al resto de la humanidad, lo cual es posible por la nobleza, bondad y entusiasmo de nuestro pueblo».

Y casi en enseguida, en el teatro Karl Marx de La Habana, obtuvieron su grado los 993 estudiantes del primer curso emergente de maestros de computación básica, con lo cual Cuba vuelve a sacarle distancias considerables no

solo a los países latinoamericanos y del Tercer Mundo, sino a las naciones más desarrolladas de la Tierra.

«Este mundo, declaró Fidel en el acto solemne, tiene que acabar de salir de la prehistoria y nosotros vamos en la delantera. Más adelante se recordará este tiempo como una época bárbara. Y si grandes fueron los sueños de entonces, podría decirse que mayores serán los sueños de mañana».

Lo que quiere decir, comentamos nosotros con Fidel, que Cuba se convertirá muy pronto en una gran universidad, por el capital humano que la Revolución ha creado a lo largo de estos 43 años, el conocimiento profundo que tienen los cubanos sobre todo lo que ocurre en el mundo y por la convicción consciente de que es necesario ayudar a la humanidad, cuyo destino está en juego.

Estamos, en verdad asombrados. Sin embargo, como bien lo afirmó el líder de la Revolución, esto no es más que el comienzo.

FURIA Y FUEGO EN MANUEL NAVARRO LUNA

En días pasados, mi amigo, el conocido locutor de Radio Habana Cuba, Manolo de la Rosa, me obsequió gentilmente un libro que no vacilo en calificar de verdadera joya de la literatura cubana, tanto por el tema y el personaje allí tratados, como por ser de la autoría de uno de los más respetados escritores de la isla como es el poeta, narrador, ensayista y también miembro del colectivo de Radio Habana Cuba, Joaquín G. Santana.

Conocía a Manuel Navarro Luna desde que en los años iniciales de la Revolución llegaron a mi conocimiento, allá en Bogotá, los ecos revolucionarios y poéticos de

autores como Nicolás Guillén, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso, Mirta Aguirre, Juan Marinello y el ilustre hijo de Jovellanos que hoy ocupa nuestra crónica.

Conocí, pues, su poesía fervorosa y al mismo tiempo intimista, gozosa y furiosa, dulce para el labio amoroso expectante y ácida para el sátrapa opresor. Pero luego, como nos ocurre con muchos poetas predilectos, nos quedamos con el sabor de sus mejores textos, con la inmediatez de la información condensada sobre su vida y obra, y de pronto, a lo largo de los años, con algunos aportes de su creación o con alguna anécdota. Pero nada más. Puedo decir que lo mismo me ocurrió con narradores de la talla del costarricense Joaquín Gutiérrez, hasta que de sus propias manos recibí los cuatro volúmenes de su obra completa, o con el ecuatoriano Pedro Jorge Vera, quien una tarde de oro me sorprendió con su bello y picante libro de memorias, titulado con mucha exactitud: *Gracias a la vida*.

Ahora, con el oportuno regalo de Manolo, complementado con afectuosas dedicatorias tanto del donante como del autor, me he dado a la tarea de leer, releer, recrear, descubrir y recibir el soplo tibio del asombro ante parábola vital tan extraordinaria. Desde que vino al mundo un 29 de agosto de 1894 hasta que nos dejó el 15 de junio de 1966, Manuel Navarro Luna fue un ser humano ejemplar, un poeta inclasificable, como lo afirmó Roberto Fernández Retamar, un revolucionario como pocos. Amó y sirvió a sus semejantes como un apóstol decidido. Y a la par de una lucha que no cesó hasta su muerte, fue construyendo una poesía plena, paralela de su tiempo, hecha de rosas y aceros, de sol y de nieve, como fue este siglo terrible y heroico que acaba de pasar.

Joaquín G. Santana nos lleva de la mano a lo largo de las 250 páginas del libro sin posibilidad de tregua. Queremos avanzar, conocer, aprender y degustar sin descanso esa historia vital tan nutrida de amores y batallas. Nos enseña el autor cada uno de sus libros, tanto los de poesía como los de prosa y nos detenemos en versos de

estructura tradicional, como en versos extensos como las avenidas del Viejo Testamento:

*Sobre mi frente dolorida vuela una zarabanda de picos
[encorvados y fríos,
y una nube desesperada cruza por encima de mi cuerpo
[arrasando mi sangre.
Un tumulto de garras se echa sobre mis sienes para
[despedazarlas
y no me puedo levantar para defenderme, para llorar ni
[para morir...*

Y estos otros:

*Convertid los fusiles en azadas,
y en los surcos humanos
sed todos, estrechando vuestras manos,
por la línea del hombre, camaradas;
y por la línea del amor, hermanos!...*

Pero como colofón a este hermoso regalo, nada como repetir esa bella décima que el gran Nicolás Guillén dedicó a este otro grande de la poesía cubana que se llamó Manuel Navarro Luna:

*Partiste, pero has dejado
tu gran ejemplo ejemplar,
ancho y hondo como el mar
que resuena a nuestro lado.
Quien por ti mismo invitado
en tí se echa a caminar,
regresa al lar familiar
bañado en fulgor profundo,
diestro en las cosas del mundo
ancho y hondo como el mar...*

EL PREMIO CASA DE LAS AMÉRICAS

Para el año 2003, la Casa de las Américas ha convocado a la cuadragésima cuarta edición de su premio literario, en

el cual pueden participar todos los autores hispanoamericanos en los géneros de novela, teatro, ensayo de tema histórico-social y testimonio, lo mismo que autores brasileños con libros escritos en portugués en poesía, cuentos y novelas que se hayan publicado entre 2001 y 2002.

No se trata de un concurso más. Eso lo sabemos. En la memoria y conciencia colectivas, en el diario vivir y en el trabajo estético de los escritores de América Latina y el Caribe, lo mismo que de España y de todo el ámbito hispanoparlante, el premio Casa de las Américas es un evento al cual acceden quienes han de formar la primacía de la creación y la crítica de la literatura en el idioma de Cervantes y los latinos del Caribe, al igual que en el creolé y el portugués.

Los escritores y los lectores nos hemos acostumbrado a conocer cuáles son los estímulos más sobresalientes que tiene el autor en su trabajo: los premios. Y entre ellos, aquellos que coronan el denodado esfuerzo, que anuda disciplina, trabajo, perseverancia y experimentación, que realiza todo cultor de las letras en cualquiera de los géneros literarios.

Desde hace cuarenta y dos años este premio ha sido el más constante vehículo de estímulo y propagación de la literatura contemporánea. Bajo la sabia dirección de Haydée Santamaría, Mariano Rodríguez, Roberto Fernández Retamar y otros ilustres promotores de la cultura cubana y universal, se instituyó este gran premio, el cual ya ha consagrado para siempre obras clásicas del acontecer literario actual. Ha contado con la participación de jurados y autores que dignificaron la piel americana con sus obras y ha divulgado como pocas instituciones el quehacer noble y enriquecedor de las más novedosas expresiones de la lírica y la narrativa de nuestro tiempo.

Más de mil intelectuales de los cinco continentes han prestado su concurso a este sin igual acontecimiento, entre los cuales destacamos a Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Nicolás Guillén, Miguel Ángel Asturias, Julio Cortázar, José Saramago, Camilo José Cela, Ernesto Car-

denal, Carlos Fuentes, Juan José Arreola y Fernando Henrique Cardoso, entre otros. Y han sido premiados y mencionados escritores de la altura de Roque Dalton, Eduardo Galeano, Alfredo Bryce Echenique, Ricardo Piglia y Antonio Skármeta.

Allí se dio a conocer al mundo, a través de un libro premiado, la existencia de una mujer indígena, luchadora y solidaria, víctima de las más abominables formas de injusticia, desigualdad y violencia, como es Rigoberta Menchú, quien en 1992 obtuvo el premio Nobel de la Paz.

En fin, en este premio Casa de las Américas, el sólo nombre de la noble institución, es suficiente para identificar la verdadera historia, la verdadera alma y la verdadera piel de nuestra América. Basta repasar su *Memoria* –un libro de 400 apretadas páginas, preparado por Inés Casañas y Jorge Fornet–, para darse cuenta de que a lo largo de cuarenta y dos años ha desfilado por ese templo de la cultura hispanoamericana y caribeña lo más auténtico y lo más entrañable del continente mestizo y del mundo de corazón noble, y que tanta unanimidad de verdad y de talento, iguala o supera lo mejor del llamado Siglo de Pericles y del siempre admirado Siglo de Oro español, pero con la ventaja de que lo estamos disfrutando y valorando en su justo momento.

CIEN AÑOS DE LOLÓ DE LA TORRIENTE

Muy acertadamente comentaba el escritor Virgilio López Lemus que no había sido para él tarea fácil ubicar el año exacto del nacimiento de la exquisita escritora cubana Loló de la Torriente, pues en los diferentes ficheros de autores aparecía como nacida en 1906 o en 1904, sin tenerse certeza alguna al respecto. Personalmente consultó el *Diccionario de literatura cubana* y la fecha allí

consignada es 1907, pero –sigo citando a López Lemus–, su sobrino Enrique Sáinz de la Torriente fue quien confirmó que la celebrada autora de *La Habana de Cecilia Valdés*, había nacido en Manzanillo, el 22 de agosto de 1902, o sea que viene a hacer parte de la pléyade gloriosa de los conmemorados en este año de gracia de 2002, como son el Poeta Nacional Nicolás Guillén, Dulce María Loynaz, Rafael Alberti, Langston Hugues y Nazim Hikmet, entre otros.

A sus veinte años de edad, Loló de la Torriente participó en el I Congreso Nacional de Estudiantes y en el I Congreso Nacional de Mujeres. En 1926 se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras y tres años más tarde obtuvo el título de Doctora en Derecho de la Universidad de La Habana.

Comunista militante desde 1931, fue secretaria de defensa obrera internacional y combatió arduamente al dictador Gerardo Machado. En esos años sombríos sufrió varias veces prisión y fue deportada de la isla en 1937, por lo cual hubo de trasladarse a México. Allí ejerció activamente el periodismo y ocupó la cátedra Hispanoamericana en la escuela superior de maestros del Distrito Federal. En la capital mexicana contrajo matrimonio con el profesor Jorge Vivó y allí también nacieron sus dos hijos.

Al triunfo de la Revolución en 1959, Loló de la Torriente retornó a Cuba, donde se dedicó al periodismo de tipo cultural, histórico y político, en la revista *Bohemia*, en la cual alcanzó gran notoriedad y se ganó el respeto y la simpatía de innumerables lectores.

Entre sus libros podemos destacar: *Mi casa en la tierra*, testimonio autobiográfico, *La Habana de Cecilia Valdés*, *Memoria y razón de Diego Rivera*, *Las artes plásticas en Cuba* y *Los caballeros de la marea roja*, una excelente novela. Pero quizás por el que más será recordada es por su ejemplar semblanza de Pablo de la Torriente Brau, el heroico caballero que dio su sangre por España en armas en 1936.

Loló de la Torriente falleció en La Habana en 1983. Ahora en ocasión de su centenario, este cronista colombiano quiere recordarla con devoción y respeto y al mismo tiempo desea convertir esta modesta crónica en una rosa roja en homenaje a quien dio lo mejor de sí misma para que la sonrisa de los niños se convirtiera en la más hermosa cosecha de estrellas terrenales.

EN LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO

Cinco cubanos dedicados a impedir que se llevaran a cabo acciones terroristas en su patria, fueron condenados por jueces amañados en el imperio y en la actualidad padecen la más injusta e inhumana prisión en cinco cárceles de diferentes ciudades de Estados Unidos.

No es, desde luego, la primera vez que en ese país se cometen tamaños atropellos. Es más, a diario ocurren despropósitos judiciales que aterran a su propia sociedad, especialmente en el caso de ciudadanos de origen hispano, indio o de raza negra.

Los célebres episodios que aterraron al mundo cuando se llevó hasta la pena capital a Nicola Saco y Bartolomeo Vanzetti en 1927 y a los esposos Ethel y Julius Rosenberg en 1953, han sido la escandalosa pauta para pensar que la enfermiza conciencia de los dirigentes de la reacción norteamericana juega con las vidas, los sueños y las perspectivas sociales de los seres humanos bajo su poder.

El caso de Gerardo Hernández, Ramón Labañino, René González, Antonio Guerrero y Fernando González es tan aberrante que la propia sociedad de ese país está reaccionando a favor de ellos en forma cada vez más ascendente, sumándose al repudio creciente en los cinco continentes —uno por cada patriota—, por tan absurda medida judicial.

Las gentes sin distinciones de raza, religión, clase o ideología se pregunta en qué clase de mundo vivimos cuando se condena a prisión perpetua a quienes luchan denodadamente contra el azote del terrorismo en una sociedad donde precisamente se gobierna sobre la base de intimidar y aterrorizar a sus semejantes con métodos bárbaros que ya creíamos sepultados para siempre.

Los comités en pro de la inmediata liberación de estos cinco héroes cubanos crece de manera incesante en cada rincón del planeta y no cederemos un ápice de nuestra lucha en todos los terrenos hasta verlos de nuevo libres y reintegrados a su país y a sus familias.

Por ellos, por su pronta liberación, he escrito mi homenaje personal, mi clamor:

*Gerardo Hernández y Ramón Labañino,
René González y Antonio Guerrero,
con Fernando González, son acero
fundido en cinco rosas de platino.*

*Por defender su patria de un vecino
terrorista, agresivo, hostil y artero,
cada uno fue hecho prisionero,
pero ya se ha formado el remolino.*

*Un remolino de clamor, un río,
caudaloso y pujante vocerío
que encontrará en el mar eco profundo.*

*Y ese mar que a un imperio clama y reta
con cinco nombres lavaré el planeta
e inundará con la verdad el mundo.*

RÉQUIEM POR DAVID CHERICIÁN

Hace pocos días falleció en la capital de Colombia el poeta cubano David Chericían. Había llegado allí años atrás

por invitación que le hiciera la Asociación Colombiana de Escritores y en su estancia en ese país conquistó el cariño y el respeto de escritores, lectores y sobre todo, de los niños, de ese país a quienes dedicó sus últimos libros de poesía, prosa y juegos de palabras.

A David Fernández Chericían, que era su nombre con apellidos completos, lo conocí primero por las formidables antologías con versiones de la poesía vietnamita y palestina, publicadas en los años 1970 y 1980. Y más tarde, cuando pude admirarlo en su integridad, al sumergirme en ese libro esencial para la poesía y la esperanza de los pueblos como la colección titulada *Asalto al cielo*, en la que aparecen los textos más representativos de Neruda, Aragón, Nazim Hikmet, Maiakovski, Nicolás Guillén, Atila Jozsef, Rafael Alberti y Yannis Ritsos, entre otros, en cuando a sus sentimientos de libertad, de dignidad y de solidaridad entre los seres y los pueblos.

En Bogotá tuvimos la oportunidad de conversar en muchas ocasiones y de compartir versos y musas en los diversos congresos y eventos literarios en los que recorrimos Colombia más de una vez.

Los auditorios de la costa caribe, los llanos orientales, la cordillera de los Andes, las orillas del Pacífico y la selva amazónica, admiraron en su voz ronca por el cultivo de la dicción fuerte y del tabaco negro, décimas y sonetos inolvidables y disertaciones sobre la vida y la obra de Nicolás Guillén y de Julio Cortázar, lo mismo que exquisitas y precisas declamaciones de la poesía de Baudelaire en su idioma original.

Dueño de una vasta cultura, lo mismo reflexionaba en la décima sabia que maniobraba con inusitada habilidad el jeroglífico infantil. Fui muchas veces testigo del asombro de profesores y niños colombianos ante la imaginación portentosa de este mago de la pirotecnia verbal que lo mismo hacía reír que hacía pensar con su fiesta poética y su gesto de armenio veraz bajo venerable melena y barba blancas.

Lo recordaremos por muchos de sus versos de *Árbol y luego bosque*; *La onda de David*; *Árbol de la memoria*;

Queriéndolos, nombrándolos; El autor intelectual; Ritual de las demonias y otros libros memorables.

También porque dijo cosas como estas:

*Aquel ayer este mañana engendra,
despoja de su cáscara a la almendra
que en el recuerdo acendra su sabor.
Fuera la imagen agria, el acto brusco.
En todo hubo belleza y sólo busco
recordar el amor con todo amor...*

Y ahora que le decimos adiós al amigo inolvidable, al maestro, al magnífico repentista y al cubano integral, no podemos dejar de recordar una décima que este cronista le escribió en el homenaje que los escritores colombianos le rendimos en 1997:

*Lo que yo sé de Viet Nam,
de su poesía combatiente
y de la lírica ardiente
en que el poeta es titán,
se lo debo a Chericían,
pues tradujo con gran celo,
con precisión y desvelo,
a europeos y a palestinos,
a africanos y argelinos,
asaltando al mismo cielo...*

En su memoria levantemos una alta copa de océano feliz y brindemos una vez más por la belleza inagotable del mar de su poesía.

NUESTRO CHE

No se han inventado aún las palabras para señalar con exactitud la colosal estatura histórica y la entrañable

transparencia de Ernesto Che Guevara, y no bastan los millares de oraciones y textos laudatorios, ni las estrofas líricas, ni los cantos y alabanzas para medir su grandeza.

Quizás durante el milenio que se inicia y algún día, sobre los desechos y las ruinas del largo genocidio moral y físico a que ha sometido a la humanidad el imperialismo, se podrá valorar en la medida justa y en la intensidad que sobradamente se merece este hombre sin par que conmovió al mundo con su heroísmo, su inteligencia y su intuición ilímite.

Porque el Che nos enseñó a ser verdaderamente justos y a buscar la justicia, a ser verdaderamente libres y a buscar la libertad, a ser verdaderamente solidarios y a buscar la solidaridad.

Habló de la posibilidad del hombre nuevo y demostró con su parábola vital que lejos de ser una utopía, el hombre nuevo es una realidad palpable próxima. Él lo era. Él lo fue. Él lo es.

El Che acabó para siempre con las estrecheces de los nacionalismos, con la inutilidad de los patriotismos, con la pobreza mental de los chovinismos. Rosario, el Amazonas, Perú, Colombia, Guatemala, México, la Sierra Maestra, Santa Clara, La Habana, Europa, Asia, el Congo, Bolivia, son nombres del espacioso itinerario del hombre en busca de la redención social donde no pueden existir límites porque el único hermano del hombre es el hombre mismo.

El Che, junto a Fidel y a Camilo, vislumbró el futuro de la humanidad, trazó su estructura y construyó con su propia mano los primeros cimientos; inventó cada día la solución para cada afán; estudió a fondo la teoría marxista para atraerla desde la materia del sueño hasta la inmediata realidad y si no se ajustaba en una esquina, no vacilaba en reformarla, en renovarla y en engrandecerla.

Es que no existen, repito, las palabras adecuadas, los signos precisos, los caracteres justos para acercarnos a su exacta magnitud. Pero con los elementos de que dispone-

mos, trataremos siempre de rozar su grandeza, de imitar su voluntad descomunal, de estudiar su pensamiento.

Hombres como el Che, Fidel, Bolívar o Martí, son todos los hombres. Están hechos del mismo barro que nosotros, pero nos superan porque disciplinaron su mente y su corazón precisamente para que nosotros fuéramos mejores, más libres y más felices. Cuando vuelve a nuestro recuerdo la imagen hermosa de «su pequeño cadáver de capitán valiente» en la escuelita de La Higuera, con los ojos llenos de lágrimas sentimos que hay algo de frustrante en nuestros corazones, porque así como asistimos a diario a la jubilosa construcción de la Revolución cubana, también sentimos que algo nuestro cayó aquel 8 de octubre de 1967 en la montañas de Bolivia.

Pero esa balanza de nuestro espíritu, esa actitud dialéctica es quizás la mayor lección que nos legó el inolvidable Che, para levantarnos después de cada caída y saber que podemos ser mejores y que por encima de cualquier obstáculo tenemos la absoluta certeza de que vamos a triunfar.

EL HOYO DE LA CALLE F

En estos días he recordado en La Habana a uno de los dibujantes más admirados y controvertidos del siglo xx: el holandés Maurits Cornelius Escher, famoso por hacer caer al espectador en trampas ópticas, en errores y peculiaridades de la percepción visual, en construcciones y figuras geométricas que no conducen a ninguna parte, peldaños y escaleras que están ascendiendo cuando en realidad están descendiendo, caminos que se devuelven y abismos donde sólo el milagro les depara el más insólito de los equilibrios.

Pues bien, caminando una mañana por el Vedado me encontré en la viva realidad el equilibrio escheriano de manos a boca y sin poder salir de su espacio surreal. Caminaba por la Calle F entre 19 y 21 cuando de pronto la calle desapareció súbitamente. Vi un puente con un pequeño muro de cemento como si abajo fluyera un río, pero no: había un enorme abismo de tierra, pulcro y solitario como un cráter recién llovido.

De pronto, unos angostos caminos protegidos por rejas me condujeron hacia una monumental construcción llamada Edificio Arcos con tres enormes pisos hacia arriba y dos extensos hacia abajo. Las diversas puertas mostraban diminutas escaleras de mármol que subían o bajaban, reaparecían y desaparecían sin destino y sin caminantes.

Y luego, diminutos senderos de baldosín que se bifurcaban formando un laberinto fascinante. Naturalmente el recorrido, en medio del vértigo por la altura descomunal y la visión del abismo, obligaban a caminar despacio y férreamente agarrado a las rejas. A un costado de la edificación había un balcón adherido a la pared, sin ventanas.

También había una reja con candado que guardaba una pared de cemento. Una encantadora pesadilla. Al otro lado del edificio, pequeñas casitas ladeadas como cuando un niño construye castillos en la arena, con improvisadas puertas y ventanas, daban el toque surrealista al equilibrio.

Y como si fuera poco el asombro, un perro negro contemplaba mi estupor suspendido en tres patas sobre una antena de televisión. Era todo un conjunto geométrico elaborado sobre una dimensión estelar como los dibujos de *El principito*, que daba la sensación de que con un simple vientecillo se podía convertir en polvo y ceniza.

Pero no, la fascinación de este rarísimo islote erigido en pleno corazón del Vedado consiste en la permanencia del milagro: conviven allí casas, o mejor, quintas que parecen castillos feudales, hay murallas hispanas, columnas griegas abandonadas bajo una palmera, jardines babilónicos y almenas rusas, relieves audaces y túneles clausurados.

Por un momento recordé el Santuario de Nuestra Señora de las Lajas, un sortilegio arquitectónico enclavado sobre los filudos precipicios andinos en el sur de Colombia. Pero no: aquel templo y sus aledaños son figuras verticales uniformes, en tanto que el contorno del hoyo de la calle F es un nuevo orden picassiano, una encarnación estival del holandés Escher, un juguete de Joan Miró, pero sobre todo, una rareza visual para gozarla y disfrutarla, para sentir su vértigo solar en pleno mediodía en uno de los sectores más hermosos de la capital cubana.

UN POCO ANTES DE LAS 10:00 A.M.

A veces las circunstancias cotidianas hacen que se cambie el rumbo de las diligencias sin salir del territorio del Vedado. En ocasiones es muy grato subir por 4 para alcanzar la pescadería de 19. Se camina desde temprano y apenas los diligentes trabajadores del Centro Vasco están limpiando mesas y baldosas, y no falta algún vecino que se dedique a esa hora a arreglar su yipi averiado. Si llevamos suficientes jabas, aprovecharemos y pediremos el pan, y en la bodega una señora mayor, que consume un cigarro con la mayor tranquilidad, nos indica que podemos hacer la cola para las salchichas de pollo. Ah, agrega, y ya llegaron los cigarros.

Hacemos la cola y el vecino del 7mo piso nos cuenta que se está reponiendo de una reciente operación de la próstata. «Bueno, dice, no me prohibieron el cigarro, pero sí el ron... Por lo menos mientras pasa el efecto de los antibióticos!» Le prometo que beberemos cuando ya no haya peligro para su salud. Es un veterano hombre de prensa, radio y televisión, curtido en mil batallas por de-

fender la Revolución y aún, así de frágil, refuerza con un tono de voz vehemente su voluntad de volver a las trincheras si fuere necesario.

Salgo de la bodega y sigo mi camino, admirando en el horizonte una hondonada de framboyanes, palmeras, pinos, álamos, buganvillas y carolinas. Un rayo de sol proyecta en nuestros ojos la imagen de una bella quinta rodeada de artemisas y oréganos como salida de una película de Visconti o de Humberto Solás. Al llegar a Línea vamos a la barbería de anchos ventanales circundada por clientes que fuman, conversan o leen el *Granma* mientras esperan su turno.

Al cruzar la luminosa avenida me tropiezo con René, mi vecino experto en luminotecnia, que me dice antes de dar un salto hacia el lado opuesto al mío: «En esta bodega están vendiendo ron Castillo a 25, exquisito». «Gracias, bueno, bien». Un guiño mutuo indica la promesa implícita de que compartiremos un trago en algún momento y por cualquier motivo en tiempos de reposo.

Seguimos ascendiendo en medio de una soleada tranquilidad. Las tiendas panamericanas, o *shopping*, abren sus puertas y una docena de mujeres deja sus bolsos en una recepción mientras otras, curiosas, detallan en el kiosko donde cuelga un letrero que dice: «Todo por un dólar». Allí se venden linternas, adornos en marmolina, relojes de pared, juguetes, muñecas, pintalabios, perfumes, cestos de basura, casetes, pomadas para los dolores musculares, portarretratos, etcétera.

Enfrente, el Ministerio de Cultura señala un ir y venir de vehículos, personas que circulan con carpetas y papeles por entre los jardines frondosos de esa prodigiosa mansión.

Caminando hacia 17, el tráfico vehicular nos descubre el verdadero despertar de la metrópoli habanera y no es difícil imaginar que se quintuplica por los lados de 23, en la Rampa, en O, en Infanta y San Lázaro, en Zanja, por Carlos III, Belascoaín, y desde luego, en Zapata, Boyeros y la ancha e impecable avenida en la Plaza de la Revolución.

Pero ascendemos a 19 y de nuevo encontramos la paz íntima de los jardines domésticos del Vedado que sólo se disuelven cuando hacemos la cola en la pescadería. Caras amigas nos animan a adquirir las latas de atún con verdura, las hamburguesas de pescado, el jurel, las langostas, el loro entero, el pargo y el calamar, con lo cual yo me sumerjo de la manera más afectuosa en el Océano Atlántico en pleno, transformado por artes de la poesía en un inmenso mar de tierra, de sol y de sonrisas felices.

GABO EN PRIMERA PERSONA

Acaba de aparecer simultáneamente en varias capitales iberoamericanas el primer volumen de las memorias del premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, titulado *Vivir para contarla*, hecho singular en su parábola narrativa, por cuanto el autor desnuda los acontecimientos de su vida que lo llevaron a ser escritor y los presenta a sus millones de lectores con una sinceridad y una crudeza que nos proporciona no pocas porciones de admiración, de sorpresa y de ternura.

Se trata de la confesión descarnada de un hombre, desde el noviazgo contrariado de sus padres hasta que emprende su primer viaje a Europa a la edad de veintiocho años, que contra viento y marea, incluso en ocasiones contra sí mismo, quiere ser escritor. Es la única clave y el único hilo conductor existente en el libro: cómo se hizo escritor, novelista, reportero, cuentista y guionista cinematográfico, sin apoyo familiar, sin mayores recursos académicos, sin dinero, bajo firmamentos hostiles, padeciendo hambre, privaciones y sobre todo una enfermiza e invencible timidez.

Y así, escalando peldaño a peldaño, entre palabra y frase, entre libros clásicos y cigarrillos interminables,

entre agonías pasionales y enfermedades de Venus, entre puertos sonámbulos y marineros perdidos, desafiando minuto a minuto ancestrales terrores y soportando desafectos e incomprendiones, logra colocar una y otra vez un ladrillo sobre otro de letras y párrafos, hasta construir en 1955 una docena de cuentos, varios centenares de notas de prensa, unos cuantos versos circunstanciales y una novela, *La hojarasca*, que termina con enormes dudas y fatigante trabajo, la cual lo coloca contra la pared una vez la concluye, sin saber si sigue adelante o le tuerce el cuello, de una vez por todas, al cisne de sus obsesiones líricas.

Escrito en la insólita y deliciosa prosa a que nos tiene acostumbrados, despertando la risa franca o la nostalgia a cada página, este libro lleno de abuelos, familiares, amigos, condiscípulos, poetas admirados, novias, amantes y muertos, es un auténtico compendio de parábola rampante. El niño triste y famélico, sin suerte y sin nada que lo acerque a la felicidad, se ve vivir años después y se reinventa. Se ríe de sí mismo y se adivina escribiendo siempre con un amor constante más allá de la muerte.

Al terminar este primer volumen con una imagen de amor y esperanza cuando ve a Mercedes, su novia de siempre, sentada en el trono del amor en el portal de su casa en Barranquilla en esos años 50, el novel escritor ya sabe que su destino es ella y es la literatura.

Es aquí donde el lector se queda silencioso y expectante. Entonces hace suyas las palabras de su entrañable amigo el comandante Fidel Castro, cuando al final de la lectura de estas memorias escribió:

«(Gabo) esta vez hace una entrega de sí mismo con sinceridad, candor y vehemencia, que le develan, como lo que es, un hombre con bondad de niño y talento cósmico, un hombre de mañana, al que agradecemos haber vivido esa vida para contarla».

TRAVESÍA EN LA GUAGUA 190

Salí de grabar mi crónica en Radio Habana Cuba el pasado miércoles, antes del mediodía y me dirigí al parquecito en cuya punta angular se unen las calles Infanta y O, y allí me senté a esperar la guagua 190 para dirigirme a la CUJAE a ver a un amigo que estudia la carrera de Telecomunicaciones. Compré en el estancillo el *Granma* y *Juventud Rebelde*, luego, en la parada pregunté a tres personas quién era el último. Una mujer morena y robusta levantó la mano.

Me senté en la banca de piedra y me dispuse a leer los diarios. Poco a poco fueron llegando más pasajeros, siempre con la misma pregunta: ¿Última persona? Yo... ¿Después de quién?... del señor de los espejuelos... Cuando terminé la lectura del *Granma*, la parada estaba repleta de mujeres, ancianos, niños y trabajadores, también de adolescentes de ambos sexos, pioneros con sus camisas blancas y sus pantalones y faldas color amarillo mostaza. Comencé la lectura del *Rebelde* cuando se armó a mi alrededor el tumulto. Llegó, escuché decir a alguien a mi lado. Y en efecto, la guagua 190 acababa de parar en la esquina anterior a donde nos hallábamos.

Todos de pie, en completo orden en medio de un alegre desorden caribeño: Oye, ven acá, escuchaba una voz femenina. No, tengo que ir al dentista. Ah, bueno. En esas paró la guagua en nuestras narices.

Entramos, pagué mis 40 centavos, recibí el papelito y me situé en la última banca, con vista al costado izquierdo. Poco a poco comenzó a llenarse el vehículo. Minutos después partió. Ascendió una cuadra, tomó San Lázaro, desembocó junto al monumento a Mella frente a la Universidad de La Habana, descendió por L y antes del Habana Libre, volvió a recoger pasajeros. Entonces comenzó el acomodamiento por la parte trasera de la guagua. A la tercera o cuarta parada, ya en Línea y completamente llena la guagua, pude observar gestos de humor, de angus-

tia, al ver que se acercaba una parada y seres inamovibles impedían el paso de quienes debían apearse allí.

Oye, permiso, y gritaban con voces de barítonos y sopranos: ¡Per-mi-so! Bueno, dijo una mujer de piel negra con los dientes separados: ¡No empujen o me quedo quieta...! ¡Ay, Dios, qué lucha!, decía una anciana para sí misma. ¡No es fácil!, exclamó un jubilado mirando el techo del vehículo.

Este continuó su larga marcha por Línea, atravesó el túnel del mismo nombre, avanzó por Playa, por 31, ingresó a Marianao y al punto de la asfixia, por el gentío y el calor total del mediodía en el más tórrido de los veranos habaneros, escuché risas, comentarios sinuosos y suspiros, mientras una ardiente mulata de gloriosas redondeces se abría paso a codazos por entre el gentío.

Enseguida evoqué al gran Nicolás Guillén:

*Signo de selva el tuyo,
con tus collares rojos,
tus brazaletes de oro curvo,
y tu caimán oscuro
nadando en el Zambembe de tus ojos.*

GUILLÉN Y LOS NIÑOS

En este año del centenario del Poeta Nacional de Cuba, sus lectores y admiradores le hemos rendido homenaje en diversas formas, rememorando los variados fulgores de su riquísima poesía y comentando su amena prosa, de la cual nos dejó muestras de inmenso valor en sus textos periodísticos dispersos y recogidos en libro, en sus prólogos, cartas y memorias.

Pero hay un Nicolás Guillén aún más entrañable –y esto es mucho decir de un poeta y de un ser humano tan

entrañable no sólo para Cuba sino para todos los hombres de buena voluntad—y es el poeta para niños. Para niños pequeños y para niños como él, de todas las edades. O como reza en el subtítulo de su libro *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel: poemas para niños mayores de edad*.

Pues bien, Guillén siempre hizo guiños festivos en los que el eterno niño o diablillo interior, saltaba de pronto y se montaba en uno o dos versos candentes. Su única obra de teatro se llamó precisamente *Poema con niños* y allí pone a jugar a infantes de las diversas razas o etnias humanas. En *El gran Zoo*, su vena abierta y libre hace de su expresión una verdadera fiesta del humor y la imaginación.

Allí, «*sola, en su jaula mínima,/ dormitando/ la Pajarita de Papel*», abre la puerta al circo multicolor y vital recreado por Guillén:

La foca es una gran señora arponeada en la calle, la jirafa es una catedrática de Oxford, el tigre parece un gánster, y el gánster es un bull-dog, el reloj es un quiróptero.

Pero la delicia de los niños está más directamente planeada en poemas como:

*Dos venaditos que se encontraron,
buenos amigos los dos quedaron;
grandes amigos los dos quedaron,
dos venaditos que se encontraron.*

*Los cazadores que los persiguen
no los alcanzan, aunque los siguen,
pues nada pueden, aunque los siguen,
los cazadores que los persiguen.*

Y qué tal esta, dedicada a la nietecita del polígrafo ecuatoriano Benjamín Carrión:

*Águeda, del Ecuador,
mándame una flor dorada,
y en una nube, pintada
un ala de ruiseñor.
—Sí, señor.*

*Junto a la dorada flor
mándame en un solo trazo
la cumbre del Chimborazo
la nieve y su resplandor.
-Sí, señor.*

*Guayaquil con su calor
Quito en su montaña pura
y la selva y la llanura
mándamelas por favor.
-Sí, señor.*

*Pero quisiera mejor,
Águeda, que todo eso,
que me mandarás un beso,
un beso del Ecuador.
-Sí, señor.*

*(Por la copia y la transcripción,
José Luis, tu admirador.)*

FIDEL: LA HISTORIA NO CONTADA

Para comenzar el año 2003 hemos vuelto a ver el documental de Estela Bravo, en su nueva versión, sobre la vida y obra de quien es uno de los más grandes conductores de pueblos del presente y pasado siglos: el comandante Fidel Castro.

Esta película de 90 minutos, realizada por una de las directoras anglosajonas más reconocidas en el mundo, presenta rasgos fundamentales de la personalidad del presidente cubano, desde su nacimiento en Birán un 13 de

agosto de 1926 hasta el momento cimero en que lidera la monumental Batalla de Ideas, con la cual ya está cosechando nuevas y contundentes victorias sobre sus desdichados adversarios.

Estela Bravo ha consultado fuentes de diversa índole que en su lenguaje, estilo y punto de vista, califican a una personalidad tan controvertida y discutida en el panorama mundial. La vida del líder aparece junto a los sucesos más sobresalientes del momento en que se desarrolla cada ciclo vital y con ello se registra de manera inequívoca, la importancia indiscutible de la Revolución cubana, no sólo en la historia de la isla y de Nuestra América, sino en la de los pueblos de África, del Tercer Mundo, la Unión Soviética y los propios Estados Unidos.

El documental presenta a Fidel en todas sus edades: el niño con sus padres, el adolescente jugando al béisbol, el estudiante interviniendo en mítines contra la dictadura, el asalto al Cuartel Moncada, la cárcel, el exilio, la amistad con el Che, el triunfo de la Revolución, sus primeros viajes a Estados Unidos ya como Jefe de Estado y la inconmensurable personalidad y el carisma de este líder desde su juventud hasta nuestros días; los momentos cruciales de Girón, de la Crisis de Octubre, la solidaridad con los pueblos de Angola, Sudáfrica y otros que finalmente gracias a la ayuda y orientación de Fidel son liberados de sus yugos coloniales; la batalla por la devolución del niño Elián y su creciente prestigio en todas las capas de la actividad humana, incluido el cerrado círculo de capitalistas de Wall Street.

Son igualmente maravillosos los testimonios acerca de su personalidad, manifestados por Nelson Mandela, Harry Belafonte, el investigador Peter Bourne, el director cinematográfico Sidney Pollak, la escritora Alice Walker, la mítica revolucionaria norteamericana Ángela Davis y el novelista y Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez.

Este documental, que será estrenado en los próximos días en el Festival Internacional de Cine de Toronto y

que en la actualidad está siendo admirado en 40 ciudades de Estados Unidos, está enfocado con gran objetividad. Allí el ser humano y el político se confunden y se tornan una sola y maravillosa personalidad, excepcional, humanista y visionaria.

Al terminar el film, no podemos menos que exclamar «Gracias, Fidel!» por existir, y repetir con Pablo Neruda aquellos versos de su *Canción de gesta*, con los cuales celebró el advenimiento de la Revolución cubana:

*Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen
palabras en acción y hechos que cantan.
Por eso desde lejos yo te ofrezco
una copa de vino de mi patria...*

ÓRBITA DE PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

La pasada XI Feria Internacional del Libro de La Habana estuvo dedicada a uno de los poetas mayores de Cuba: Pablo Armando Fernández, quien además se ha destacado como novelista y ensayista consumado.

Nacido el 2 de marzo de 1930, es decir hace setenta y tres años, en el central Delicias, en el norte del oriente cubano, Pablo Armando descubrió muy tempranamente su vocación literaria. Su tierra natal, según el propio escritor «era un lugar que allá por los años 30 del siglo veinte se llamaba un american company town, uno de esos poblados que levantaban las empresas norteamericanas en cualquier parte del mundo. El verde amarillo de las planicies de los cañaverales lo rodeaba todo. Por eso, agrega Pablo Armando, yo me inventé Delicias como un lugar que fuera pura literatura, algo totalmente imaginado

que se convirtió, sin yo saberlo, en mi primer encuentro con la poesía».

Muy joven, el poeta de *Salterio y lamentaciones* viajó a Nueva York, Allí, como lo ha declarado muchas veces, se adhirió al Movimiento 26 de Julio y al triunfo de la Revolución comenzó a colaborar con entusiasmo en la construcción cultural de la nueva Cuba.

En los años 50 hizo amistad con los poetas inmediatamente mayores como Cintio Vitier, Eliseo Diego, Fina García-Marruz y naturalmente con José Lezama Lima.

Con ellos, Pablo Armando tuvo la revelación y el asombro de la poesía de César Vallejo. Posteriormente conoció personalmente en La Habana a Gabriela Mistral, con quien trabó amistad. Era el año del Centenario de Martí y del asalto al Moncada y la autora de *Desolación* se encontraba de visita en la isla.

Desde entonces, la vida y la obra de Pablo Armando Fernández comenzaron a crecer: publicó *Toda la poesía*, *Himnos*, *El libro de los héroes*, *Suite para Maruja*, *De piedras y palabras* y *Reinos de la aurora*. Su novela *Los niños se despiden* recibió el premio Casa de las Américas en 1968. Su profundo amor por Colombia lo ha llevado a publicar libros de poesía exclusivamente inspirados en la patria de José Asunción Silva y José Eustasio Rivera. El último de ellos apareció editado por la Universidad de Antioquia hace pocas semanas.

Pero que sea la propia voz poética de Pablo Armando la que revele su lirismo:

*¿Qué miras sobre el puente?
Miro pasar el agua.
¿Y en el agua qué pasa?
La forma de una rama.
¿Y en la rama qué busca?
Una hoja que fue verde,
amarilla, escarlata,
con alas para el vuelo
y una voz que arroba el alma.*

*Quien la vea no quiera
otra gracia, otro don,
en el agua que corre,
en el agua que canta,
busco encontrar la forma
que el alma me arrebatara.*

Y que siga disfrutando los honores que su pueblo le está deparando en este venturoso 2003 a este gran poeta, gran amigo y gran ser humano.

EL EQUÍVOCO ESPLENDOR

Llamamiento a los poetas del mundo

Hace pocos días vi en un noticiero de televisión a una bella adolescente iraquí que hojeaba un libro de poemas en una venta callejera en Bagdad.

Seguramente esa joven de rostro pálido y ojos negros, profundos, como los de las árabes, con la cabellera azabache cubierta con una pañoleta blanca, leía versos de amor y con aquella mirada traspasada por la melancolía y la añoranza, embellecía aún más las páginas de ese libro.

Ella, al igual que millares de adolescentes en su país, está comenzando a vivir la dulce borrasca del amor. Quizás su novio sea un poeta o un estudiante de ingeniería o un aspirante a la facultad de medicina o un trabajador agrícola o un músico o un dramaturgo en ciernes.

Es, de todas maneras, uno de tantos centenares de miles de muchachos llenos de sueños, proyectos y utopías. Entre tanto, ¿cuántas muchachas no esperan la floración de sus primeros bebés para la primavera, mientras otras se desvelan rebosantes de alegría pensando en que se casarán a mitad del año?

Pero... ¡ay! Un bramido en la lejanía amenaza con una tempestad de fuego que arrasará proyectos, sueños y canciones.

Es posible, poetas de todo el mundo, que en pocas semanas o en pocos días ni la bella adolescente, ni los centenares de muchachos soñadores, ni las mujeres que esconden en su vientre el habitante desconocido que espera su día germinal, estén vivos o se hallarán heridos o mutilados. Pueden desaparecer de un solo golpe inesperado como en las pestes medievales o en sufrida tortura colectiva como en las peores degollinas de la historia.

Una generación de niños y de jóvenes nacidos a partir de 1970 puede borrarse de la faz de la tierra por arte de la magia negra de un loco que se ha instalado fraudulentamente en la silla de Abraham Lincoln. Un ser arrogante y codicioso con ojos de payaso depravado quiere imponer la dictadura global a toda costa, con el fin de culminar la macabra obra de su padre.

El nuevo Führer ha declarado que «Dios no es neutral» y procede a invadir el territorio del antiguo paraíso terrenal, entre el Tigris y el Éufrates, erigiéndose en el gran vicediós, por encima del papa y de los demás representantes de las distintas religiones, que están clamando desesperadamente por la paz.

Hace más de sesenta años, el ejército más poderoso jamás visto en la historia, bajo la batuta de Adolfo Hitler, un criminal degenerado y paranoico, se lanzó a la conquista del mundo desatando una hemorragia brutal, amenazando y agrediendo a un mismo tiempo, con inusitada prepotencia a la antigua Unión Soviética, a la Gran Bretaña, al milenario Egipto, a los Balcanes y a Norteamérica.

En esta trágica aventura, genialmente caricaturizada por Charles Chaplin, lo acompañaron tres aliados espe-luznantes: Mussolini de Italia, Tojo del Japón Imperial, y el enano –física y químicamente enano– Francisco Franco de España. Lo que les sucedió a estos remedos de dioses en 1945 es bien sabido por todos.

Ahora, el señor George W. Bush con sus sonrientes testaferreros, Blair de Inglaterra, Sharon de Sabra y Shatila, y el enano –física y químicamente enano– José María Aznar de España, integrantes del autodenominado Eje del Bien, se lanzarán como dragones hambrientos a devorar el corazón de petróleo de la antigua Persia para quedarse con él y con sus sagrados tesoros milenarios, a imitación del mariscal Göering, que asaltaba museos y joyerías en Europa.

Y por esa codicia geopolítica y financiera, por el capricho de una pandilla de desquiciados, van a morir dentro de pocos días millares de inocentes, no sólo iraquíes sino también norteamericanos y de otras latitudes.

Hago un llamado a los poetas del mundo para que conviertan sus versos en rutilantes imprecaciones y en truenos verbales, no sólo contra el genocidio que se avecina, sino contra la cortina de mentiras y tergiversaciones con que los grandes medios de comunicación de las Américas pretenden confundir a las gentes buenas y nobles de este mundo, y podamos así permitir que todos los seres humanos, especialmente los jóvenes, puedan llevar a cabo sus fantasías y proyectos personales y que las únicas ráfagas de fuego que caigan sobre ellos sean las del amor y la pasión, y que los orates que pretenden gobernar al mundo sean conducidos por sus propias sociedades al Gran Manicomio del Olvido, no lejos del Basurero de la Historia, para que allí vivan para siempre su equívoco esplendor patibulario.

EL ESPÍRITU ECUMÉNICO

No encontramos otro calificativo distinto al de excelente, para señalar la virtud esencial del discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro el pasado 8 de

marzo, en ocasión de la inauguración del Convento de la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, en La Habana Vieja.

En el marco de ese histórico texto, Fidel , –quien en mi concepto es el más grande estadista y político contemporáneo por su capacidad casi sobrenatural de comprender cualquier fenómeno pasado, presente o del devenir social–, aludió a la importancia de erradicar los odios y las intransigencias e insistió una vez más en que «un mundo de paz y justicia es posible».

El Comandante en Jefe contó una anécdota personal de su exilio mexicano en 1956, cuando fue detenido por un joven oficial del ejército de ese país y que en el transcurso de los diálogos realizados durante la prisión, entendió la grandeza, la nobleza de los propósitos que animaban al joven líder cubano para liberar a su patria de la oprobiosa tiranía de Batista.

Muchos años después, en los reencuentros con el oficial en Cuba, Fidel recibió junto con él a un grupo de religiosos católicos mexicanos, enemigos del brutal bloqueo contra el pueblo cubano por parte del gobierno de Estados Unidos, grupo que encabezaba la respetable figura del cardenal Juan Sandoval Íñiguez, arzobispo de Guadalajara. Es entonces cuando aparece la madre Tekla, actual abadesa de la Orden fundada en 1370 por santa Brígida, quien le expresó al Comandante su ferviente deseo por prestar en Cuba los servicios de su Orden, consistentes en asistir con ejemplar valor humano los asilos y centros hospitalarios, de asistencia social e instituciones similares. Trabajo, que requiere gran entrega y abnegación, como bien lo señaló Fidel.

Y agregó: «Como toda actividad noble y no contrarrevolucionaria relacionada con nuestro país, recibió determinada oposición en el exterior, pero logró a su vez apoyo de numerosas instituciones religiosas, de modo especial por parte de las personalidades de la Iglesia mexicana que la promovieron y el aliento del Vaticano, donde la madre

Tekla es muy apreciada por su obra en la Orden, la que ha dirigido con éxito por más de veinte años».

La institución religiosa aportó importantes sumas al proyecto y por su parte Cuba, a través de los planes de reconstrucción de La Habana Vieja, facilitó el local adecuado y ayuda constructiva para esta obra.

«Hoy, declaró Fidel, inauguramos no una escuela, un policlínico, una fábrica, un hotel u otras de las miles de obras sociales o económicas realizadas por la Revolución, sino la sede de una noble, simbólica y prestigiosa institución religiosa».

¡Qué gran ejemplo para el resto del mundo, especialmente en aquellas naciones donde las jerarquías católicas le dan la espalda a sus deberes de amor al prójimo y bendicen las metrallicas represivas de los tiranos. Al final de este maravilloso acto, Fidel expresó su deseo de que en ese lugar siempre predomine el espíritu ecuménico, y a su vez, el enviado papal, el cardenal Crezencio Sepe leyó una carta personal del Sumo Pontífice Juan Pablo II en la que expresa que quiere mucho a Cuba. Qué hermosas luces de paz y fraternidad se encienden mientras en otros lugares se está predicando el odio, la intolerancia, el despojo y la guerra!

BAGDAD EN EL CORAZÓN

En estos días intensos y azarosos para la humanidad, los amantes de la paz tenemos el corazón conturbado ante la inmisericorde destrucción de seres y culturas, sin ningún tipo de orientación ética ni humana, sólo movidos por la codicia, el expansionismo y el dinero. Quienes alientan y dirigen esta guerra oprobiosa, aparecen ante las pantallas de la televisión con unos rostros que semejan máscaras que sonríen con una mueca trágica, como si en

verdad estuvieran ganando, como si se pudiera edificar la felicidad sobre la base del pavor y al dolor de tantos niños, mujeres, ancianos e inocentes indefensos.

Pero volvamos a la poesía como la mejor coraza contra la barbarie y el cinismo. Recordemos a Rubén Darío, excelso cantor del Oriente mágico, cuando evocaba la belleza inalcanzable en la alegoría de Bagdad, la cuna de la civilización.

¿Cuentos quieres niña bella?

Decía el genial nicaragüense en su famoso poema narrativo «La cabeza del Rabí»:

*Tengo muchos que contar
de una sirena del mar
de un ruiseñor y una estrella
de una cándida doncella que robó un encantador
de un gallardo trovador
y de una odalisca mora
con sus perlas de Bassora y sus chales de Lahor...*

Era la historia de un rey que se enamoró de una linda persa y ese cuento de amor revive toda la fantasía oriental.

*Dime tú de cuáles quieres
dicen gentes muy formales
que los cuentos orientales
les gustan a las mujeres.
En fin, si de esos prefieres, verás colmado tu afán
pues sé un cuento musulmán
que sobre un amante versa
y me lo ha contado un persa
que ha venido de Hispahán...*

Es mucho lo que la humanidad debe a la cultura árabe y en particular a la persa. Se extendió por el mundo y enriqueció y embelleció objetos y espíritus. Quien les habla compuso en su honor estas estrofas:

*Del Oriente y sus leyendas
de los verdes olivares*

*del aroma de azahares
de beduinos en sus tiendas
de secretas encomiendas
de lámparas de Bagdad,
y dátiles de Riyad
brotó la historia más bella
de América la epopeya:
«Cien años de soledad».*

*En la América Latina
y en el mágico Caribe
la huella árabe vive
como saeta divina.
Es señal que no termina,
está impresa en nuestra piel,
es más dulce que la miel
bella como Scherezada
es fuerte y es delicada
como tallo de clavel...*

Oj-Alá (Quiera Dios en árabe) que las dramáticas horas que vive el pueblo iraquí pasen pronto. Las cosas se colocarán en su justo lugar. Es incalculable el número de palabras que hablamos, pensamos y escribimos que provienen del idioma árabe: azul es quizás la más bella, pero también están alhambra, almohada, alcohol, almacén, álgebra, alhaja, alfombra, jardín, ajedrez, sésamo, jarsha y alberca. Entretanto, mientras retorna el sol, digamos que:

*Nos hemos enriquecido
con palabras por millares
que son miles de cantares
que en nuestra boca han nacido
cuando las hemos llovido.
Palabras con luz y aroma
que han recreado el idioma
que en esta América hablamos
y con la que recitamos
versos donde el sol se asoma.*

EUROPA: DE ANA BOLENA A ANA BOTELLA

La historia de los últimos cinco siglos nos indica cómo la vieja y nueva Europa continúa siendo motivo de agudas controversias: en lo positivo, podríamos señalar algunos aportes en la conquista y colonización del continente americano: el idioma de Shakespeare al norte y el de Cervantes y Luis de Camoens al centro y al sur; Inglaterra y España como imperios dominantes. También la maravilla cultural, científica y política brotada en el Renacimiento y desarrollada a partir de entonces; la Enciclopedia y la Revolución francesa, como peldaño luminoso de la edad moderna; los avances extraordinarios en la ciencia social con la obra de Carlos Marx y Federico Engels; la revolución industrial y la Comuna de París; la gran revolución socialista de Octubre y los movimientos artísticos que conmovieron a la humanidad: el impresionismo, el cubismo, el surrealismo, el nacimiento del cine, etcétera.

En lo negativo, el expansionismo de los imperios británico y español, en las Américas, posibilitando la más cruel diáspora de africanos que ocasionó cien millones de víctimas; el sometimiento a los nativos indígenas, arrebatándoles sus creencias, su lengua, sus costumbres o quitándoles la vida como hicieron los puritanos ingleses; las guerras codiciosas de Bonaparte, el colonialismo que dio lugar a los saqueos y al despotismo; la aparición del fascismo en Italia y el nazismo en Alemania, que abrieron la hemorragia de la segunda guerra mundial con un saldo de 50 millones de muertos; el atroz holocausto nazi, la sicopatía feroz del anticomunismo salvaje y el bárbaro neocoloniaje en África hasta la derrota del apartheid en Sudáfrica.

Y ahora, el apoyo ciego y servil de Gran Bretaña y España al gobierno de George Bush en la agresión al pueblo iraquí.

Europa otra vez en el centro de la controversia. Inglaterra y España, los dos imperios de antaño, tomando alas sin consultar a sus moradores, que desde luego repudian las decisiones de sus gobernantes.

Muy poco se ha civilizado Europa. En quinientos años, del imperio de Ana Bolena al reino de Ana Botella, ha pasado mucha sangre bajo los puentes, pero la esencia imperial no ha variado un ápice. No tenemos la menor duda de que los pueblos los juzgarán, los desaprobarán, los castigarán. Un alto grado de conciencia, de amor y de solidaridad por la humanidad se está apoderando del mundo. Y ese fantasma tiene que asustar a los Blair y a los Aznares del viejo continente. Ese fantasma está recorriendo Europa. Sin duda alguna.

CAMINATA POR OBISPO (I)

No en vano, José Lezama Lima decía que era su calle favorita. No me atrevo a afirmar que le atraía tanto que por ello no tenía interés alguno en viajar a otras tierras. Pero cuando alguien indagaba al gran poeta de *Enemigo rumor* y de *Fragmentos a su imán*, acerca de su renuencia a conocer París, Londres o Madrid, se limitaba a responder: «¿Para qué? Todas las esquinas del mundo son iguales».

Sin embargo, creemos que la calle Obispo, en el corazón (y también en el extremo) de La Habana Vieja, no se parece a ninguna arteria del mundo. Calle peatonal, tradicional y moderna a la vez, es una verdadera delicia para recorrerla de uno al otro confín.

Se inicia la travesía desde la famosa casa con un letrero que dice La Florida y que no es otra cosa que el bar El Floridita que tanto frecuentara Ernest Hemingway para beber sus daiquiris. Allí, en medio de ese lujo de trasatlántico

belle époque, departían escritores de todas las latitudes y lo siguen haciendo cuando hacen una parada en el camino. Allí Carpentier conversó dos o tres palabras con el autor de *El viejo y el mar* y también el joven Lisandro Otero se encontró con el coloso del Kilimanjaro.

Pero sólo es salir de allí y encontraremos tres librerías que colman gustos, sabores, colores, autores, géneros y estéticas: está el Ateneo Cervantes con lo mejor de la literatura cubana, en ediciones antiguas, cuarentonas, hasta las más recientes, las presentadas en la última Feria Internacional del Libro. También hay casetes con la música que amamos de esta Cuba linda, desde los Matamoros, Celina y Reutilio, el Benny, Elena Burke, Rita Montaner, Ignacio Cervantes, Ignacio Villa, Lecuona, Gonzalo Roig, Rodrigo Prats hasta la Nueva Trova, Teresita Fernández, Liuba María Hevia, y en fin, las mil y una voces de la isla infinita. Y muchas revistas y muchos incunables.

Al lado, está para la consulta selectiva, la sala de lectura del Fondo de Cultura Económica de México en La Habana, con la inmensa producción ya clásica en la que cuatro o cinco generaciones de latinoamericanos bebimos lo mejor de nuestros poetas, narradores y ensayistas. Y al frente, está la gigantesca librería La Moderna Poesía con el riquísimo catálogo de la actualidad bibliográfica hispanoparlante. Pienso con Lezama que quizás ahí está la mejor esquina del mundo, porque si el paraíso es, como quería Borges, un biblioteca infinita, en esas tres bibliotecas habaneras, a la entrada de Obispo, podríamos estar saboreando las primeras mieles del paraíso:

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una Biblioteca.*

[...]

*Al errar por las lentas galerías
suelo sentir con vago horror sagrado*

*que soy el otro, el muerto, el que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.*

[...]

*Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.*

En la próxima, seguiremos el recorrido por la calle Obispo.

CAMINATA POR OBISPO (II)

Del deleite estético no sólo de la poesía sino del buen gusto de las ediciones exhibidas en La Moderna Poesía, seguimos caminando hacia el deleite variopinto de la humanidad, sintetizado en los transeúntes y paseantes de la calle Obispo, digamos un sábado después del mediodía.

Antes de llegar a la esquina de Villegas, hombres, mujeres y niños se arremolinan felices y curiosos dentro y fuera de los almacenes y salones de ropa, zapatos, zapatillas, «bluyines» y blusas de diversos estilos, colores y formas. Confundidos entre las telas, vemos una fina relojería llamada El Clip junto a un puesto de relojero artesanal, que lejos del mundanal ruido, pero en el centro de él, se concentra, lupa en ojo, sobre su cronometrada arquitectura.

También hay salones de belleza, productos para peluquería, masajes y cosmética, puestos de sandwiches de jamón y queso, helados de fresa, naranja-piña, chocolate y mantecado, comidas italianas, un bar con guitarras y maraqueros, llamada La Casa del Escabeche y una puerta con buganvillas que anuncian los baños públicos.

Entre Villegas y Aguacate encontramos la mueblería El Sol Naciente, frente a una camisería y sastrería de porte tradicional. Sobresale entre el bullicio infantil y la alegría pioneril, la Escuela Primaria José Martí, el Bosque Bologna, lleno de parejas, enredaderas y ricos platos cubanos, y en la esquina, monumental, La Francia, nutrida de sedas, lanas y todo tipo de confecciones. Imposible caminar, turistas de España, Francia, Canadá, México, Italia, esplendorosas mulatas de Cuba y del resto del Caribe, colombianos tímidos y estudiantes latinoamericanos de las escuelas de medicina y deportes; centenares de parejas de enamorados, niños, sonrisas, ancianas, hombres, van y vienen, vamos y venimos por la fascinante calle de Lezama, envueltos en el hechizo de cada paso sorpresivo, bajo el cielo más hermoso del mundo.

Entre Aguacate y Compostela es la alegría de los niños: en el almacén Topeka hay multitud de juguetes pequeños, grandes, anchos, angostos, multicolores, coches, copitos para las orejas, aguas de colonia y útiles para el bebé, y de pronto, oh sorpresa, una hermosa, rutilante y rojísima réplica reducida del famoso transporte Transmilenio, que recorre de cabo a rabo la inmensa ciudad de Bogotá, la populosa capital de Colombia.

Al frente, en un local llamado Langwith descubrimos tras los cristales, a una delicada dama peluqueando a un hermoso perro Chow Chow, mientras otra profesional de la estética canina le arregla las uñas. Al fondo, existe toda clase de implementos y alimentos para perros, gatos y similares.

Pero hay que hacer un alto en la travesía y entre Compostela y la calle Habana, exactamente en la esquina, entramos al bar La Dichosa, donde una linda cubana interpreta *Aunque quiera olvidarte* de Miguel Matamoros, acompañada de dos o tres músicos. Allí nos sentamos, pedimos mojitos y nos sumergimos en los aires nostálgicos de infancia y juventud, como *Lágrimas negras*, *Mucho corazón*, *Yényere cumá la buena noche* y otros maravillosos que nos encienden el alma.

CAMINATA POR OBISPO (III)

El mojito de La Dichosa es barato, bueno y sustancioso. Entonces nos despachamos otro y estimulados por el calor arterial y el entusiasmo narrativo, salimos de allí para reanudar tan espléndido viaje callejero. Una pequeña cola de gente, especialmente de turistas, avanza hacia una casa de cambio de moneda, llamada Cadeca. Una pareja de ancianos norteamericanos, con cachuchas blancas sobre sus cabezas níveas y cámaras fotográficas colgando de sus pechos, sale de allí contando billetes cubanos y enseguida adquieren dos frituras de proteína vegetal, que devoran con inusual apetito.

Allí mismo se encuentra la óptica Almendárez con una variedad inconmensurable de espejuelos y productos afines y al lado, en Longina, casa de música, hay un gran almacén, Variedades, que ofrece al transeúnte toda clase de artículos, vestidos, adornos, útiles de papelería, víveres, refrescos, zapatos, maletines, implementos caseros, herramientas, álbumes de fotografía y cortinas.

Entre Habana y Aguiar está el bar Lluvia de Oro con enormes ventanales de marcos de madera, con un inmenso afiche en la pared central de la entrada de Columbia Grafonola. Allí ofrecen en medio de un gratísimo ambiente humano y musical, mojitos, cubanitos, sangrías, daiquirís y cuba libres, además de platos típicos de la isla. Al frente está una galería de arte llena de lienzos y acuarelas de artistas cubanos, al igual que artesanías de todas las formas y estilos. El número 305 señala un majestuoso palacio con cuatro sólidas columnas de estirpe bizantina.

De Aguiar a calle Cuba, el estremecimiento emocional es imposible de reprimir ante la legendaria droguería Johnson, la «Johnson Drug Store» con la estantería hasta el techo repletas de pomos de porcelana y de perfecta factura, que nos hace recordar la famosa farmacia del doctor Triolet en la ciudad de Matanzas, con sus ánforas llenas de tintura árnica, polvos dentífricos preparados por el

doctor Figueroa, fosfato de creosota, salicilato de metilo, ácido bromhídrico, aguas de colonia de Vetiver, fécula de patatas, sagú (imaginen mi emoción: fue el último alimento ingerido por el Libertador Simón Bolívar en Santa Marta), manteca de cocodrilo, alvey, jengibre y eucaliptus, entre otros muchos medicamentos y químicos allí exhibidos.

Un enorme parqueadero (o aparcadero) viene a ser a nuestros ojos como un respiro, un oasis para tanta y sucesiva emoción.

Hacemos un nuevo alto. El caminante se sienta mientras un concierto de pájaros le da la bienvenida desde un alto árbol de almendro y con aquella inusitada sinfonía alada, al caer la tarde sobre la bella Habana, nos prometemos continuar nuestra caminata por la calle Obispo iluminada por senderos de sorpresas y hechizos.

CAMINATA POR OBISPO (IV)

¡Cuántas veces, nos decimos, caminó por este mismo ámbito el singular y portentoso José Lezama Lima! ¡Cuántas noches furtivas vieron atravesar, zigzagueante y llena de sentimientos encontrados, la figura hercúlea y tierna de Ernest Hemingway, camino del Floridita o hacia el refugio febril del Ambos Mundos!

Entre las calles Cuba y San Ignacio, un palacio majestuoso, más imponente aún que el señalado atrás, entre Habana y Aguiar, sobresale por su solidez y belleza arquitectónica. Es el Ministerio de Finanzas y Precios.

Un anciano mulato, con barba blanca, sonriente y lleno de bondad, permanece sentado sobre el sardinel con una caja con la estatuilla de san Lázaro. Al frente, una oficina llena las vitrinas de la calle con informaciones diversas, avisos y solicitudes a todos los que tengan que ver

con el oficio del mar, a los marineros, pescadores, tripulantes de embarcaciones, etcétera.

Termina la calle en el Café París, exuberante de músicos y música, de parejas venidas de todos los puntos cardinales y de todas las latitudes del planeta, como si encontraran en Cuba el punto inicial de su corazón.

Entre San Ignacio y Calle de los Mercaderes se levanta un majestuoso edificio, ahora en proceso de remodelación: el antiguo convento de Santo Domingo. La Oficina del Historiador de la Ciudad dirige tan maravilloso proyecto.

En la acera de enfrente venden un café exquisito a 80 centavos, moneda nacional. Se llama Bar Restaurante La Luz y en sus altos se encuentra el Café Santo Domingo, donde la cerveza helada abunda y reconforta.

Avanzamos, con el propósito de coronar la recta final de la calle Obispo, antes de llegar a la Plaza de Armas, pero es de sagrada obligación detenernos en una réplica de la droguería Johnson: la Farmacia Taquechel, más pequeña que la anterior, pero igualmente catedralicia y singular.

También allí abundan los pomos y las ánforas, las estatuillas con los bustos de sus fundadores y el torrente de medicamentos con que los especialistas, o mejor, los farmacéutas curaban los males y las enfermedades conocidas. Por ello, entre aromas de bálsamos sagrados y ungüentos exóticos, para nosotros, desde luego, encontramos los rótulos enfrascados de la raíz de Espar, carbonato de zinc, lactofosfato de cal soluble, caolín, corteza de quina, sasafrás, sándalo rojo, goma arábiga y extracto de papayina. Y en forma más actual, frascos que anuncian las mermeladas de la larga vida, como la miel de abejas, el propóleo y la jalea real.

No es sino salir de allí y encontrarnos de manos a boca con el famoso hotel Ambos Mundos, con música valseada de Johann Strauss, Franz Lehar y Wartuphel, interpretada por un virtuoso pianista de melena nívea, vestido de blanco sobre el teclado de un piano igualmente blanco. Allí se conserva intacta, la habitación que ocupó el novelista Ernest Hemingway en uno de los mejores momentos de

su vida creadora. Igualmente, hay decenas de fotos del escritor y *souvenirs* alusivos a este acontecimiento. De ahí en adelante, Obispo llega a su fin y la Plaza de Armas enciende sus luces y sus ritmos infinitos.

NERUDA EN EL CORAZÓN

Se avecina el centenario de Neruda. Cien años de nacimiento del poeta del siglo xx: el chileno Pablo Neruda. Un Picasso de las letras, una docena de poetas metidos en un zurrón, en un solo cuerpo radiante de niño alegre, que olvidó para siempre su oscuro nombre provinciano de Neftalí Ricardo Reyes Basoalto para tatuarse en la piel, por los siglos de los siglos, el inmortal de Pablo Neruda.

El romántico poeta juvenil de *Crepusculario* y los *Veinte poemas de amor* es el mismo bardo militante que fustiga el terrorismo de estado imperial y el fascismo ordinario. Es el mismo que se tiende junto a una joven pura como a la orilla de un océano blanco y canta la delicia de una cebolla frita o de un caldillo de congrió.

A los diecisiete escribió esa joya lírica que comienza:

*Desde el fondo de ti y arrodillado,
un niño triste como yo nos mira...*

A los diecinueve le dice a su amada Albertina Azócar:

*Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos y mi voz no te toca,
parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca...*

O también siente que al perder el amor de su musa, «*puedo escribir los versos más tristes esta noche...*».

Más adelante, en su amargo y solitario exilio en Birmania, la India, Ceilán y Java, escribe los versos desgarrados de

Residencia en la tierra, esa catedral de palabras fosforescentes. Con ellas, su verbo se elevó a la máxima cumbre y alteró para siempre el idioma español.

Luego viene el poeta civil de *España en llamas*, cuando ve morir ejecutado por los franquistas a su entrañable amigo el poeta del *Romancero gitano*, Federico García Lorca, y entonces su poesía cambiará radicalmente:

*Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal
Venid a ver la sangre por las calles...*

Y durante la segunda guerra mundial, cuando los arrogantes atracadores penetraron de noche en la santa Rusia del proletariado, donde las hordas nazis olieron la derrota por primera vez y en adelante no volverían a ver victoria alguna:

*Los que Praga la Bella sobre lágrimas
sobre lo enmudecido y traicionado,
pasaron pisoteando sus heridas
murieron en Stalingrado.*

[...]

*Los que España quemaron y rompieron
dejando el corazón encadenado
de esa madre de encinos y guerreros,
se pudren a tus pies Stalingrado.*

Es el mismo Neruda colosal y brillante, que reinventa y reinaugura a América en su portentoso *Canto general*, el último libro que leyera el Che Guevara en las montañas de Bolivia. El Neruda vigoroso, el primer poeta en el mundo que escribió un libro dedicado a la Revolución cubana, *Canción de gesta*, publicado en La Habana el 26 de julio de 1960: «*Fidel, Fidel los pueblos te agradecen...*». En 1965 cuando los marines norteamericanos

agreden el territorio de la República Dominicana, escribe una cuarteta terrible y certera:

*Me gusta en Nueva York el yanki vivo
y sus lindas muchachas por supuesto,
pero en Santo Domingo y en Vietnam
prefiero norteamericanos muertos...*

Pero que luego regresa el amor, a la dulzura de su amor otoñal con la musa definitiva, Matilde Urrutia a quien cantará sin descanso en 20 libros felices y aguerridos.

*Es la hora, amor mío, de apartar esta rosa sombría,
cerrar las estrellas, enterrar la ceniza en la tierra:
y en la insurrección de la luz, despertar con los que
[despertaron
o seguir en el sueño alcanzando la otra orilla del mar
[que no tiene otra orilla.*

PRIMERO DE MAYO EN LA HABANA

Nunca antes del triunfo revolucionario de 1959 se celebraron las efemérides populares con la auténtica esencia de la lucha por las reivindicaciones sociales que con tan legítima necesidad y urgencia demandaban los obreros, los campesinos y los trabajadores cubanos.

Fue después de la victoria patriótica del 1ro de Enero cuando dichas celebraciones cobraron un carácter legítimamente popular y certero, donde realmente comenzaron a alcanzarse los anhelos de los trabajadores y estos a su vez dieron el gran paso de adquirir la mayor cultura, la mayor coherencia de pensamiento social y unidad y la mayor fuerza para enfrentar a los enemigos y a sus amenazas y agresiones.

Siempre quedarán grabadas en la memoria colectiva y en la historia de los pueblos, las celebraciones del 1ro de

Mayo, Día Internacional de los Trabajadores, en la ciudad de La Habana, con la presencia del comandante en jefe Fidel Castro, de Raúl, el Che y Camilo Cienfuegos en los multitudinarios actos y desfiles en los que el pueblo ya libre de opresiones cantaba, marchaba y coreaba consignas de victoria, amistad y solidaridad.

No olvidemos tampoco que un 1ro de mayo de 1961, luego de la histórica derrota del imperialismo en Playa Girón, floreció como onda triunfal y universal Radio Habana Cuba, la más grande, alta y ancha universidad de los pobres del mundo, voz y conciencia de los hombres de buena voluntad y vocero de las mejores y más justas y nobles causas de la humanidad.

Pero mañana, 1ro de mayo de 2003, cuando el pueblo cubano y la humanidad entera afrontan una nueva y agresiva amenaza del arrogante Goliat, imperativo y despótico, el pueblo inundará la Plaza de la Revolución como nunca antes, el pueblo de las provincias habaneras, con sus trabajadores, hombres, mujeres, estudiantes, pioneros, delegaciones extranjeras, el pueblo vivo y vibrante de esta isla heroica, el cual realizará la más grande demostración de unidad y apoyo ferviente a su Revolución y a su Batalla de Ideas, al tiempo que rechazará la guerra, las pretensiones neofascistas del gobierno de Bush y pedirá la inmediata liberación de los cinco héroes prisioneros del imperio.

Esto es lo que veo en forma de poesía para el día de mañana:

*Un esplendor de estrellas y banderas
cubre el torrente de ese río humano
que desfila tomado de la mano
hacia un mar de victorias verdaderas.*

*Millares de pioneros y pioneras
—flor matinal del gran país cubano—
llevan la vocería del pueblo hermano
con la sonrisa de sus primaveras.*

*Obreros, dirigentes, estudiantes,
hombres, mujeres, niños, caminantes,
que conducen la lucha hasta el final,*

*desfilan por las calles de La Habana
y con Fidel glorioso en la mañana
cantan en coro «La Internacional».*

CINCUNETENARIO DEL 26 DE JULIO

Cubanos, latinoamericanos extraordinarios, colosales patriotas, dignos hijos y herederos de Bolívar y José Martí, fueron los que con su arrojo, heroísmo y férrea voluntad de lucha por la liberación, enfrentaron la prepotente muralla de la tiranía batistiana un 26 de julio de 1953.

Ese año glorioso, en el cual se conmemoraba el centenario del nacimiento del Apóstol de Nuestra América, los jerarcas sombríos, los señores de los cañones y del gran dinero que por entonces gobernaban de facto la república mediatizada, creyeron que el pensamiento y el ideal del grande hombre habían muerto y que se hallaban sepultados en el olvido.

¡Y qué gran equivocación! Un puñado de hombres y mujeres libres, enarbolando las banderas del porvenir y la justicia social, escribieron una de las páginas más hermosas de la historia moderna al desafiar el trono prepotente de la tiranía con el fin de instaurar la libertad y con ella, todo el espléndido desarrollo de las ideas, del pensamiento y del legado del más grande y universal de los cubanos.

Bajo el sabio liderazgo del joven Fidel Castro, el asalto al cuartel Moncada fue el inicio de la verdadera independencia de Cuba y de los pueblos de esta América nuestra, desde río Grande hasta Cabo de Hornos y de los pueblos que a todo lo largo y ancho del planeta los imperios han pretendido dominar, saquear y despreciar.

Cuba vivía entonces, en 1953, una de las más sombrías y sangrientas páginas de su historia. Sus infames gobernantes oprimían, torturaban, desaparecían estudiantes, abaleaban inocentes, masacraban y pisoteaban a sus propios hermanos. De ahí que el inmortal poeta Pablo Neruda cantara así la gesta heroica iniciada el 26 de Julio:

*Pero cuando torturas y tinieblas
parecen apagar el aire libre
y no se ve la espuma de las olas
sino la sangre entre los arrecifes,
surge la mano de Fidel y en ella
Cuba, la rosa limpia del Caribe.
Y así demuestra con su luz la Historia
que el hombre modifica lo que existe
y si lleva al combate la pureza
se abre en su honor la primavera insigne:
atrás queda la noche del tirano,
su crueldad y sus ojos insensibles,
el oro arrebatado por sus uñas,
sus mercenarios, sus jueces caníbales,
sus altos monumentos sostenidos
por el tormento, el deshonor y el crimen:
todo cae en el polvo de los muertos
cuando el pueblo establece sus violines
y mirando de frente corta y canta,
corta el odio de sombras y mastines,
canta y levanta estrellas con su canto
y corta las tinieblas con fusiles.
Y así surgió Fidel cortando sombras
para que amanecieran los jazmines...*

ÍNDICE

Amanecer en La Habana / 3
La Habana culta / 4
Nicolás Guillén en Colombia / 5
La Habana en cuerpo y alma / 7
Los elegidos en los años cero / 8
Alejandro Gómez Roa, juglar de la Revolución / 11
Colombianos con Antonio Maceo / 13
La universidad de los pobres de la Tierra / 16
Cuarenta años de Radio Habana Cuba / 17
Evocación de Carlos Rafael Rodríguez / 19
Paseo por la literatura cubana / 21
Flor de flores de Cuba / 22
El hermoso verano / 24
Ojos habaneros / 26
Cuba es la sonrisa de América / 28
¿Cinismo o sin istmo? / 30
«El cartero de Neruda» / 31
Una profecía de mi padre / 33
La reina de las cosas / 35
La mujer en la Revolución / 37
La Revolución defendida / 39
Una estrella para cada niño / 40
Monólogo del caminante / 42
La amarga lección de Las Cruzadas / 43
Lectura de <i>La Edad de Oro</i> / 45
El Barrio Chino de La Habana / 47
Elogio del libro / 49
Gabriela Mistral y Cuba / 50
Travesía por el goce estético / 52

La fortaleza del libro /	54
Un paseo por Neptuno (I) /	55
Un paseo por Neptuno (II) /	57
Un paseo por Neptuno (III) /	58
Un salvadoreño solidario /	60
Esplendor y tragedia en <i>Cecilia Valdés</i> /	61
Teófilo el grande /	62
«La escuela de Gabo» /	64
La divina Alicia Alonso /	66
Centenario de Dulce María Loynaz /	67
La decadencia del imperio /	69
Martí para todos los tiempos /	70
Martí y colombia /	72
Elegía a Manuel González Bello /	74
Fútbol a toda hora /	75
Los bares de la Habana /	77
Nicolás Guillén, periodista (I) /	79
Nicolás Guillén, periodista (II) /	81
Cuba, potencia cultural /	83
Furia y fuego en Manuel Navarro Luna /	84
El premio Casa de las Américas /	86
Cien años de Loló de la Torriente /	88
En las entrañas del Monstruo /	90
Réquiem por David Chericián /	91
Nuestro Che /	93
El hoyo de la calle f /	95
Un poco antes de las 10:00 a.m. /	97
Gabo en primera persona /	99
Travesía en la guagua 190 /	101
Guillén y los niños /	102
Fidel: La historia no contada /	104
Órbita de Pablo Armando Fernández /	106
El equívoco esplendor /	108

El espíritu ecuménico /	110
Bagdad en el corazón /	112
Europa: De Ana Bolena a Ana Botella /	115
Caminata por Obispo (I) /	116
Caminata por Obispo (II) /	118
Caminata por Obispo (III) /	120
Caminata por Obispo (IV) /	121
Neruda en el corazón /	123
Primero de Mayo en La Habana /	125
Cincuentenario del 26 de Julio /	127